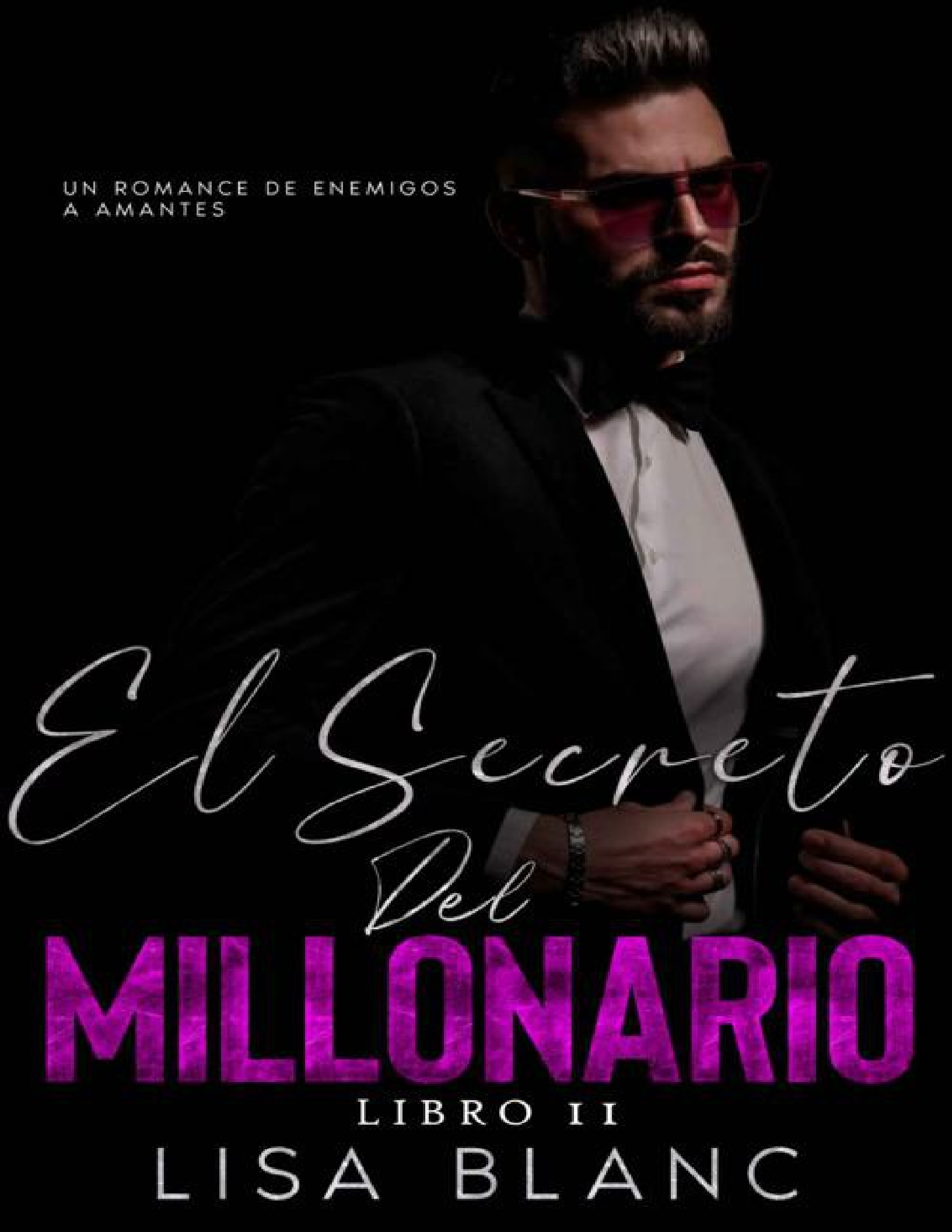


A man with a beard and sunglasses, wearing a black tuxedo jacket over a white shirt, is the central figure. He is looking slightly to the right. The background is dark.

UN ROMANCE DE ENEMIGOS
A AMANTES

*El Secreto
Del*

MILLONARIO

LIBRO II

LISA BLANC

Derechos de autor © 2024 Lisa Blanc

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

[Derechos de autor](#)

- [Capítulo 35](#)
- [Capítulo 36](#)
- [Capítulo 37](#)
- [Capítulo 38](#)
- [Capítulo 39](#)
- [Capítulo 40](#)
- [Capítulo 41](#)
- [Capítulo 42](#)
- [Capítulo 43](#)
- [Capítulo 44](#)
- [Capítulo 45](#)
- [Capítulo 46](#)
- [Capítulo 47](#)
- [Capítulo 48](#)
- [Capítulo 49](#)
- [Capítulo 50](#)
- [Capítulo 51](#)
- [Capítulo 52](#)
- [Capítulo 53](#)
- [Capítulo 54](#)
- [Capítulo 55](#)
- [Capítulo 56](#)
- [Capítulo 57](#)
- [Capítulo 58](#)
- [Capítulo 59](#)
- [Capítulo 60](#)
- [Capítulo 61](#)
- [Capítulo 62](#)
- [Capítulo 63](#)
- [Capítulo 64](#)
- [Capítulo 65](#)
- [Capítulo 66](#)
- [Epílogo](#)

• Capítulo 35

Killian

Sangrando.

En el momento en que mi madre irrumpió en la habitación y me dijo que Hope estaba sangrando, sentí un escalofrío en la sangre.

—¿A qué te refieres con que está sangrando?— Respiraba pesadamente, intentando recuperar el aliento después de casi ser estrangulado a muerte por mi padre, quien parecía tan sorprendido como yo. —No jodidamente entiendo.

Mi madre se puso en pánico frente a mí, sus manos rojas con sangre, la sangre de Hope. —¡Está perdiendo a tu bebé Killian, necesitamos llevarla al hospital!

—¿Dónde diablos está ella?

—Está en el estudio. ¡Rápido!

Olvidé todo lo demás justo después de esas palabras y corrí hacia la puerta, pero en el momento en que irrumpí en la habitación y la vi sentada en la silla, la mirada de tortura pura en su rostro mientras líneas de sangre manchaban sus muslos y luego se deslizaban por sus piernas, me quedé congelado. Era como si alguien hubiera abierto mis costillas y exprimido la vida de mi corazón latiente.

Hope.

Sangre.

El bebé.

—¡Killian no te quedes ahí parado, haz algo!— ladra mi madre y el aire vuelve a mis pulmones, forzando mi subidón de adrenalina.

No pensé, no racionalicé, corrí a su lado, coloqué su mano sobre mi hombro y la alzaba cuidadosamente en mis brazos. —Killian—, su cuerpo estaba ardiendo y el olor a óxido de su

sangre me mareaba. —El bebé, estoy perdiendo mi

—Cállate. No digas nada, simplemente cállate.

Con un horror inexplicable corriendo a través de mí, salí apresurado, bajé las escaleras y di órdenes a uno de los guardaespaldas para que arrancara el coche.

—¡Killian!— Ella gemía en mis brazos ahora, dificultándome concentrar. —Duele. No quiero perder a mi bebé.

—¡Te dije que te callaras, no estás perdiendo nada!— No había querido gritarle y quería pedir disculpas por eso, pero que jodan todo. Primero llevarla al hospital y luego pedir disculpas con la lengua después.

La ayudé a meterse en el asiento trasero y me subí.

Madre salió corriendo de la puerta. —Voy a limpiar la habitación y nos vemos en el hospital.— El pánico hacía que sus movimientos fueran demasiado rápidos.

Asentí con la cabeza, incapaz de comprender nada más allá de los llantos y lágrimas de Hope. Ella llamaba repetidamente mi nombre, agarrándose y soltando mi camisa mientras el conductor manejaba con loca velocidad.

Miré hacia abajo y vi una lágrima deslizándose por su cara. Estaba sudando, pálida. Demasiado pálida.

—Vas a estar bien—, la tranquilicé mientras mi corazón sufría de agonía. Verla en tanto dolor me hacía tan jodidamente enojado que quería golpear mi mano contra una pared hasta sangrar. —Quédate conmigo, ¿de acuerdo?— le ordené desesperadamente, sujetándola apretadamente. —Todo va a estar bien.

Pensé que así sería, pensé que todo estaría bien y por un tiempo lo estuvo, pero luego la velocidad del coche se redujo de repente y cuando miré hacia arriba, había una larga fila de tráfico frente a nosotros.

—Señor.— El conductor se volvió hacia mí, con una mirada adolorida en su cara. —El tráfico es intenso.

—¿¡Pero qué demonios se supone que haga ahora!?— ladre, mirando la fila que no parecía moverse.

Hope emitió un sonido desgarrador en mis brazos otra vez y luego su cuerpo empezó a temblar. —Ya sabes qué, a la mierda con esto.

Empujé la puerta del coche abierta.

—¡Señor, espere! ¡Por favor, no puede hacer eso!

—¡Cállate y encuéntrame en el hospital!— Replico y tomo otra vez a Hope en mis brazos.

Esta vez dio una leve protesta, su voz meramente un susurro cuando habló. —¿Qué estás haciendo?

—Llevándote al hospital. Agárrate fuerte.

Podía hacerlo. El hospital estaba a solo dos cuadras de distancia. Podía conseguirlo.

Tomando una respiración profunda, mi voluntad impulsaba mis piernas a moverse tan rápido como pudiera sin lastimarla. Ella agarraba mi camisa, escondiendo su cara contra ella mientras trataba de esconder sus lágrimas, pero yo podía sentirlo. Las lágrimas humedecían mi camisa, y cada sollozo retumbaba en mi pecho mientras rompía a correr y aceleraba a un ritmo vertiginoso, ignorando los gritos de los peatones enojados que casi había atropellado en mi prisa.

No pasó mucho antes de llegar al hospital, sudando profusamente y respirando como un maníaco. Cuando mis piernas finalmente se detuvieron, necesité varios segundos para reunir la energía para hablar. —¡Hay una emergencia! ¡Mi esposa está perdiendo sangre!— La mano que agarraba mi camisa de repente se aflojó y cuando miré hacia abajo ella estaba inconsciente, su rostro tan pálido como la tiza. —¿Hope?— la llamé, pero ella no me respondió. —¡Hope, despierta joder!

Unas enfermeras con batas azules corrieron en mi ayuda con una camilla. —Ha perdido mucha sangre.

Antes de que pudiera parpadear me la quitaron de los brazos y la colocaron en la camilla y yo me quedé allí, manchado de sangre, adolorido y confundido, sin idea de qué hacer conmigo mismo mientras las veía llevársela.

Mi humor había pasado de mal a pésimo porque estas jodidas enfermeras me habían dejado por una hora. Una larga y agonizante hora, y me estaba muriendo por dentro, sintiéndome mal con preocupación, devastado por los nervios.

Al principio, apenas me había movido un músculo. El shock y la confusión habían sido tan abrumadores que mi cuerpo simplemente se apagó y me derrumbé sobre la silla, sin importarme las miradas extrañas que la gente me daba. Sí, tengo sangre en mí, ¡jódanlo! Pero ahora, estaba en pie, no podía quedarme quieto, no podía dejar de moverme. Seguí caminando, con la mirada constantemente desviada hacia mi reloj. Joder, en algún momento me tiré del cabello y golpearé la mano contra la pared de concreto. Por cierto, eso dolió.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

—¡Killian!— Mi madre llamó, corriendo hacia el pasillo. —¿Cómo está ella? ¿Cómo están Hope y el bebé?

—Todavía no sé, no han dicho nada y eso me está volviendo loco.— Gemí y pasé una mano por mi cabello. —Juro por Dios que si algo le pasa a Hope y a mi hijo, padre pagará caro por ello.

—Oh, Killian.— Se lamentó, frotando mi brazo. —No digas eso. Ella estará bien, lo sé. Mientras tanto, necesitas limpiarte.

Moví la cabeza. —No puedo. No puedo irme hasta que los doctores me digan que ella está bien.

—Debes. Así no eres de ayuda para nadie. Te traje una camisa limpia, ve al baño y cámbiate.— Me ordenó. —Estaré aquí si pasa algo.

Estaba reacio. —Pero y si

—Ve.— Colocó la camisa sobre mi pecho y suspiré. Ella tenía un punto. No solo parecía la muerte, sino que olía a muerte.

Agarré la camisa y encontré el camino al baño. Estaba vacío. Giré la llave del grifo, con un millón de pensamientos corriendo por mi cabeza mientras me limpiaba las manos de sangre, viéndola fluir en el lavabo. La sangre de Hope. Todavía parecía una gran pesadilla aterradora. Podría perderla. Realmente podría. ¿Quería hacerlo? Quiero decir, cuanto más tiempo pasaba con esta mujer, más mis sentimientos por ella se volvían inciertos y complicados y lo odiaba.

Una ola de asco me invadió. Salpiqué un poco de agua en mi cara y despejé todos los pensamientos mientras empezaba a desabrochar mi camisa, recordando de repente nuestra última noche; sus labios sobre los míos mientras gimoteaba mi nombre, mi polla rozando su sexo húmedo, el sudor, el calor

—mi cerebro dio un hipo. Sacudí la cabeza. Joder, este no era el momento para eso. Dejé a un lado mi camisa ensangrentada y me puse la nueva.

Todo bien.

Con un gruñido cansado de fatiga, arrastre mi mano sobre mi cabello y me dirigí fuera del baño, de vuelta a la sala de espera, donde encontré a mi madre ahora conversando con uno de los doctores.

—Doctor, este es mi hijo, su esposo,— nos presentó.

—¿Cómo está ella?— pregunté, sin siquiera intentar templar mi urgencia. —¿Y mi bebé? ¿Están bien?

El doctor nos sonrió con agotamiento. —Ha perdido mucha sangre, pero hemos podido estabilizarla. Llegaste justo a tiempo.— Se volvió hacia mí. —Tu esposa y tu hijo están a salvo.

Sentí finalmente como la presión en mi pecho me liberaba, reemplazada por algo más extático, algo más eufórico.

—Aunque hemos podido estabilizarla,— continuó. —Su presión arterial podría subir y bajar en los próximos días, así que es mejor no moverla demasiado. Es su primer embarazo así que les aconsejo a ambos tomarlo con calma de ahora en adelante y evitar cualquier cosa que pueda desencadenar un aborto espontáneo.

La manera en que me miró cuando dijo esas últimas palabras. Si estaba insinuando que dejara de tener relaciones con Hope, entonces íbamos a tener un pequeño problema, porque esa mujer estaba llena de sex appeal.

—Hoy fue un éxito, el próximo podría no serlo.— concluyó y asentí, estrechando mi mano por un breve apretón de manos. —Muchísimas gracias.

—Sí, muchas gracias por salvar a mi nuera.— Añadió mi madre y él asintió. —Ella acaba de recobrar la conciencia y ahora recibirá visitas.

—Gracias una vez más.— Con eso él se alejó y mi madre se volvió hacia mí, instándome a entrar.

—Seguro que está ansiosa por verte.

Tragué un bulto espeso en mi garganta y asentí antes de caminar hacia la habitación oliendo a insecticida y anestesia.

Por un momento simplemente me quedé quieto en la puerta, intentando calmarme, tranquilizar mi respiración y esperar a que mi sangre acelerada se asentara.

Yacía allí tan vulnerable, un grueso paño color crema cubría sus piernas, la cabeza girada hacia la ventana abierta.

Fue como si hubiera sentido mi presencia porque de repente giró su cuello hacia la puerta, permitiendo que nuestras miradas se encontraran.

—Killian...

Mi corazón dio un vuelco cuando llamó mi nombre.

Joder. No podía mostrarme tan débil frente a ella.

Me aclaré la garganta de cualquier tipo de emoción y enderecé los hombros con orgullo al caminar por la habitación. Sus ojos me siguieron todo el camino y se quedaron en mí, ambos ahora en silencio, sin decir una palabra, simplemente mirando.

—Te ves terrible,— rompí el silencio verbal, obteniendo una suave risita ronca.

—Tu te ves peor, Señor arrogante gilipollas,

Mi mano alcanzó la suya. Estaban frías. Las apreté suavemente. —Simplemente estoy aliviado de que estés a salvo.

—Apuesto a que tenías miedo de perder al bebé.— Se rió entre dientes.

Lo estaba, sí, lo estaba, pero lo que más me asustaba era la idea de... perderla a ella.

—Sí, lo estaba, mucho.

Con una sonrisa pálida destacando su rostro, su mano se levantó para apartar mis húmedos flequillos de mi frente. —Vamos a casa. Creo que ya he tenido suficiente de esta luna de miel.

Asentí, depositando un suave beso en sus nudillos pálidos. —Hagámoslo en cuanto estés bien.

Asintió y sonrió.

Bueno, joder, no podía negarlo, me estaba volviendo lentamente adicto a esta mujer y por primera vez en mucho tiempo, se sentía bien.

• Capítulo 36

Hope

Killian estaba leyendo algo en una revista mientras comía y mis traicioneros ojos continuaban robando miradas a él, tomando nota voluntariamente del aspecto de disgusto que tenía en su rostro.

Habían pasado algunos días desde el incidente y me sentía mucho mejor. Bueno, salvo por los mareos aquí y allá, pero el doctor me aseguró que pronto se me pasarían.

Fue una gran revelación tanto para Killian como para mí; darnos cuenta de que podíamos perder lo que teníamos en cualquier momento.

Durante los días posteriores al incidente, estuvo especialmente atento a mis necesidades. Apartando su actitud de idiota, extrañamente se preocupaba por mí; desde asegurarse de que comiera a tiempo hasta ponerme en arresto domiciliario en la cama, incluso ofreciéndome un masaje abdominal cuando me quejé de calambres estomacales.

Era egoísta de mi parte, pero en un momento había deseado que esto durara. Había deseado obtener más, más que solo su genuino cuidado por su bebé. Creo que lo que más me dolía era saber que él nunca sentiría eso por mí. Había dejado claro en varias ocasiones que no me amaba y probablemente nunca lo haría. Y yo tampoco lo amaba, estaba segura de no hacerlo. Era un hombre difícil de tratar pero aún así

—

—Si sigues mirándome así, voy a terminar con un agujero en la frente—. Sus palabras me sobresaltaron, devolviéndome a mis sentidos.

Mis ojos cayeron inmediatamente a mi plato de comida y carraspeé. —Solo tenía curiosidad por lo que estás leyendo—.

—Es un artículo—. Hizo un sonido de disgusto. —Un viejo amigo mío se va a casar—.

—Si es tu amigo, ¿no crees que deberías intentar alegrarte un poco por él en lugar de tener esa cara que tienes ahora mismo?—.

Levantó la vista hacia mí desde la revista y arqueó una ceja incrédula. —¿Por qué debería?

—.

—Porque encontró el amor, quiero decir, se va a casar, así que debe amarla—.

—¿Amor?— Se rió burlonamente. —Permíteme discrepar—.

—El amor existe, Killian—.

Él me miró con suficiencia. —Eso dice la mujer que afirmó haber renunciado a él—.

Rodé los ojos. —Sé lo que dije y me di cuenta de que estaba equivocada. Quiero decir, ¿nunca has pensado cómo sería cuidar de alguien, envejecer con alguien?—.

Él se encogió de hombros. —Los hombres no quieren envejecer, por eso siempre buscamos mujeres más jóvenes—.

Solté un resoplido poco femenino. —Pues yo discrepo, hay hombres por ahí que quieren establecerse con una mujer, tú también podrías ser uno de ellos si bajaras tu escudo de idiota a tierra—.

Me lanzó una mirada punzante. —Deja de intentar romantizar mi imagen. Te dije esto antes. El amor no existe para hombres como yo—.

—Entonces, ¿qué es exactamente lo que buscas en una mujer?—.

—Placer. Nada a largo plazo. Es mejor que el amor cualquier día—.

Un frío me atravesó. —¿Es eso lo que piensas?—.

Soltó un suspiro de sufrimiento. —No soy un tipo de corazones y flores. Lo único que puedo ofrecerle a una mujer es mi cuerpo y acceso ilimitado a mi riqueza. Lo único que espero a cambio es satisfacción primal y un buen apretón de manos cuando terminemos. Sin complicaciones. Sin sentimientos. Sin ningún tipo de apego—.

No supe porqué, pero sus palabras dispararon una bala directa a mi pecho y dolió pensar que estaba repitiendo todo el ciclo conmigo. Me usaría, me dejaría y seguiría adelante.

—Bueno—, dije con voz ronca, carraspeando. —No puedo estar con un hombre que no ve más allá del sexo casual—.

Ese comentario me valió una mirada escalofriante. —Si eso se supone que es una advertencia o una amenaza, la estás dirigiendo al tipo equivocado—.

—Solo digo—. Me encogí de hombros. —Es mentalmente agotador y tóxico tener sexo solamente con alguien con quien no tienes una relación—.

—¿Es eso lo que piensas?— Toda traza de humor abandonó su rostro, reemplazado por una oscuridad que inmediatamente me hizo arrepentirme de haber hablado. —¿Que lo que tenemos es tóxico e insano?—.

Tomé un trozo de carne y lo mordí con fuerza, ignorando su pregunta.

—Nunca vi tener sexo contigo como algo tóxico o insano—, continuó. —Pero no tienes que preocuparte, una vez se cumplan los términos de nuestro acuerdo, podrás correr hacia la puesta de sol con tu supuesto amor—.

Fruncí el ceño. —Oh, habrá un supuesto amor—.

Una ceja igualmente fruncida se grabó en su rostro. —Bueno, entonces espero que pueda vivir con el hecho de que comparto un hijo con su mujer y que la he follado innumerables veces—.

Azoté mi tenedor sobre la mesa y lo fulminé con la mirada. —¿Tienes que ser tan horrible con tus palabras?—.

Se recostó en su silla, apretando los labios con lo que supuse era molestia. —¿Qué esperabas que te dijera? ¿Que te perseguiré?—.

Por alguna razón, mi irritación aumentó. —¿Por qué lo harías? No es que estés enamorado de mí—. Dije con sarcasmo.

—No importaría ni siquiera si lo estuviera. Te irías de todas formas, así que puedes seguir caminando hacia la puerta porque no te detendré—.

Bufé. —A este punto, no culpo a tu ex por dejarte—.

Se mostró desconcertado por la afirmación, pero ese desconcierto rápidamente se transformó en algo oscuro. —No hables de lo que no sabes—.

Tomé otro trozo de carne. —¿Qué hay que saber? Conociéndote, probablemente se hartó de tu comportamiento de idiota—. Lo miré. —¿No es así?—.

Me lanzó una mirada de advertencia. —Deja de husmear en cosas irracionales y come—.

—Como eres el padre de mi bebé, no creo que sea intromisión—.

—Tu curiosidad es el menor de mis problemas ahora mismo y ser la madre de mi hijo no te da un pase directo para evaluar mi psique—.

Suspiré y estreché los ojos. —Dios, eres tan prepotente e imposible—.

—Estás aprendiendo—. Dijo sin emoción, serpentando su copa de vino antes de llevársela a los labios. Su gesto atrajo mi mirada hacia sus nudillos magullados.

—Nunca me contaste cómo te hiciste eso—. Asentí hacia ello. —Los moretones en tus nudillos—.

—No es importante—.

—Aún así quiero saberlo—.

—¿Tienes que ser tan molesta?—. Frunció el ceño hacia mí.

—Actúas como un bebé. Dilo de una vez—.

Me miró fijamente. —Bueno, si de verdad quieres saberlo, cuando las enfermeras no me decían nada sobre tu estado, me frustré y le pegué a una pared—.

—No tienes que mentir si no quieres contarme—. Dije con desgano, rodando los ojos hacia un lado cansadamente.

Me confrontó con una mirada inexpresiva. —No tengo razones para mentirte—.

—Así que me dices que te alteraste tanto con la idea de perder a tu hijo—.

—Sí—.

—Espera—. Parpadeé. —¿Estás siendo sincero ahora mismo?—.

—Por lo visto, ya me has pintado en tu cabeza como un monstruo horrible y no crees que soy capaz de sentir ninguna emoción, así que ¿para qué molestarme en responder?—.

Mis labios se juntaron. —¿Acaso me culpas? No eres precisamente el tipo afable—.

—Soy lo que soy. Vivo según mis propios códigos y no tengo intención de cambiar eso por nadie—.

—Cambiarás, algún día. Por tu hijo al menos—.

—Bueno, hasta que llegue ese día, tendrás que aguantarme tal como soy. Y puede que no sea el hombre que quieres que sea pero nunca cuestionas mi amor por mi hijo—.

—Un hijo que no querías—, murmuré.

—Sí, sé que no lo quería pero ahora lo quiero, así que acostúmbrate—. Alejó la servilleta de su regazo y la lanzó con fuerza sobre la mesa antes de levantarse.

—Oye, ¿a dónde vas?— pregunté pero él se limitó a seguir caminando.

—¿Killian?

Me ignoró y desapareció tras las persianas.

Bufé, soplando un mechón de pelo de mi cara. —¡Bien, quédate enfadado, no me importa!

A pesar de viajar entre lujos, llegamos de vuelta a San Francisco un poco tarde y debo admitir que el tráfico ruidoso y el olor penetrante de los gases de los coches hicieron que sintiera el regreso a casa.

Killian tomó el volante poco después y salimos del aeropuerto, conduciendo varios kilómetros en un deportivo bajo hasta lo que supuse era su casa.

Nos ignoramos mutuamente. Yo me centré en leer mis catálogos de embarazo mientras él encendía el sistema de sonido, llenando el interior del coche con música.

No tardamos en entrar en la zona edificada de la ciudad. Una hora de tortura silenciosa después, él aparcó en un edificio moderno.

Condujo su coche hacia el garaje y, sin mediar palabra, se bajó del coche, caminando con elegancia hacia la puerta trasera, sin preocuparse de verificar si yo lo seguía.

Finalmente, salí y lo seguí. Abrió un conjunto de puertas dobles y continuamos a través de un amplio pasillo hasta llegar a la sala de estar principal, que era impresionante.

—Mi asistente está fuera de servicio y resumiré su trabajo la próxima semana—. Killian finalmente me habló, quitándose la chaqueta y colocándola encima de uno de los sofás de color crema claro. —Nuestras maletas llegarán mañana por la mañana debido a un retraso en la carga—. Continuó, subiendo hacia la escalera curvada y comenzó a subir.

Lo seguí atentamente, tomando notas en mi cabeza para no perderme.

—Haré lo necesario para que te preparen tu habitación. Mientras tanto, dormirás en la mía—.

Abrió la puerta y al entrar quedé fascinada.

—Si necesitas algo, házmelo saber, estaré en mi estudio—. Estaba a punto de salir por la puerta cuando llamé su nombre.

—Espera, no tengo nada que ponerme esta noche—.

Me lanzó una mirada. —Puedes usar lo que te guste de mi cómoda, solo no las prendas con tachuelas de diamantes—.

Asentí simplemente y por un segundo pareció que iba a decir algo más, pero se contuvo y salió del salón, dejándome parada en medio de su enorme habitación con un millón de pensamientos corriendo por mi cabeza; uno de ellos era cómo diablos íbamos a vivir sin comernos vivos.

• Capítulo 37

Killian

Despertarme completamente enredado alrededor de Hope mientras dormía con una de mis sudaderas provocó algo en mi interior que no entendí.

Habían pasado al menos tres horas desde que me masturbé en el baño y salí de casa y pensé que tal vez forzar mi enfoque de vuelta al trabajo me ayudaría a librarme de estos pensamientos y aclarar mi cabeza, pero seguía siendo igual. Todo

—este dolor en mi pecho, la necesidad de cerrar este capítulo, las ganas de tocarla, de decirle lo hermoso que es su rostro por la mañana, de decirle la sensación embriagadora que me provoca cada vez que murmura tiernamente en su sueño

—

—¿Señor Fobster?

Los jadeos apurados de Cleo me sobresaltaron de mi estado ausente y levanté la vista de la pantalla de mi portátil en la que había estado mirando sin ver durante los últimos cinco minutos.

—¿Qué pasa?

Una gota de sudor se deslizó por su cara maquillada mientras dejaba caer la taza de smoothie de aguacate licuado que la había hecho caminar cinco manzanas para conseguir. —Su smoothie—.

Me incliné hacia adelante y observé la sustancia verde con astucia. La verdad es que no la quería. Ni siquiera recordaba por qué le había pedido que la trajera.

—Tírala. Ya no la quiero.

Sus ojos se elevaron hacia los míos. —¿Señor?

Me miró por unos segundos, todavía parpadeando en incredulidad.

—No me gusta repetirme, Cleo, tíralo.

—Pero señor—, su tono tenía un matiz de desafío. —Caminé cinco manzanas para

conseguir esto y

—
Bajé mis gafas y la fulminé con una mirada de advertencia. —¿Me estás obligando a beberlo?

Ella negó con la cabeza rápidamente. —No, no, señor. Lo retiraré inmediatamente.— La mirada en sus ojos; si pudiera matar, probablemente estaría muerto. —¿Algo más que desee?

—Mándame los registros de los precios del mercado inmobiliario de la semana pasada
— Mi puerta chirrió al abrirse y Brad entró.

—¿Mal momento?

Negué con la cabeza y desvié la mirada hacia Cleo. —Estás despedida.

Ella asintió, agarró la taza y saludó a Brad con la cabeza antes de salir de la oficina.

—Aquí.— Se acercó a mi escritorio y dejó un boletín de noticias sobre él. —Tu padre ha hecho una declaración esta mañana sobre el escándalo.— Informó, dejándose caer en la silla al otro lado de mi escritorio.

Tomé el boletín y revisé el artículo de la primera línea.

—Está resuelto—, continuó. —Las casas de medios han refutado su publicación y ha sido tratada como noticias falsas.

Puse el papel abajo y lo miré directamente. —No me importa si refutaron. Quiero saber cómo se filtró en primer lugar.

—Hice que Jerry investigara, resulta que se filtró de TMZ. Pero afirman que la información y las fotos de los papeles prenupciales vinieron de una fuente no identificable.— Suspiró. —Vamos a demandar por difamación y trabajar en una indemnización de 12 millones.

—Que sean 15.— Gruñí. —Y quiero saber quién filtró esto y por qué.

—Haré que Jerry siga investigando. Mientras tanto, ¿quieres ver los partidos tomando algo conmigo esta noche?

Gemí. —No puedo. Tengo una mujer embarazada en mi casa que no confío en dejar sola, así que tengo que regresar temprano.

—Oh,— Una sonrisa se esbozó en su rostro provocándome alzar una ceja sarcástica. —¿Qué te causa gracia?

—Nada. Simplemente, te estás acogiendo a ella más rápido de lo que anticipé.

Bajé mis gafas y expiré un aliento. —Ya hemos pasado por esto, Brad. No estoy buscando enamorarme y asentarme así que no te hagas ilusiones.

—Pero ustedes tienen sexo.

—Y eso es todo lo que hay.— Señalé. —Solo el sexo.

Era solo sexo, solo una distracción. No la amaba y ella no me amaba a mí. Sin embargo, el dolor en mi pecho no se iba. Peor aún, no sabía cómo detenerlo. Tal vez era karma por mentir sobre aquella noche, por pretender que no recordaba nada de eso aunque el recuerdo permanecía fresco en mi cabeza.

Dios, estaba hecho un desastre.

—¿No te parece extraño?— Se reclinó en su asiento y cruzó las piernas, observándome curioso. —El Junior Fobster que conozco nunca repetiría con una mujer a menos que fuera una profesional en la cama o...

Me pellizqué el puente de la nariz y suspiré. Últimamente había hecho mucho eso; suspirar porque todo era jodidamente irritante. —¿Qué tratas de decir?

—Que estás tratando desesperadamente de no encariñarte con Hope porque tienes miedo de salir herido otra vez.

—No sabía que cuando contraté a un abogado, también venía con un terapeuta. Evalúame más, señor.— Rodé los ojos y volví mi mirada a mi portátil.

—Enfréntalo.— Se encogió de hombros. —Sabes que tengo razón.

—Por última vez, no tengo sentimientos por Hope.

Se rió entre dientes. —Eso es una sarta de tonterías.

—Es la verdad.

Levantó una ceja. —¿Entonces no piensas en ella?

—No, no lo hago.— Tal vez mentí un poco ahí.

—¿Y no te importa si le pasa algo, como si se lastima o está triste, no te afectaría?

—Si afecta a mi hijo, entonces me afectará.

—Pero lo que afecta al niño afecta indirectamente a ella, entonces también te afectaría si ella se lastimara, ¿no?

—Razonablemente, sí. Ahora deja de intentar manipularme con tus preguntas. No amo a Hope. Simplemente no puedo amarla.

—Entonces déjame ver si entiendo, no amas a Hope.

Simplemente negué con la cabeza.

—¿Y no quieres que ella ame a alguien más?

Aprieto los puños. —No.

—¿No te parece un poco tóxico?

Fruncí el ceño. —Sabes que ella me dijo exactamente lo mismo ayer.— Bufé. —Me dijo que solo tener sexo con alguien con quien no estás en una relación era tóxico.

Una sonrisa se fue dibujando lentamente en su rostro de nuevo. —¿Ella dijo eso?

—Sí, lo dijo y me parece jodidamente absurdo, por decir lo menos.

—Ya sabes, para ser un tipo inteligente, eres bastante tonto. Está claro que ella quiere algo más contigo, ¿por qué no lo ves?

—Estás equivocado, ni siquiera le gusto y apenas nos soportamos el uno al otro.

—Sin embargo, te permite tener sexo con ella.

—No entiendo a qué quieres llegar.

Me miró fijamente. —Le gustas jodidamente.— Suspiró y movió la cabeza. —Eres un tipo con suerte, ¿sabes? Espero que te des cuenta de esto antes de que pierdas a esta.— Se levantó. —Ya me voy. Ah, y deberías llamar a tu padre, se lució en la entrevista.

Un guiño más, completo con un encogimiento de su chaqueta, y se fue, dejándome solo con mis pensamientos.

La posibilidad de que Hope me amara o quisiera un futuro conmigo era algo que simplemente no podía aceptar, así que lo puse a un lado, me sumergí en el trabajo y tres horas más tarde, conducía por la calle después de una rápida parada en la tienda de comestibles.

No era algo que soliera hacer, rara vez hacía mis propias compras, y mucho menos las de otra persona, pero ahora tenía una mujer embarazada en mi casa que me había molestado la noche anterior por no tener suficientes Cheetos y leche de cabra.

¿Quién mierda bebía leche de cabra?

Regresé a casa de muy mal humor y me hice un recordatorio mental de dejarla hacer sus propias compras para no tener que parecer un idiota preguntando por maldita leche de cabra.

Conduje hasta mi garaje y cerré el coche, suspirando de alivio mientras agarraba las bolsas de la compra y entraba al vestíbulo, pero lo que vi hizo que mi mal humor empeorara.

—Killian—, Hope me saludó nerviosamente, sudando profusamente de la cabeza a la cara. —Llegaste temprano a casa. No te esperaba.

—Yo tampoco esperaba esto. ¿Qué diablos hace él aquí?— Pregunté, enojándome al ver a un imbécil sudoroso y sin camisa moviendo cajas en mi sala de estar.

—Estoy aquí para ayudar a mi hermanita a desempacar.— Interpuso, lanzándome una sonrisa irritante mientras se acercaba casualmente a su lado. —¿Algún problema con eso?

Mi mandíbula se tensó. —Pensé que tenías cosas mejores que hacer cuñado.

Podía decir que mis últimas palabras lo irritaron porque se puso delante de ella. —Solo porque te casaste con mi hermana no nos hace familiares, no te gusto menos que antes.

—Eso es algo en lo que ambos estamos de acuerdo hermano—, gruñí, igualando su mirada desafiante.

—¿Pueden ambos dejar de lado su ego y dejar de pelear?— Hope intervino, poniéndose entre nosotros mientras nos mirábamos furiosos. Y luego sus ojos cayeron en la bolsa del supermercado en mi mano. —Oh, lo conseguiste.— Me alivió de la bolsa inmediatamente. —Gracias por esto. Las llevaré a la cocina.

Se dio la vuelta y se alejó, sin desaparecer completamente en la cocina antes de que Scott se interpusiera en mi camino. —Preciosa casa tienes aquí. Entonces, ¿dónde guardas las cámaras?

Bufé. —¿De qué diablos hablas ahora?

—Ya sabes,— su ceja se levantó curiosamente mientras cruzaba sus brazos sobre su pecho. —Esas pequeñas cámaras que usas para espiar a todos en la casa. Estoy seguro de que tienes algunas implantadas en la habitación y el baño de Hope también. Jodido perverso.

Un ceño fruncido marcó mi rostro. —No estoy mentalmente trastornado como tú Scott y no necesitaría una cámara para ver a Hope desnuda. Puedo conseguirlo con solo preguntar.

Se puso cara a cara conmigo. —No te atrevas a ponerle un dedo encima a mi hermana.

—Ya lo hice, un par de veces de hecho, y sorprendentemente no me costó mucho convencerla.— Mis palabras fueron amenazantes. Le molestó porque no podía dejar de apretar y soltar los puños. —Parece que te interesa mucho tu hermana, si no supiera mejor pensaría que te gusta.— Di un paso intimidante hacia adelante. —Tal vez debería ser yo quien te pregunte sobre las cámaras.

—No seas repugnante.— Resopló, retrocediendo.

—¿Yo repugnante?— Me reí sin humor. —Tú eres el que tiene un complejo de superioridad de hermano mayor aquí. ¿Qué? ¿Preocupado de que ella sea feliz sin ti en la escena?

—No juegues conmigo, Killian.— Advirtió.

—Entonces no me hagas preguntas escandalosas y métetelo en tu jodido cerebro infértil que tu hermana está casada conmigo. Ella es mía.

—No por mucho.— Se burló y por alguna razón, sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. —No eres más que un donante de esperma accidental. Es solo cuestión de tiempo antes de que nazca este niño y después de eso, no significarás nada para mi hermana. ¿Sabes por qué? Porque encontrará a un hombre que la ame y la trate bien, no a un orgulloso y arrogante imbécil con problemas de mamá que piensa que posee el maldito mundo.

El puñetazo en el estómago empeoró y la ira me recorrió las venas, tanto que tenía ganas de destruirlo.

—Sabes que tengo razón.— Añadió con una sonrisa burlona. —Así que disfruta esto mientras puedas porque pronto se acabará.

—¿Qué tal un brunch?— Hope preguntó de repente, saliendo de la cocina.

—Me apunto.— Scott se apresuró a su lado. —Ayudaré.

Ella le sonrió brillantemente, tanto que me enfermó el estómago.

Desvié la mirada porque no esperaba sentir lo que sentí
—deseo, envidia.

—¿Killian?— Me llamó. —¿Quieres unirte a nosotros?

—Iré a mi habitación—, dije y salí apresurado, incapaz de soportarla un segundo más. No, eso no era cierto. Era incapaz de soportarme a mí mismo.

• Capítulo 38

Hope

Sobreviví los últimos dos días viviendo con Killian manteniéndome alejada de su camino, quedándome en mi habitación y manteniéndome callada en la cena.

No habíamos hablado mucho desde que Scott me ayudó a instalarme. No sabía por qué y tampoco me molesté en preguntar porque Killian no hablaría. Me había dado la frialdad y solo me hablaba cuando le pedía instrucciones. Tendía a hacer eso a menudo porque me perdía mucho.

Sin embargo, hoy, estaba particularmente aburrida y decidí que iba a visitar la cafetería para algo de bombeo de adrenalina.

Tras colgar una llamada con mi madre y asegurarle que me estaba cuidando debidamente, me cepillé los dientes, tomé un baño en mi baño y treinta minutos después, me estaba dando un último repaso en el espejo.

Peiné mi cabello con los dedos, cogí mi bolso negro y me dirigí a la puerta hacia las escaleras y ahora al salón donde me encontré con Killian saliendo de la cocina con un periódico en una mano y una taza de café en la otra.

No parecía tener prisa por ir a trabajar hoy porque todavía llevaba puesto su pantalón de pijama y camiseta.

—¿Qué haces levantada?

Ahí estaba; esa ronquera matutina en su voz que siempre se hacía camino directo a mi núcleo.

—Buenos días para ti también, Killian.— Dije con lentitud, continuando mi camino hacia la puerta.

—Te he hecho una pregunta.— Se mofó, haciéndome detener en seco y girarme.

—Voy a trabajar con Joe.

Me miró como si acabara de decir algo asqueroso. —Deberías volver a tu habitación.

Mi frente se frunció en una mueca. —¿Por qué?

—Porque no quiero que trabajes.

—Si no trabajo, no tendré dinero.— Señalé, pero él simplemente me miró como si no hubiera dicho nada.

—Dame una lista de tus necesidades y te proporcionaré todo. No tienes que trabajar más en ese comedor de mala muerte.

Negué con la cabeza. —No, gracias, quiero trabajar. Estoy cansada de quedarme en casa todo el día sin hacer nada.

—Mira películas, lee libros, ve a tratamientos de spa, pero no ese comedor.

Estaba usando ese tono categórico conmigo que no me gustaba. Bufé. —No, trabajaré.

Un suspiro salió de lo profundo de su pecho, dejándome saber que su irritación estaba creciendo. —Hope, dejaste de trabajar en el momento en que aceptaste casarte conmigo. Ahora vuelve a tu habitación porque esta discusión ha terminado.

—No puedes tomar esta decisión autónoma y evitarme ir a trabajar. Si te preocupa tanto el bebé, puedo asegurarte que estará bien.

—Nada de lo que digas cambiará mi opinión.— Comenzó a alejarse, dejándome atónita y confundida y yo no iba a permitirlo.

—Si hay algo que necesitas sacarte del pecho, mejor hazlo ahora.

Se detuvo en seco, luego se giró para darme una de sus miradas más negras, pero eso no me detuvo.

—Has estado difícil y distante estos últimos dos días. No entiendo qué te hice y no puedes simplemente encerrarme aquí y mandarme solo porque estamos casados.

—Creo que bastante puedo.

—No, no puedes.

Con un gruñido, se abalanzó hacia mí, deteniéndose justo frente a mí y usando deliberadamente su tamaño para intimidarme. Olió bien, aunque estaba demasiado irritada para que me importara.

—Hope, basta. No vas a cambiar mi opinión.

—Tonterías.— Bufé y me giré con la intención de dejar la casa, pero él me agarró del antebrazo y me detuvo en seco.

—¿Es tan importante contradecir todo lo que digo?— Sus ojos ardían de vuelta en mí, una emoción indescifrable agitándose en ellos. —¿Por qué siempre tienes que arriesgar tu salud?

—Creo que mi salud está perfectamente bien.

—No, no lo está. Ahora a tu habitación y cualquier palabra más de tu parte te ganará un castigo indefinido.

Reí histéricamente. —¿Hablas en serio en este momento? ¿Me castigarás como si tuviera trece años?

Su ceja se arqueó. —¿Quieres probarme?

Todo el humor en mí se secó, reemplazado por una burbuja de ira en mi núcleo. —¿En serio me mantendrías encerrada aquí?

—Ya que has elegido ser terca, entonces sí.— Me soltó y yo estaba a punto de replicarle cuando se me ocurrió una idea brillante.

Bingo.

—Está bien. Ya sabes qué, está bien. Volveré a mi habitación si eso te va a hacer feliz.

—Bien.— Con eso, se alejó.

Si pensaba que realmente podía mantenerme enjaulada aquí, que se besara el trasero.

Solo tenía que esperar y luego, cuando él hubiera dejado la casa, yo también me iría y sorprendentemente, ese plan se desarrolló bastante bien porque una hora más tarde, estaba saliendo del metro y entrando en el ajetreo matutino del comedor.

Si Killian quería que fuera la madre que se queda en casa, eso no iba a funcionar muy bien porque toda mi vida me habían enseñado a ser trabajadora y por eso no podía simplemente sentarme a no hacer nada.

A Mr. Joe no parecía importarle, así que en poco tiempo, estaba tomando pedidos, la emoción zumbando en mi vientre. Trabajé durante todo el ajetreo de la mañana hasta el almuerzo, llevando bandejas de comida, limpiando mesas de un lado para otro, y una vez que la última mesa estuvo limpia, recogí la propina dejada en uno de los vasos de vidrio y me retiré al cuarto del personal donde me desplomé en una de las sillas de hierro e intenté recuperar el aliento.

—Estoy empezando a pensar que el atractivo hijo de puta que legalmente es tu esposo tenía razón cuando te dijo que no trabajarás.— Lesley frunció el ceño, de pie en la puerta y apoyando las manos en las caderas. —Estás sudando tanto que me asusta que puedas desmayarte.

—Solo necesito recuperar el aliento, eso es todo,— aseguré, frotándome la cabeza al sentir que se aproximaba un dolor de cabeza.

—De todos modos, es bueno tenerte de vuelta aquí. No es lo mismo sin ti. Y mírate; cuatro días de luna de miel y ya estás radiante.

Mis mejillas se sonrojaron. Jesús, ¿por qué me sentía avergonzada? —¿De verdad? No lo noté.

—Vamos.— Se acercó para sentarse a mi lado. —Necesito cada detalle de lo que pasó.

—Bueno, fue...bastante bueno.

Ella arqueó una ceja y frunció los labios como considerando lo que acababa de decir. —¿Eso es todo?

Encogí los hombros. —Me divertí, quiero decir, hicimos exactamente lo que la mayoría de las parejas de luna de miel hacen.

Sus ojos se iluminaron, su tono era enfático. —¿Ustedes hicieron el amor?

¿Hacer el amor? No realmente.

Tuvimos sexo. Muy sucio, muy perverso, pero no era amor y me temía que nunca iba a serlo.

—Lo hiciste, ¿no?— Me sacó de mis pensamientos con un codazo a mi lado. —Dejaste que se metiera en tus pantalones otra vez.

—No es así,— protesté, luchando por mantener la cara seria mientras mis mejillas se tornaban rosadas en contra de mi voluntad.

—Pero tuvieron sexo.

—Bueno, sí. Quiero decir, somos dos adultos casados y sexualmente frustrados.

Ella se rió entre dientes. —Y él es tu esposo, así que quién más. Voy a ser honesta, no me gusta ese tipo, Killian, por la forma en que te trató al principio, pero ahora están casados, así que pueden tener todo el sexo que quieran y amarlo como quieran.

No pude evitarlo. Me reí de las cosas que salían de su boca e intenté no pensar demasiado en ello porque dentro de un año, todas mis fantasías, todo el sexo, las peleas, habrían terminado. Recuperaría mi vida. Al menos lo que quedaba de ella.

El golpe en la puerta me devolvió a la atención. —¡Chicas, se acercan los pedidos!

Cuando volví a casa, los últimos rayos del sol rozaban el horizonte. Era de noche y no había esperado encontrar a Killian en casa en ese momento, pero cuando entré a la casa y se encendieron las luces mecánicas, él estaba allí, sentado en el sofá.

Cruzó las piernas y giró la cabeza hacia mí, su expresión totalmente ilegible. —¿A dónde fuiste, Hope?

Su tono sonó vagamente amenazador. Mierda. Agarré mi bolso y esperé desesperadamente no oler a aceite de pescado y papas fritas. —Fui a visitar, uh, a mi madre.

—¿Sí?— Se estaba levantando, caminando hacia mí.

Tragué un nudo en mi garganta y me obligué a permanecer calmada. —Sí.

—Eso es curioso porque la llamé cuando llegué a casa y no te encontré. Dijo que no habían hablado desde que regresaste.

Mierda. Mierda. Mierda.

—Bueno, sí, uh,— no reconocía mi propia voz, estaba tan nerviosa. —Originalmente fui a verla pero no estaba, así que visité a Scott en su lugar.

Me miró como si no hubiera creído ni una palabra de lo que acababa de decir y hubo una breve pausa que me hizo temblar por dentro, pero después de un segundo angustiante, suspiró. —La cena está en la cocina. Estaré en mi habitación.

Cuando se alejó, alcancé mi pecho y respiré un enorme suspiro de alivio.

A la mañana siguiente, caminaba de un lado a otro en mi dormitorio, sujetando mi bolso y pasando una mano por mis jeans.

Miré por la ventana, sin estar segura de cuánto tiempo más podía hacer esto. ¿Por qué diablos no se había ido todavía?

Continué caminando de un lado a otro, esperando a que se fuera, pero aún no había salido del garaje y eso empezaba a ponerme un poco ansiosa.

Por mucho que quisiera quedarme en casa hoy y averiguar por qué me dolía tanto el estómago, ya había incluido mi turno en el rooster de la tienda.

Mi ansiedad hizo que mi vejiga se llenara. Para cuando corrí al baño y regresé, él ya se había ido.

Media hora y una conversación sin sentido con el chico que se sentó a mi lado en el tren,

más tarde, salí del metro como de costumbre, sonriendo de oreja a oreja porque había logrado ser más astuta que Killian.

Agarré mi bolso y caminé hacia la puerta delantera del restaurante, con la cola de caballo botando de lado a lado. Hoy había llevado una sonrisa feliz, pero esa sonrisa feliz pronto desapareció y el pánico se elevó dentro de mí en forma de bilis caliente que amenazaba con hacerme vomitar cuando vi al Sr. y a la Sra. Joe afuera de la tienda cerrada, ambos abrazándose mientras la Sra. Joe sollozaba sin cesar.

De alguna manera, obligué a la náusea a volver atrás y caminé hacia ellos. —¿Sra. Joe, está bien? ¿Por qué no está abierta la tienda?

Ella apartó su rostro enrojecido del pecho de su esposo y me miró con un desdén que me heló los huesos. —Debería hacerte esa pregunta a ti. Hope.

Mi cara se arrugó con preocupación. —Sra. Joe.— Intenté tocarla pero se apartó como si mi toque quemara. —No entiendo.

—Bueno, ¿por qué no le preguntas a tu amado esposo y nos dejas en paz?— Escupió, cayendo de nuevo en el pecho de su marido.

¿Qué demonios estaba pasando?

—¿Disculpe?

Ella suspiró. —Por favor Hope, solo vete, no queremos más problemas.

No entendía. —Pero yo-

—¡Vete por favor!— El Sr. Joe me espetó y di un respingo, sintiendo instantáneamente las lágrimas que se acumulaban en mis ojos.

Mi labio inferior tembló y sentí humedecerse mi nariz. —Pero no hice nada malo.

—Lo hiciste.— La Sra. Joe sollozó. —Te casaste con un monstruo.

¿Lo hice?

¿Killian?

¿Él hizo esto?

Mi puño se cerró. Claro que lo hizo. No había lugar a dudas, tenía su firma por todas partes.

La ira caliente burbujeaba y chisporroteaba detrás de mi caja torácica. Esto era el colmo. Ya había tenido suficiente de este imbécil.

—Prometo que arreglaré esto.

• Capítulo 39

Hope

Me había llevado media hora convencerme de que no necesitaba reaccionar de forma excesiva, que podía esperar a que él volviera a casa y podríamos solucionar esto de manera amistosa, pero en el momento en que irrumpí en las cuatro paredes de la compañía de Killian, sentí cómo mi ira crecía hasta alcanzar una longitud medible.

Que le den a mi subconsciente intentando disuadirme de esto. Ya había tenido suficiente de él arruinando mi vida y no estaba dispuesta a aguantar más sus tonterías.

—Señora Fobster.— Su secretaria se levantó al verme entrar. ¿Cleo era su nombre? Sus ojos se llenaron de sorpresa. —Buenos días, no me esperaba-

—¿Dónde está Killian?— La interrumpí, sin importarme su saludo porque estaba furiosa. Estaba tan jodidamente enfadada con él. Juro por Dios, que me había pisoteado con esto.

Ella parpadeó dos veces, apuntando en silencio a la puerta de su oficina. —En este momento está en una reunión con-

No la dejé terminar, agarré mi bolso con fuerza a mi lado y avancé hacia su puerta.

—No, no, ¡no puede!— Gritó tras de mí con alarma en su voz, pero ya era demasiado tarde porque entré de golpe sin llamar e inmediatamente saludé a los tres pares de ojos sorprendidos que se cruzaron con los míos.

Todos excepto Killian me dirigieron una mirada. Estaba sentado allí, con indiferencia, mientras mantenía la vista baja en su portátil, como si lo esperara, como si lo hubiera anticipado.

—Caballeros.— Finalmente habló, atrayendo su atención de nuevo. —¿Por qué no dan a mi esposa y a mí un momento?

Asintieron comprensivos, todos poniéndose de pie y recogiendo sus portapapeles a medida que salían.

—Señor.— El temor en los ojos de Cleo era palpable mientras se mantenía junto a la puerta. —Lo siento. Intenté detenerla.

—Está bien. Déjanos.

Ella asintió y en el momento en que la puerta se cerró detrás de ella, estallé. —¿Cómo has podido cerrar la tienda del señor Joe? ¿Qué te crees, el mago de Oz o el Presidente? ¡No puedes simplemente arruinar la vida de las personas por tu propia auto-satisfacción!

Escuché un suspiro escapar de sus labios mientras se levantaba y se dirigía hacia la botella de coñac en la mesa de cristal. —¿Por esto has interrumpido mi reunión de forma tan grosera?— Habló despacio, aún sin mirarme.

—¡Sí, por esto!— Di un pisotón. —¿Cómo has podido hacer algo así?

—¿Tienes alguna forma de probar que fui yo?

¿Estaba bromeando?

—¿¡De verdad vas a jugar esa carta?!—

Me mantuvo en silencio, deliberadamente obtuso, llevándome al límite, sabiendo que tarde o temprano estallaría. —¡Respóndeme!

Dejó caer su vaso de vuelta en la mesa de cristal, me miró por encima del hombro y habló sin emoción. —No voy a pelear contigo, gatita. No voy a hacer esto contigo.

—Ah, vamos a hacerlo sí. No te vas de esta conversación. Y, si me llamas Gatita una vez más, juro por Dios, te arrojaré un jarrón a la cabeza.

Sus hombros se sacudieron de risa cuando se giró y encontró mi mirada. —Si alguien te dice alguna vez que eres hermosa cuando estás enfadada, te está mintiendo.

Mis mejillas se encendieron de rabia. Lo miré con furia, hirviendo mi sangre.

—No estoy de humor para tus bromas, Killian, lo que hiciste fue malvado y cruel.

Alzó las cejas, sabiendo que me irritaría. —Tú lo viste como malvado y cruel, yo lo vi como castigar a mi mentirosa esposa que desobedeció mis órdenes sabiendo de lo que era perfectamente capaz.

—¡Tonterías, Killian! ¡Tonterías!— Señalé con el dedo hacia él en el aire. —Sabes, he estado intentando pensar lo mejor de ti, pero lo haces tan difícil. Eres tan,— respiré hondo. —Insoportable, dominante y repulsivo. ¡Es repugnante!

Sus labios se torcieron en una sonrisa cruel. —Pensé que ibas a decir algo malo.

Por alguna razón, su comportamiento impasible sólo me irritaba más. Estaba jugando conmigo, disfrutando de lo alterada que estaba.

Apreté mis dientes, mi enfado regresando con toda su fuerza. —¡Eres tan-Dios, cómo te odio ahora mismo!

—Eso es lo mejor para ambos.

Mi mano se pasó por el cabello como una loca. No pude contener mi lengua más tiempo. —¿Puedes dejar de ser arrogante y al menos tener la decencia de aceptar que hiciste algo mal? Lo que les hiciste a esas personas fue malvado. Esa es su única fuente de ingresos y se la quitaste porque eso es lo que haces,— di suficientes pasos hacia él, señalando su pecho con el dedo mientras continuaba. —Les quitas a las personas, las controlas, las haces miserables, las haces odiosas pero ¿sabes qué? Castigar a las personas por tus fallos no te hará sentir mejor, sólo demostrará lo mucho que eres un monstruo.

Mi ira burbujeaba en mi interior y no tenía idea de dónde había venido esa explosión pero no me importaba porque él necesitaba un jodido toque de realidad.

Toda señal de humor desapareció de su rostro cuando arrastró su mirada fría lentamente hasta que chocó con la mía. —Mis órdenes fueron bastante claras desde el principio, Hope,— su tono era tan frío como el hielo. —Fuiste tú la que decidió desafiarlas y si no lo hubieras hecho, nada de esto habría pasado.— Frunció el ceño, irradiando furia por cada poro.

—No me importa cómo decidas justificarte. Puede que seas un maniático del control y quizá tu anterior novia te dejó actuar a tu gusto, pero no seré tu muñeca. No dejaré que arruines mi vida más de lo que ya has hecho y si no arreglas esto, juro por Dios que me escaparé con este hijo y nunca más me volverás a ver.

Sus ojos se ensancharon y hizo una pausa como si hubiera sido tomado por sorpresa ante mi exigencia. —¿Qué has dicho?

Aprieto los puños a mi lado, mirándolo directamente a los ojos. —Me iré, Killian. Me iré y

nunca más me volverás a ver.

—No serías capaz de hacerme eso.— Su voz se suavizó, de alguna manera tomándome por sorpresa.

No, no iba a dejarlo así de fácil. —Lo haría,— respondí. —Lo haré, Killian. Nuestra boda es una farsa, todo lo que hacemos es pelear y tener sexo. Nada está bien y pronto me iré, lo haré—

—No tienes derecho a dejarme.— Me interrumpió ácidamente, mirándome directamente a los ojos. —No te dejaré irte y no vuelvas a amenazarme con algo así.

—Tendré que hacerlo,— dije, mi voz más suave de lo que pensé que sería. —Esto— hice un gesto con la mano entre nosotros. —No va a funcionar. Lo sabes. Yo lo sé y el contrato decía—

—Sé lo que dice el maldito contrato,— me interrumpió de nuevo, dejando que sus dedos se hundieran en su cabello mientras respiraba profundamente y después exhalaba. —Pero las cosas son diferentes.

Toda la lucha que había en mí se fue. Mis brazos cayeron a mi lado. —¿Cómo?

—Porque cuanto más jodido tiempo paso con tu loca trasero, menos quiero que el contrato se disuelva.

Parpadeé, atónita. Volví a parpadear, dejando que sus palabras, junto con el shock, se registraran.

—Mira, no quiero que te hagas ideas equivocadas.— Añadió, rápidamente, notando mi estado de confusión. —Solo es-es solo, complicado.

—¿Qué es complicado? ¿Tus sentimientos hacia mí?— No sabía por qué había preguntado eso, no sabía qué me pasaba. Entré aquí con una ira suficiente como para matarlo pero ahora mi pecho estaba tan apretado que me asfixiaba con mis propias emociones.

—Dime, Killian.

Sacudí la cabeza y cuando volvió a mirarme, sus ojos eran oscuros; como si de repente hubiera recordado quién era. —Olvida todo esto.— Instruyó, toda muestra de emoción en su rostro desaparecida. No había forma de deducir lo que estaba pensando y me rompió el corazón

que podría haber perdido mi única oportunidad. —Tenías razón, soy un enfermo monstruo y fui demasiado lejos. Arreglaré las cosas. Ya deberías irte a casa. El chofer te llevará.

Me apretó el estómago. Me estaba cerrando el paso de nuevo. —Killian, tú-

—Olvida lo que dije.— Me interrumpió, justo cuando Cleo llamó a la puerta.

—¿Señor Fobster?

Aclaró su garganta, recomponiéndose. —Sí, Cleo.

—El hospital llamó. Su abuelo tuvo otro ataque.

—Prepara mi coche.— Le dijo, volviendo a su mesa e ignorándome como si hubiera olvidado todo lo que acaba de suceder.

—Iré contigo.

—No tienes por qué. Vete a casa.

Negué con la cabeza. —Iré.

—Como quieras.

Estaba nerviosa durante todo el viaje al hospital y el hecho de que Killian no me había hablado desde que nos subimos al coche no ayudaba a calmar mis nervios.

No podía culparlo, sin embargo. La preocupación en sus ojos era evidente mientras seguía mirando fijamente hacia adelante y jugueteando con su Rolex.

Abrí la ventana unos centímetros para dejar entrar el aire fresco. A estas alturas, no sabía qué decir. Nunca había conocido a su abuelo y rara vez hablaba de su familia, así que todo esto era nuevo para mí. —Va a estar bien.— Intenté consolarlo y no pareció hacer mucha diferencia porque él solo asintió con la cabeza y continuó mirando fijamente.

Me hundí más en el asiento de cuero y bajé la ventana otros pocos centímetros, deseando

que el viento se llevara la incomodidad entre nosotros.

Tardamos treinta minutos más de silencio para que el coche se detuviera en el estacionamiento y en el momento en que lo hizo, Killian salió corriendo, dejándome corriendo tras él.

El viaje en el ascensor fue extremadamente angustioso y el olor antiséptico del hospital trajo recuerdos dolorosos que me revolvieron el estómago.

Por un breve momento, Killian me miró porque tal vez había sentido mi incomodidad, pero su mirada vaciló en el momento en que levanté la vista hacia él, y justo entonces las puertas del ascensor se abrieron con un timbre.

La habitación 16 tenía dos guardaespaldas masculinos de pie frente a ella. Cuando entramos, un médico y varias enfermeras estaban de pie junto al hombre acurrucado en su cama, que lucía bastante enfermo con una cánula de oxígeno nasal colocada dentro de su nariz.

Lo reconocí inmediatamente de uno de los retratos que Killian guardaba en su sala de estudio. Señor Edward Crane.

—¿Qué tengo que hacer para que estas enfermeras dejen de chismear?— Croó, enviando una sonrisa torcida hacia Killian, pero a él no le hizo gracia.

—Este no es momento para tus bromas, abuelo.— Frunció el ceño. —Si no fueras tan jodidamente terco no tendría que estar aquí.

—Dios mío, sueñas como tu madre.— Se rió ásperamente, su cuerpo entero temblando por el esfuerzo de la risa.

Killian apretó el puño, a punto de estallar contra él cuando el médico se acercó y extendió su mano. —Señor Foster.

Killian no aceptó el saludo, en cambio, se echó hacia atrás. —Lo mantuve en este hospital porque pensé que estaba en buenas manos, ¿por qué sigue teniendo estos ataques, Ambrose? Me estoy cansando.

El médico retiró su mano incómodamente y se pasó la mano por el cabello ralo. —Estamos haciendo todo lo posible para evitar que ocurra, pero sigue empeorando.

Corazón tonto y débil, interrumpió su abuelo. Una advertencia justa: no envejecas.

Killian se giró para fruncir el ceño. ¿Puedes tomarte esto en serio por una vez?

Voy a morir de todas formas. Al menos déjame morir feliz.

¡No te estás muriendo! ladró él; una mezcla de ira y miedo en sus palabras. Volvió la vista hacia el médico. ¿Podemos hablar afuera un momento?

Por supuesto.

Killian salió de la habitación con el médico y las enfermeras lo siguieron, dejándome solo con él y no tardó en fijar sus ojos en los míos.

Debes ser Hope.

Me sorprendió que supiera mi nombre.

Sí, señor. Lo siento, pero Killian nunca me había hablado de usted. Es un placer conocerlo oficialmente.

Una cálida sonrisa se dibujó en su cara mientras golpeaba el espacio vacío en la cama junto a la suya. Está bien, querida, ven a sentarte conmigo.

Hice lo que me dijo y me posé al lado de su cama. Dios mío, no solo se veía enfermo, sino que olía a enfermo. Y sin embargo, tenía la sonrisa animada de un adolescente.

Mi nieto es un idiota por no traerte antes a verme. Debe ser un bastardo afortunado por haber conseguido una belleza natural tan rara de encontrar.

Bajé la cara e intenté no sonrojarme. Muchas gracias, señor.

Debería darte las gracias a ti. Me estás dando todo lo que siempre quise; un bisnieto y la oportunidad de que mi nieto vuelva a ser feliz.

Alcé la mirada por un momento. ¿Sabe del bebé?

Sonaba cansado y débil cuando intentó reír. Es posible que esté confinado a esta cama de enfermo, pero lo sé todo, querida.

De repente me sorprendí, insegura de cómo sentirme. Lo siento, no quise...

Oh, está bien, me hizo un gesto de despedida con una suave risotada. Si acaso, culpo a mi nieto. Ha heredado mi sed de mujeres.

Solte la respiración que había estado conteniendo y reí. No sabía eso.

Y hay mucho más que no sabes pero con el tiempo, lo sabrás. Su tono se tornó serio. Sé que Killian puede ser difícil pero quiero que sepas que no es su culpa. No siempre fue un corazón de hielo. La serie de eventos que sucedieron en su vida lo hicieron así.

Mi corazón se dolía de culpa. ¿Fue realmente tan malo?

Asintió, suspirando. Con tiempo, te lo dirá. Puede que no sea muy lejano. Escuché que te defendió frente a su padre. Había una sonrisa en su cara cuando lo dijo.

Suspiré. Honestamente, en el fondo sé que Killian es un buen hombre o al menos intenta serlo. PD: es pésimo en eso. Pero me asusta que acabe rompiéndome el corazón. Solte una risita estúpida y bajé la cabeza. Quizás yo sea la que ve cosas que no están ahí.

Querida, si te obsesionas con la posibilidad de que él rompa tu corazón, nunca vas a salir de tu propia sombra. ¿Mírame a mí? Estoy a un último aliento de tocar el suelo y mi nieto está ahí fuera, intentando asegurarse de que me hagan la cirugía. Todo es jodidamente aterrador, pero eso no significa que no vaya a vivir cada día al máximo.

Puso su mano sobre la mía. Estaban frías, temblorosas. Si amas a mi pequeño, entonces ámalo, pero sabes que es un hombre atormentado y te rechazará a la mínima oportunidad que tenga. No va a abrirte su corazón fácilmente, pero si te quedas a su lado, cederá y te amará. Eso si no te ama ya.

Me parece difícil creer que ya lo haga. Reí, tratando de ignorar el calor que se apoderaba de mis entrañas al oír sus palabras.

Me amaría si esperase. Pero no estaba segura de poder esperar.

• Capítulo 40

Hope

Mi mente apenas se enfocaba en la carretera mientras pasaban edificios y árboles.

Algo cambió después de nuestra visita al hospital. Por primera vez, realmente me golpeó que las cosas se estaban poniendo serias entre Killian y yo, y ninguno de los dos tenía la capacidad de detenerlo.

Incapaz de concentrarme en nada más que en la conversación que tuve con el señor Edward, coloqué mi mano debajo de mi barbilla y seguí mirando por la ventana mientras nos deslizábamos de vuelta hacia la ciudad.

¿Estás bien?

Sobresaltada, me giré para mirar a Killian. Solo un poco cansada, eso es todo.

Cuando volví a mirar sin expresión por la ventana, sentí su mirada sobre mí, pero no comentó mientras continuaba conduciendo.

En algún momento, puso música clásica y permaneció completamente en silencio. Yo, por otro lado, sentía un nudo en el estómago de preocupación y confusión por la incertidumbre que ahora tenía mi futuro. O tal vez fue que quedarme tanto tiempo en el hospital me hizo sentir vagamente náuseas porque en cuanto llegamos a casa, me sentí mal e hice una carrera loca hacia el baño para vomitar en el inodoro.

Killian vino detrás de mí inmediatamente y sostuvo mi cabello fuera de mi cara y temblé un poco cuando su mano bajó a mi espalda y comenzó a frotarme lentamente.

Cuando estuve segura de que mi estómago estaba vacío, me levanté y tiré de la cadena, luego caminé hacia el lavabo para enjuagarme la boca.

Él estaba a unos centímetros de distancia, con aspecto pensativo. ¿Estás bien?

Hice gárgaras y escupí en el lavabo. Sí, estoy bien. Mi voz era áspera y rasposa por haber vomitado mis entrañas. Intenté alejarme del lavabo, pero terminé aferrándome a él cuando mi visión se nubló por un momento.

¿Seguro que no necesito llamar a un médico? Estaba detrás de mí, sosteniéndome.

No, estoy bien. Solo necesito recuperar el aliento y... oh. Mis palabras se disiparon mientras oscilaba otra vez, directamente en sus brazos que ahora se envolvían alrededor de mi cuerpo inferior con fuerza.

Tienes fiebre, Hope.

Es extraño, tengo frío, pero estoy segura de que no es nada. Trataba de asegurarlo, pero me miró evaluando y soltó un largo suspiro mientras tocaba mi frente con el dorso de su mano. Probablemente tienes fiebre. Resopló. Esta es la razón por la que no quiero que trabajes. No es bueno que estés activa ahora mismo.

Le rodé los ojos y me aparté, sin querer admitir que mis piernas estaban a punto de ceder. No soy un huevo. Y las mujeres han tenido bebés en condiciones mucho más difíciles.

No eres otras mujeres, tú eres tú y eres una patosa, así que perdona si no te tengo la confianza suficiente para cuidarte tú sola.

Iba a replicarle, pero un grito me salió de la garganta en su lugar cuando, sin previo aviso, me levantó en brazos. ¿Q-Qué haces?

Llévate a tu dormitorio.

Mis labios se apretaron ligeramente, pero luego me relajé en su brazo y le dejé llevarme a mi habitación porque no había caso en protestar. La temperatura aquí era mucho más cálida. Me dejó suavemente sobre mi cama y me cubrió con las sábanas. Voy a pedir algo de comida. ¿Qué te gustaría?

Si dijera hamburguesas con queso y papas fritas, había una posibilidad de que me diera un coscorrón, aunque era lo que se me antojaba. Así que opté por la segunda opción. ¿Fideos?

¿Cómo puedes querer fideos cuando sabes que estás comiendo por dos? Frunció el ceño. Quizás por eso sigues tan delgada. Sacudió la cabeza. Voy a pedirte comida de verdad y será mejor que no te quejes.

Entrecerré los ojos. ¿Por qué me preguntas si de todos modos planeas hacer lo que quieras?

Ignoró mi pregunta. No te muevas de la cama. Y luego salió. Cerré los ojos y froté mis sienes, frustrada. Este hombre a veces era tan exasperante.

No tardó mucho en volver a mi habitación con una bandeja de comida. Para mi sorpresa, me consiguió fideos, junto con otras guarniciones que no disfruté porque eran tan verdes y demasiado saludables para mí.

Después de que comí, Killian limpió y arregló una ducha tibia aunque yo había insistido en dormir así. Estaba parada en la puerta observándolo mientras se inclinaba y llenaba la tina de piedra blanca con agua del grifo en la pared de azulejos. Y luego vertió un aceite de baño caro en el agua que se espumó y llenó el aire con los olores sensuales del jazmín. Te ayudará a calmar tu sentido del olfato para que no tengas ganas de vomitar. Me dijo, levantándose una vez que terminó.

Gracias.

Cuando salió del baño, me deslicé en el agua cálida y acogedora y me recosté, cerrando brevemente los ojos y relajándome en el cálido confort. Poco después, me levanté, me puse mi jersey rosa claro y me metí en la cama.

Killian regresó a mi habitación poco después con un termómetro oral en la mano y yo estaba decidida a no hacerme la prueba. No necesito esto.

¿Tienes que ser obstinada? Frunció el ceño y, ante la determinación de su mandíbula, abrí la boca, sin ganas de discutir. Colocó suavemente el termómetro en mi boca y cerré la boca sobre él, fulminándolo con la mirada mientras me observaba durante unos 20 segundos antes de sacarlo.

Frunció el ceño mientras lo leía. Yo misma estaba un poco ansiosa. ¿Qué dice?

37,5°C. Tienes fiebre baja.

Solté un suspiro interior de alivio. Te lo dije, no era grave.

Recorrió su mirada sobre mí y sacudió la cabeza como si discutiera con sus pensamientos. Deja que te traiga otra manta. Sin esperar mi respuesta, salió por la puerta y lo escuché rebuscar abajo antes de volver con un edredón más grande que me hizo gemir solo con verlo.

¿Estás tratando de sofocarme hasta la muerte?

Te quejas mucho y no es una característica meritoria. Frunció el ceño, metiendo la manta sobre mí. ¿Tienes dolor de cabeza?

Asentí. Sí, pero tengo medicamentos sin receta para eso.

¿Dónde están?

Moví mi cabeza ligeramente hacia la izquierda. Siguió el movimiento hacia la cómoda al otro lado de la habitación. El cajón de arriba. Inmediatamente se adelantó a buscarlo, abrió el cajón y sacó la primera botella de muchas, y leyó la etiqueta mientras volvía hacia mí. ¿Acetaminofén? levantó una ceja. ¿Por qué tienes tantos?

Me dan dolores de cabeza constantemente de vez en cuando.

Dejó la botella y me miró. ¿Y por qué no estaba al tanto de esto? Su tono era reprobatorio.

Porque era un problema menor y estoy segura de que tienes cosas mejores de las que preocuparte.

Tu salud es mi máxima prioridad, Hope. Entiende esto y no me ocultes cosas.

Intenté con todas mis fuerzas no rodar los ojos. A la orden, capitán.

Ignoró mis burlas y alcanzó el vaso de agua en la mesilla de noche. Tómalo. Me lo dio junto con dos pastillas que me senté y tomé antes de caer de nuevo en la cama.

—Ahora, ve a dormir—, ordenó secamente y soltó el vaso, a punto de salir cuando reuní el valor que no sabía que tenía y hablé. —¿Por qué no te quedas?

Mierda.

Se detuvo en seco, pero no retiré mis palabras. Necesitaba consuelo y lo quería con él, aunque solo fuera por una noche. Se sentía bien tener a alguien que se preocupara genuinamente por mí y quizá nunca tuviera la oportunidad de nuevo, así que iba a aprovecharla al máximo.

Para mi sorpresa, se volvió hacia mí. —Me quedaré todo el tiempo que me necesites—.

Contuve la respiración cuando, de repente, se quitó la camisa y retiró la colcha al meterse a mi lado en la cama, lo suficientemente lejos para no sentir su calor corporal, pero lo suficiente para saber que estaba ahí. —Duerme un poco—.

Asentí y sonreí.

Cuando desperté al día siguiente, me sentí algo renovada y mejor que la noche anterior. La cama estaba fría y vacía cuando me moví. Pasé ridículamente mucho tiempo palmeando el colchón en busca de Killian, y tardé un minuto en darme cuenta de que se había ido.

Contuve un bostezo y me levanté de la cama, un poco sobresaltada por el golpeteo que sonó en mi puerta justo después.

—Ya voy—, me acerqué con cautela, preguntándome quién podría ser. Presioné mi cara contra la puerta, alzándome de puntillas para mirar por la mirilla. Había una señora mayor en la puerta, de pie con una sonrisa fija en su rostro.

Abrí la puerta, pero no demasiado, ya que no quería que lo tomara como una invitación para entrar. —Buenos días, señora Fobster. Es un placer conocerla finalmente. Soy Maggie, la asistente del hogar de Killian—.

Parecía tener unos cincuenta y tantos, con arrugas evidentes en su rostro sonriente. Le devolví el gesto. —Por favor, llámame Hope. ¿Tiene alguna idea de dónde está Killian?

—Se fue esta mañana a trabajar, pero me instruyó que me ocupara bien de ti, ya que estás esperando—. Sus ojos se desviaron a mi vientre y su sonrisa se ensanchó. —Felicidades—.

—Gracias—.

Me sonrió amablemente antes de hacerme un gesto para que la siguiera. —¿Hay algún plato en particular que quieras que prepare para el desayuno?

—Oh, la verdad es que no tengo hambre—.

Su expresión se ensombreció ligeramente. —El señor Fobster insistió mucho en que comieras—, afirmó con calma, con un atisbo de súplica en su voz.

Quedó claro que no tenía sentido discutir y oponerme solo le traería problemas con Killian. Suspirando, asentí con la cabeza. —Está bien, supongo que podría comer algo—.

Volvió a sonreír y me guió hacia la cocina, señalando que me sentara en uno de los taburetes altos. Me acomodé en él y miré a mi alrededor. —¿Qué te parece si desayunamos panqueques con jarabe de arce?

Negó ligeramente con la cabeza. —Me dijo que te preparara una comida sustancial—.

—Así lo hizo, ¿verdad?— Estreché los ojos.

Ella rió. —¿Té?

—Sí, por favor—.

Colocó una pequeña taza de agua caliente en la encimera y sumergió una bolsita de té. Le agradecí con un gesto y la removí antes de dar un sorbo refrescante. —Estoy bien informada de que te gustan los dulces, así que pensé en hacer Tostadas Francesas de Babka de Chocolate y Avellana con Plátanos Caramelizados—.

Torcí la cara. —Eso no suena para nada dulce—.

Ella rió a carcajadas. —Ya sé, pero mi plan es mantenerme en la buena gracia del señor Fobster—. Me envió una sonrisa encantadora antes de tomar un huevo y golpear el borde del bol con él. El huevo se deslizó limpiamente hacia adentro sin cáscara.

—Pareces llevarte bien con él. ¿Hace cuánto tiempo trabajas aquí?

Me miró al tomar otro huevo. —Dos años—.

Mis ojos se iluminaron. —Eso es... no me lo esperaba—.

Ella volvió a sonreír. —¿Porque es difícil convivir con él?

—Bueno, sí—.

—He estado lo suficiente como para saber que es un hombre muy impaciente y puede ser muy poco compasivo, pero una vez que te acostumbras, sabrás que es un buen hombre—.

Fruncí el ceño mientras tomaba otro sorbo. —No muestra esa cara a la gente a menudo—.

—Estoy segura de que con el tiempo te la mostrará. Puede ser muy atento cuando quiere—.

—Y muy desconsiderado cuando no le interesa—. Bufé. —Es tan dominante y reservado—.

Ella rió y batió los huevos. —Mi jefe es solo muy protector con su corazón. Ese tipo de personas, una vez que lo entregan, no lo retiran—.

—Esa es otra manera de verlo—. Reí, aunque sentí un punzada de culpa en mi pecho. Realmente necesitaba resolver el enigma que era Killian Fobster tarde o temprano.

• Capítulo 41

Hope

Por la tarde, después de tener varias conversaciones más con Maggie sobre Killian y luego sobre sus dos hijos, me retiré a mi habitación para una siesta y luego la despedí alrededor de la puesta del sol.

Después de mi ducha, me acomodé en el sofá de la sala de estar con ropa casual cómoda.

Me senté con las piernas cruzadas frente al televisor y metí un puñado de Cheetos en la boca cuando un versión cansada de mi supuesto marido entró por la puerta principal.

Me echó un vistazo rápido antes de concentrarse en quitarse los zapatos.

Escondí el paquete de Cheetos detrás del cojín cuadrado y esponjoso y me limpié la boca. —Bienvenido de vuelta—.

Murmuró una respuesta y entró, y no dejé de notar la bolsa de regalo que se balanceaba a su lado. Puso el dorso de su mano en mi frente. —Se fue la fiebre—.

Sonreí. —Todo gracias a Maggie—.

Asintió en señal de acuerdo y luego retiró su mano. —¿Has comido algo?

Asentí. —Hasta arriba—.

—Bueno—, en lugar de hablar de inmediato, extendió su brazo y mostró la bolsa de regalo. —Es para ti—.

Parpadeé, sacando lentamente la bolsa y mirando el paquete de papel marrón que había dentro. —¿Me has comprado algo?

Asintió.

Con cautela, saqué el paquete y lo miré por un breve momento antes de abrirlo, y dentro

encontré una caja de cuero con seis libros antiguos, aparentemente idénticos, cubiertos de tela.

¿Qué...?

Examiné los libros detenidamente, seis de las novelas más renombradas de Austen estaban en mis manos, y honestamente, tuve una reacción encontrada. Tomé el titulado Emma y abrí la portada que llevaba una dedicatoria al entonces Príncipe Regente, el futuro rey Jorge IV.

Mi corazón dio un vuelco al volver a mirarlo. —¿Son estas primeras ediciones?

Cuando asintió, sentí como si se me cerrara la garganta. Seguramente costaron una fortuna y no habría sido fácil conseguir las ocho.

Mi boca se abrió de asombro. —Killian, esto cuesta una fortuna—.

—Créeme. Puedo permitírmelo—.

Miré los libros, sin poder comprender mi situación. —Pero, ¿cómo sabías? Quiero decir...— Estaba atónita. Mi corazón latía tan fuerte que sentía mi esternón temblar con cada golpe.

—Tuviste muchos libros en tu habitación anoche, así que supuse que te gustaba leer—.

—No sabía que me prestabas tanta atención—.

—Bueno, lo hago. Más de lo que crees. Y hay más—.

—¿Más?

—Hoy he pedido un favor a Mr. Jay Ives, y

—¿Conoces a Jay Ives?— Era como el dueño de una de las mayores empresas de marketing de California.

—Sí, y está dispuesto a tomarte como becaria hasta que nazca el bebé—.

Mi cabeza dio un tirón. Parpadeé rápidamente ante él. —¿Qué?

—Tuviste razón—, aclaró su garganta. —No debería haber tomado la decisión autónoma de impedirte trabajar, pero tampoco quiero que trabajes en esa cafetería, así que he pedido algunos favores—.

Mi mente se agitó.

¿Un trabajo de verdad? ¿Trabajar con una de las mayores agencias? Las lágrimas llenaron mis ojos y cayeron por mi mejilla. Primero los libros y ahora esto. Mis emociones me inundaron y me encontré sollozando.

Killian frunció el ceño. —¿Qué pasa? ¿No te gusta?

Negué con la cabeza y tomé aire. —Sí, sí me gusta, es solo que, ¿por qué haces todo esto por mí? Tú no... tú siquiera...— Resoplé. —Ni siquiera me quieres. No entiendo. No puedo pagarte, Killian—.

—Nunca te pedí que lo hicieras—. Se acercó y limpió mis lágrimas con el dorso de su mano. —Ahora deja de llorar porque se está poniendo bastante incómodo—.

Algo onduló en mi pecho. Mi corazón latía tan fuerte que podía sentir mi esternón temblar con cada latido. Y no sabía si eran las hormonas o el alivio lo que sentía, pero dejé la bolsa en el sofá y lo abracé.

Su cuerpo se tensó, ambas manos quietas a su lado, al principio me invadió la humillación y la inhibición. Era la primera vez que me atrevía a abrazarlo y temía que me rechazara, pero no lo hizo. Para mi absoluta sorpresa, su brazo me rodeó y me atrajo hacia él, enterrando su cara en mi cabello mientras su pulso se desaceleraba bajo su camisa y durante unos largos segundos, permanecimos así, solo separados por el zumbido de su teléfono.

Retiró rápidamente su brazo y se alejó de mí. —Necesito contestar esto—. Sus ojos estaban en cualquier parte menos en mí; como si supiera que si me miraba en este momento, lo perdería. No quería romperse, su rostro tenso lo demostraba, pero a mí no me importaba, y definitivamente no pensé en las consecuencias cuando atraje su rostro hacia el mío y lo besé.

Al principio, se quedó inmóvil, su teléfono de repente se le cayó de las manos. Pero luego, rayos de deseo aparecieron de la nada.

Lo besé y él me correspondió, haciendo que los músculos de mi estómago se tensaran. Y con un último mordisco, se apartó, dejándome sin aliento; dándome tiempo para regular mi

respiración, calmar el flujo de mi sangre, para volver a mi estado habitual de funcionamiento y quería decirle que esto había sido un error, pero en el momento en que me atrajo hacia su pecho y reclamó mis labios de nuevo, lo perdí.

—Maldita sea, Hope—, gruñó, besándome con fervor, sus manos recorriendo mi espalda, agarrando mi cadera. —Me vas a matar a este ritmo—.

Sus palabras fueron mi perdición. Me aparté de sus labios, recuperando el aliento. —Llévame a tu habitación—. Lo dije sin vergüenza. Ya no quería negarme a mí misma. Mis hormonas ansiaban sexo y no solo eso, ansiaban hacerlo con este hombre.

—¿Quieres ir en contra de las órdenes del médico?— Su voz estaba cargada de deseo.

Me detuve y lo miré, sabiendo por el tono de su voz que estaba luchando con su deseo. —El médico no está aquí, ¿verdad?

Sus ojos se oscurecieron mientras apartaba un mechón de pelo enredado de mi cara. —Juro por Dios que vas a ser mi perdición—.

—Qué muerte tan dulce sería.— Sonreí entre dientes y tomé sus manos, sintiendo la emoción burbujear en mi pecho mientras lo arrastraba escaleras arriba hacia su habitación y en cuanto entramos, me empujó contra la puerta, inclinó mi barbilla y con un gruñido grave, me besó, reclamando mis labios, saboreando, absorbiendo, devorando: una mezcla perfecta de lujuria y devoción.

—Killian...— gemí, mis dedos se hundían en su cabello mientras lo mantenía contra mí y pedía más

—más contacto, más fervor, más de él.

—Qué necesitada estás.— Resopló entre besos, reverenciando cada centímetro de mi con sus manos. —Qué suave.— Se deslizaron bajo mi camiseta, palmeando mis pechos y pellizcando mi pezón con su pulgar y exclamé sorprendida, pero él no se detuvo. Apartó más mis piernas, enroscando una de mis muslos alrededor de su cintura mientras su mano libre viajaba, deslizándose por mis pantalones cortos y luego su respiración se entrecortó al darse cuenta de que no llevaba nada debajo. —No tienes idea de cuántas ganas tenía de hundir mis dedos en ti.

Luché por mantener mi enfoque mientras su pulgar jugueteaba con mi clítoris. —¿Por qué no lo has hecho?

Sus labios recorrían mi cuello, mordisqueando mi piel. —Porque has sido un puñado.— Sus

dedos se deslizaron dentro de mí y gemí, arrojando mi cabeza hacia atrás contra la puerta. —He extrañado esto.— Grunó, penetrándome profundamente, curvando sus dedos, tanto que mis dientes se hundían en la carne hinchada de mi labio inferior. —Extrañé qué tanto te humedeces por mí.

Mis ojos estaban semi-cerrados mientras combatía la creciente necesidad de un desenlace. Esto no iba a ser suficiente. Con toda la energía que pude reunir, puse mis manos en su pecho y lo empujé para que se alejara por completo. —Ahora, la cama.

Rió, introduciendo su dedo en su boca y saboreando mi esencia. Temblé.

—No sabía que extrañabas tanto mi polla.

—No te crezcas.— Volví a jalar su cabeza hacia la mía, y entonces sucedió. Manos desesperadas desabotonaron botones, bajaron cierres, empujaron la ropa hacia abajo y estábamos en la cama, y él encima de mí, separando mis piernas, besándome por todas partes, en mis labios, en mi garganta, en mi hombro, en mis pechos.

—Intentas torturarme, ¿no es así?— gemí, arqueándome mientras jugaba con mi pezón, pellizcándolo suavemente, como si tuviera una eternidad para explorarme, y tal vez la tuviera. Tal vez lo dejaría explorarme todo el tiempo que quisiera.

—No puedo evitarlo.— Tomó mi pezón en su boca, succionando suavemente, dejándome gritando y deslizando mis dedos en su cabello. —Quiero devorar cada parte de ti.

—Oh, Killian.— Me esforcé por más de su tacto, por más de su preciosa boca, por más de él. Y él me lo dio, colocó su brazo a ambos lados de mí, preparándose entre mis piernas abiertas.

—¿Lista para mí, cariño?

Asentí desesperadamente, mi corazón apretado en anticipación. Se inclinó hacia adelante y me besó otra vez, largo, lento y profundo, y con un empuje se hundió dentro de mí, su boca tragando los sonidos que escapaban de mi garganta mientras me llenaba completamente, totalmente, absolutamente.

Se quedó inmóvil por un momento, permitiendo que mi cuerpo se ajustara a la apretada incursión. Estaba acostumbrada a su tamaño pero eso no le quitaba el delicioso dolor que sentía cada vez que entraba en mí. —Cariño,— gruñó, dejando besos adictivos por toda mi piel mientras se forzaba a permanecer quieto e inmóvil dentro de mí. —Eres tan hermosa, ¿sabes? Y

haría cualquier cosa que quisieras porque no me canso de ti.

Mis ojos se iluminaron y no me había dado cuenta de sus palabras hasta ahora. —¿Lo dices en serio, Killian? ¿Realmente harías cualquier cosa que yo quiera?

—Sí, cariño,— respiró. —Como un tonto, haría cualquier cosa.

Tragué el nudo en mi garganta y desesperadamente inhalé aire a mis secos pulmones. —Entonces, hazme el amor.

Sus labios se detuvieron y sus oscuros ojos recorrieron mi rostro pero yo no iba a retractar mis palabras. Quería que él viera que no estaba reteniendo nada y que él tampoco necesitaba hacerlo. —Hazme el amor como si estuviéramos en una relación y realmente me amaras.

Su aliento abandonó su cuerpo en un apagado estallido de sonido mientras me miraba en shock. —Hope, lo que estás pidiendo...

—Sé.— Bajé las pestañas mientras miraba a cualquier lugar menos a él. —Sé que no me amas y sé que esto puede complicar las cosas pero es lo que quiero.

—Solo.— Cerró los ojos en conflicto y suspiró antes de volver a abrirlos para encontrarse con los míos. —Solo por esta noche.— Deslizó su mano a lo largo de la mía y entrelazó nuestros dedos. —Estaré enamorado de ti solo por esta noche.

—Solo por esta noche...— susurré, cerrando los ojos mientras él salía de mí y volvía a entrar, profundamente, lentamente.

Era como si la barrera entre nosotros desapareciera. Nuestros momentos de sexo nunca se habían sentido tan bien, y me preguntaba si alguna vez se sentiría así con un hombre que no fuera Killian Fobster.

—Te sientes increíble,— susurró, acercando su rostro al mío, observándome desmoronarme con cada empuje sensacional.

Lo que estábamos haciendo ahora, era

—gemí su nombre, levanté mis caderas bruscamente de la cama y presioné lo más cerca posible de él mientras él flexionaba sus caderas en el mismo movimiento, más y más alto, una y otra vez.

Mis ojos se estrecharon a medida que la emoción se derramaba en mí. —Oh, Killian... no quiero que esto termine nunca.

—Yo tampoco.

Mis ojos se abrieron y una avalancha de sensaciones me golpeó desde todos los ángulos.

Mi cuerpo se apretó alrededor de él. Esta sensación en mi pecho... Esta dulce, sublime, abrumadora sensación

—me arrastró más cerca de mi orgasmo y cuando cerré los ojos, una lágrima se escapó.

En este fragmento de tiempo, me di cuenta de que estaba enamorada. Estaba enamorándome de Killian y el pensamiento me impulsó al límite. A pesar de todos los movimientos de imbécil y la actitud fría que me había mostrado, aún así caí por él, y era su culpa. Debería haber mantenido más distancia entre nosotros. ¿Por qué le importó? ¿Por qué los libros? ¿El trabajo? Y sobre todo ¿por qué no me mantuvo fuera de su cama?

—Mírame Hope,— su respiración cambió, volviéndose superficial, apresurada. Mi estómago revoloteó. —Mírame mientras te vienes.

—Killian,— mis sentidos se desconectaron y se concentraron únicamente en lo que él me estaba haciendo. —Me estoy viniendo.

La fuerza familiar en lo profundo de mi vientre se tensó, arrastrando mi clímax y lo dejé salir todo con un grito.

—Eso es...— jadeó, embistiéndome con empujones intensos y pesados, y luego con un gruñido fuerte, cerró los ojos y encontró su liberación, sosteniéndome en su lugar mientras se derramaba en mí y esperó a que su respiración se calmara antes de abrir sus ojos a medias.

La manera en que me miraba, me preguntaba si estaba a punto de decir las tres palabras que tanto deseaba escuchar, pero no lo hizo, simplemente se salió de mí lentamente y el repentino vacío que sentí hizo que mis ojos se llenaran de lágrimas que no entendía.

No quería llorar por algo tan tonto como esto y no quería que él me viera tan vulnerable, pero cuando sollocé, la preocupación se dibujó de inmediato en su rostro. —¿Qué pasa?— Sus ojos me escudriñaron. —¿Hice algo mal? ¿Te lastimé?

—No,— dije rápidamente. —Es solo que... nunca pensé que me sentiría tan bien.

Una expresión de alivio cruzó su rostro y me regaló una sonrisa que convirtió mis huesos en agua. Killian rara vez sonreía. —Yo tampoco,— murmuró y me atrajo hacia él para que mi cabeza descansara sobre su pecho y pude oír el frenético latir de su corazón. —No puedo resistirme a ti, ¿lo sabes, verdad? Y estoy cansado de pretender que puedo.— Acarició mi cabello. —Podemos hacer esto tantas veces como quieras. Haré el amor contigo y te follaré cuando, donde y como desees, ¿de acuerdo?

Sus palabras se enroscaron en mí y asentí, frenando las mariposas en mi pecho mientras nos quedábamos acostados por unos minutos más, horas, quién sabe.

• Capítulo 42

Hope

En los dos meses siguientes, Killian había bajado la guardia, tanto que convivir el uno con el otro nos resultó espléndido.

Comencé mi nuevo trabajo, agradecida de salir de casa y aún más de estar nuevamente de pie. Afortunadamente, las cosas fueron bien con mi internado y pude conocer a Jay en persona, lo cual fue como un logro importante para mí.

Killian, siendo el hombre paranoico que era, me llamaba en cada oportunidad que tenía, asegurándose de que estuviera bien y luego enviándome el almuerzo porque no confiaba en la comida del café. Incluso me hizo enviarle selfies de mí comiendo porque no confiaba en que lo hiciera.

Me había dado un coche personal de la flota de su garaje personalizado, pero con mi horario de trabajo tan ajustado, no tuve tiempo de sacar una licencia de conducir, así que me dejaba en el trabajo todas las mañanas y me recogía todas las tardes a las seis en punto.

Todavía no revelaba mucho sobre sí mismo, pero era un buen oyente. Una vez, hice un comentario casual sobre no caber más en mi ropa vieja y me sorprendió llevándome de compras al día siguiente y llenando mi armario con tantas ropas exóticas, suficiente para montar mi propio centro comercial.

Convivir con él se hizo mucho más fácil después de eso. Todos los sábados, visitábamos al abuelo Eduardo y luego hacíamos videollamadas con Mary porque estaba tan insistente sobre el progreso de mi hijo y me enviaba tanta ropa de bebé aunque todavía no sabíamos el sexo del niño.

Hoy, viernes, estaba recostada con mi vientre embarazado de veinte semanas sobre la camilla del examen, consumida por la ansiedad mientras la técnico de ultrasonido inspeccionaba mi estómago porque anoche había dormido muy poco debido a los dolores que sentía.

—¿Cómo es el dolor?— Me preguntó.

—Se siente un poco como un pinchazo agudo.

—¿En tu parte baja del abdomen?

—Sí.

Ella sonrió. —Eso es porque tu hijo se está moviendo.

Mis ojos se abrieron más y me volví para robar una mirada a Killian, quien se había sentado a mi lado, habiendo faltado al trabajo solo para poder estar aquí. —¿Se está moviendo?

Ella asintió. —Sí, muchas mujeres experimentan algo de dolor o molestia cuando su bebé se mueve. Esto se debe a que sus músculos en crecimiento se están fortaleciendo, haciendo que sus movimientos sean más poderosos y tensos, y aunque los continuos retorcimientos y patadas pueden ser angustiantes, generalmente no son signo de que algo esté mal. De hecho, los movimientos de tu bebé pueden ser en realidad una señal de que está bien. Ten la seguridad de que todas estas sensaciones son perfectamente normales. Afortunadamente, esta etapa no durará mucho.

Me sentí aliviada. —¿Hay algo que pueda hacer para aliviar el dolor?

Ella asintió pensativa. —Descansar sobre tu lado puede ayudar a aliviar la presión. Alternativamente, trata de arrodillarte a cuatro patas varias veces al día durante unos minutos cada vez. Esto puede animar a tu bebé a moverse libremente con facilidad.

Killian me lanzó una mirada y yo le devolví una fulminante. De ninguna manera iba a ponerme a cuatro patas cuando él estuviera cerca de la casa porque ese hombre aprovechaba cualquier oportunidad que tenía para meterme su miembro.

—Además,— continuó ella, captando nuevamente mi atención. —Intenta recordar que cada embarazo es diferente. La mayoría de las mamás no sienten tanto malestar como tú. Solo conoce el patrón único de movimientos de tu bebé para aprender qué es normal para ti.

Ella cerró su portapapeles y levantó sus gafas para empujar su flequillo hacia arriba.

—Si tienes alguna preocupación sobre los movimientos de tu bebé, siempre puedes hablar de ello con tu matrona. Mencionálo en tu próxima cita prenatal o simplemente llámala si estás realmente preocupada. Debería poder asegurarte que todo está normal.

—Muchísimas gracias.— Le agradecí, sintiéndome algo aliviada porque todo estaba bien, ya que cuanto más me acercaba a mi fecha de parto, más me aterraba.

—No hay de qué.— Sonrió. —Ahora mismo, voy a comprobar los latidos del corazón.— Ella sacó un doppler de un cajón, vertió un poco de gel en mi barriga y comenzó a mover el micrófono buscando los latidos.

En menos de un minuto, la frecuencia cardíaca del bebé sonó a través del doppler, y algo revoloteó en mi interior como cada vez que escuchaba ese sonido adictivo. Era increíble cuánto se podía amar a alguien incluso antes de conocerlo. Killian parecía compartir el mismo sentimiento porque miraba la pantalla como si estuviera hipnotizado.

—La frecuencia cardíaca es buena. Todo parece excelente y las medidas del bebé parecen estar justo en el camino correcto. ¿Quieres saber el sexo?

Levanté la cabeza hacia la técnica. Esto no era algo que había discutido previamente con Killian. Me volví hacia él. Él me respondió con un simple encogimiento de hombros.

Volví a mirarla. —Vamos a mantenerlo en sorpresa.

—De acuerdo,— sonrió con complicidad. —Imprimiré las fotos.— Limpió el gel del ultrasonido y suavemente bajó mi vestido mientras yo suspiraba, mirando mi vientre visible a medida que ella trabajaba en su computadora.

Había leído en uno de los tantos libros de embarazo que Killian traía de vez en cuando que toma tiempo que la barriga se note con el primer embarazo, pero eso no había sido cierto para mí. En el transcurso de cinco meses, pasé de tener una barriguita del tamaño de una naranja a una sandía con una ligera línea vertical de embarazo de color marrón que bajaba por mi vientre.

—Me gustaría hablar sobre mi peso,— hablé, aclarándome la garganta mientras ella se giraba hacia mí. —He estado ganando mucho últimamente y no me siento cómoda con el hecho de sentirme enorme. ¿Es normal?

Killian refunfuñó y murmuró por lo bajo. —Tal vez si no comieras tantos antojos en medio de la noche no te sentirías enorme.

La técnica se rió cuando le lancé a él una mirada fulminante. —Quiero que sepas que encuentro eso un poco ofensivo.

Él me dirigió una mirada plana. —Y yo encuentro ofensivo que tenga que llenar mi nevera cada noche porque comes como una glotona.

—No queda más remedio cuando todo lo que haces es metérmelo todo el tiempo.— Respondí de golpe, y en el momento en que las palabras salieron de mis labios, deseé poder atraparlas y meterlas de nuevo en mi boca.

Mierda. Boca estúpida.

Killian me envió una mirada asesina que me indicaba que estaba en problemas.

Mis mejillas se encendieron. —Lo siento... Mi estúpida boca.

La técnica se rió, sin duda intentando despejar el aire incómodo entre nosotros. —Está totalmente bien. Después de todo, los dos están casados y son saludables.— Dirigió su atención hacia mí. —Y estás creciendo un humano dentro de ti. Se esperan algunos cambios en el cuerpo externo y es completamente normal ganar peso especialmente cuando te acercas a tu segundo trimestre. Estarás bien, Hope.— Me aseguró con una caricia en el hombro. —Solo tienes que esperarlo.

Logré sonreír. —Gracias una vez más.

—De nada.— Me entregó las fotos y se levantó para estrechar nuestras manos. Cuando salió de la habitación, me bajé de la mesa de examen.

—Todo el tiempo metiéndolo, ¿eh?— Killian finalmente habló, levantándose de su asiento.

Suspiré antes de girarme para mirarlo. —Se me escapó. No sé en qué estaba pensando cuando lo dije.

—No parecía.

Resoplé ante esa respuesta. —¿Y qué piensas hacer? ¿Castigarme?

Me miró fijamente durante un buen rato. —Quizás lo hubiera hecho si tu estómago no pareciera que fuera a explotarme en la cara en cualquier momento.

No pude evitar la burbuja de risa que subió a mis labios. —Eres el peor.

Sus labios se inclinaron. —Eso no es lo que decías anoche,— me recordó, haciendo que mi

estómago saltara de alegría ante el recuerdo. —Era más bien oh sí, así, no pares, sí justo ahí, oh, estás tan adentro

—

Le tapé la boca con la mano. Jesucristo. —¿Estás loco, Killian?

—Tal vez.— Las palabras salieron apagadas por mi mano. La apartó y me atrajo cerca, lo suficiente como para oler el fuerte aroma de su loción para después del afeitado. —Tal vez lo estoy.

—Eres un bebé grandullón.— Le regañé, sintiendo cómo una sonrisa tiraba de mis propios labios.

—Bueno, este bebé grandullón quiere a su mujer.— Contraatacó, dejando un beso fugaz en mis labios y sonreí, convenciéndome a mí misma de que algún día podría ser realmente su mujer, no porque estuviéramos unidos por el hijo que habíamos concebido juntos, sino porque... él me amaba.

• Capítulo 43

Killian

Cuanto más tiempo Hope vivía conmigo, más difícil iba a ser dejarla ir.

Retrocedamos dos meses, cuando todo había comenzado; cuando ella me pidió que hiciera lo más descabellado que se pueda imaginar.

Escuchar esas palabras salir de su boca me heló los huesos y me hizo correr un escalofrío. No terminaba de entender por qué ella quería que lo hiciera, pero al ver esos ojos desamparados cedí, lo hice. Le hice el amor, la amé con mi cuerpo, y cada día después de eso, me hacía la misma pregunta.

¿Qué me pasa?

Quiero decir, definitivamente debía tener una pieza suelta en mi cerebro cuando llamé a Jay Ives y le compré esas novelas. Literalmente odiaba las novelas románticas. Les daban a las mujeres expectativas irreales de romance y relaciones que los hombres no podían alcanzar. Y no entendía el punto de babear por hombres excesivamente dotados y escenas de sexo detalladas.

Miré la hora al entrar en mi coche después de comprar la cena en un restaurante italiano cercano. Eran las seis de la tarde. Ya casi no salía tarde. La posibilidad de que algo pudiera salir mal con Hope y el embarazo siempre me mantenía en casa. Era un problema, te lo digo, porque ella seguía comprando todos esos juguetes blanditos y luego esparciéndolos por toda la casa. Lo peor de todo era esos bebés maniqués de aspecto extraño que ella usaba para sus clases de bebé con su madre y me hacía cargarlos como si fueran lo real.

Cuando llegué a mi calle y aparqué el coche en el garaje, vi que las luces de la sala estaban apagadas. Era extraño porque los viernes por la noche generalmente la involucraban a ella acurrucada en el sofá viendo uno de sus pocos programas de televisión favoritos.

El silencio me recibió una vez que entré. Fruncí el ceño mientras me dirigía a la cocina y dejaba las bolsas de comida antes de subir las escaleras con movimientos rápidos y económicos que casi me hicieron tropezar con uno de los maniqués para bebé al borde de las escaleras.

—Mierda.— Lo aparté con fastidio y seguí caminando y a medida que me acercaba más a su habitación, escuché su voz hablando en un tono bajo.

Ahora, no era el tipo de persona que espía a alguien. Diablos, ni siquiera me di cuenta de que estaba asomándome por la puerta que había dejado entreabierta hasta que la escuché hablar.

Solo tomó medio segundo darme cuenta de lo que estaba sucediendo. Ella estaba sentada en su cama, acariciando su desnudo vientre mientras lo miraba con admiración y hablaba consigo misma. —No tienes que preocuparte, pequeña manzana, tu mamá te ama, tu papá te ama y tu mamá ama a tu papá y-

Mi corazón se detuvo y durante unos segundos, me convencí de que estaba soñando, pero entonces me di cuenta de que la escena era real. —Y bueno, tu papá ya no odia a mami, así que somos una gran fa

—— la puerta se abrió ligeramente al entrar en contacto con el lado de mi cara.

Mierda.

Di un paso atrás inmediatamente y traté de reunir mis pensamientos.

—¿Killian?

Inhalé profundamente antes de entrar en la habitación. —Ah, Killian.— Ella me sonrió, su mano todavía acariciando su expuesto estómago. Me alteró los nervios. —No te escuché entrar.— Sus mejillas se enrojecieron. —Estaba simplemente... creando un vínculo con el bebé. Deberías hacerlo también. Así él, ya sabes... Reconoce tu voz o algo así.

La culpa me roía el estómago. —Tal vez en otro momento.

Ella sonrió, pero no llegó a sus ojos. —Claro.

—Traje italiano,— informé, intentando animarla ya que su rostro se había vuelto triste.

Ella sonrió nuevamente, esta vez llegó a sus ojos. Sonreí de vuelta, una profunda sensación de placer me atravesó. —Me daré una ducha y te me uno en el comedor.

Ella asintió y me alejé hacia mi propia habitación. Intenté con todas mis fuerzas apartar lo que había dicho y me concentré en mi baño. Fue rápido porque a Hope no le gusta la pasta aguada y no quería hacerla esperar.

Me puse mis shorts y sequé mi cabello antes de volver al comedor.

Hope ya estaba sentada en su silla favorita, golpeando sus dedos con aprensión mientras miraba las bolsas de comida. Curiosamente, era lindo. Instantáneamente sacudí la idea y caí en una de las sillas.

Una vez repartí su comida, ella comenzó a comer concentrada en su pasta, solo alzando la vista para preguntarme cómo había estado mi día, lo cual hacía noche tras noche y yo lo esperaba porque hablar de ello con ella, extrañamente, me ayudaba a liberar estrés.

Enrollé mis espaguetis en mi tenedor y los llevé pulcramente a mi boca. —Bien, no mucho trabajo.

—¿Sigues siendo un gilipollas con Cleo?

Me reí. —Un poco.

Ella rió conmigo y hablamos más.

Después de la comida, llevé los restos a la cocina, y cuando volví a la mesa, ella estaba bebiendo de su vaso de agua con grandes tragos.

—Killian, quería hablar contigo de algo.

Me senté. —Claro, adelante.

—Mañana es el aniversario de boda de Scott.

Sí, ya estaba harto de la conversación antes de que siquiera comenzara.

—Quiere que cuide a los niños y no pude decir no porque es su día especial y pensé que sería una buena oportunidad para interactuar con niños de verdad.

Mis labios se apretaron. —Eso está bien, pero ¿qué tiene que ver todo esto conmigo?

—Bueno, mañana no voy a estar en casa, tengo cita con mi ginecólogo y me preguntaba si podrías ayudarme a cuidar a los niños hasta que regrese.

¿Niños?

¿Los niños de Scott?

Ni hablar.

Sacudí la cabeza de un lado a otro. —Lo siento, no puedo.

—Vamos, solo será por un día.

—No puedo, Hope.— Dije sin expresión.

—Por favor, organizaré todo antes de irme, solo tendrás que mirarlos.— Ella me persuadía.

—No.

—Pero Killian

—
Puse mi mano sobre la mesa y me levanté. —Por favor, no hagamos esto. No puedes esperar que sonría y actúe como si a tu hermano no le jodiera odiarme o como si estuviéramos en una jodida relación feliz porque no lo estamos.

El silencio reinó entre nosotros mientras nos mirábamos fijamente.

Ella estaba dolida. Podía darme cuenta. Tomé una respiración profunda. —Lo que intento decir es

—
—Olvida que pregunté.— Me interrumpió, levantándose.

—Hope,— me moví a través de la mesa para tocarla pero ella se alejó de mí.

—Pensé una tontería por un segundo.— Intentó esbozar una sonrisa pero veía a través de la fachada. —Lesley lo hará por mí.— Declaró y se encaminó hacia las escaleras.

—Hope, espera. Sé que estás enojada.

Se detuvo y giró. —No estoy enojada contigo Killian, estoy honestamente decepcionada y mis hormonas están tan revueltas ahora mismo que no puedo pensar con claridad. Démosle por terminada la noche.— Giró y subió las escaleras.

Mi corazón latía aceleradamente y una sensación de desolación se arraigó en mí al verla ir, dándome cuenta de lo imbécil que había sido.

Esa noche no pude dormir, no cuando sabía que se había ido a acostar enojada conmigo. Y francamente, mi cama se sentía demasiado fría y vacía y no quería admitirlo, pero la echaba de menos aquí conmigo.

Gruñendo, salí de la cama y caminé al pasillo hacia su habitación. Eran unos minutos pasada la una. Ella ya estaba dormida. Estaba seguro de ello. No había cerrado la puerta con llave tampoco, lo que hacía menos incómodo cuando lentamente abrí la puerta y entré.

Estaba oscuro, la única luz era la que se filtraba a través de las ventanas.

Avancé más en la habitación y me detuve cuando llegué al lado de su cama donde dormía, respirando profundamente, su cabello esparcido sobre la almohada blanca.

Dios, era hermosa y me odiaba a mí mismo por ser la razón por la que su almohada estaba húmeda de lágrimas.

Una sonrisa rozó mis labios cuando se movió y roncó suavemente, bajando las mantas lo justo para revelar su vientre. La miré fijamente, y no sabía lo que estaba haciendo ni por qué, pero por primera vez, coloqué mi mano sobre su vientre, saboreando la sensación de su suave piel bajo mi palma mientras imaginaba cómo sería la vida si nuestras circunstancias hubieran sido diferentes.

Algo se movió contra mi mano. Era una sensación que no podía explicar pero hizo que mi corazón se hinchara hasta doler.

¿Y si pudiera darle lo que ella quería? ¿Y si intentara darle la familia feliz que quería y merecía?

Se movió de nuevo y sentí mi pecho hincharse. —Papá también ama a mamá—, dije en un susurro, mirando de nuevo su rostro. —Papá solo necesita más tiempo.

• Capítulo 44

Killian

A la mañana siguiente, cuando salí de mi habitación y entré a la de Hope, la encontré doblada sobre el inodoro, los ojos cerrados y los labios apretados, viéndose increíblemente deslumbrante incluso aunque su piel tenía ese brillo pastoso de quien acaba de vomitar.

Estuve a su lado en un instante, sosteniendo su cabello y suavizando su espalda con caricias gentiles.

Ella se inclinó hacia adelante, su pecho subiendo y bajando frenéticamente como si esperara otra oleada. Cuando no llegó, se levantó, ignorando mi presencia mientras tiraba de la cadena y caminaba hacia el lavabo para lavarse.

Solo estuve allí, mirándola limpiarse, pero cuando se volvió realmente incómodo para mí, hablé. —¿Hope?

Nuestras miradas se encontraron en el espejo. Ella me miró unos cuantos segundos más y luego apartó la vista. —No deberías estar aquí, vete.

—Sé que todavía estás enojada conmigo

—

—No estoy enojada contigo.— Me corrigió.

—Sí lo sé, estás decepcionada pero yo fui un imbécil anoche

—

—Me alegro de que lo sepas.— Me interrumpió de nuevo y traté con esfuerzo de no dejar que se notara mi frustración porque si había alguna mujer que me había sacado de quicio más que ninguna otra, era Hope.

—Cuidaré a los niños.— Nuestros ojos se encontraron de lleno. Mierda, las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

—No tienes que hacerlo. Ya llamé a Lesley y

—

—No, insisto.— Maldita sea. Necesitaba grapar mi boca cerrada. —Cancela el plan con Lesley.

—No hay necesidad, yo

—Insisto.— La interrumpí otra vez.

—¿De verdad harías eso?— Me preguntó, inclinando la cabeza a un lado y cruzando sus brazos justo debajo de sus senos.

Se abultó en el proceso. No sabía si lo había hecho a propósito pero mis ojos se bajaron hacia allí. Por esas tetas, haría cualquier cosa.

—Sí,— me encogí de hombros. —Quiero decir, ¿qué tan difícil puede ser?— Conseguiré un par de pastillas para dormir de la tienda y drogarlos si hace falta.

Me dio una mirada evaluadora y luego soltó un largo suspiro. —Llamaré a Lesley ahora mismo.— Rodeó para abrir la puerta pero antes de que pudiera salir hacia el dormitorio, sostuve su mano, sin saber bien qué demonios se suponía que iba a decir después.

Ella giró el cuello para mirarme, nuestros ojos encontrándose.

—¿Eso significa que ya no estás enojada decepcionada?

Asintió forzada y trató de zafarse pero mi agarre era bastante fuerte. —Si realmente lo estás, me dejarás ducharme contigo.

Se sonrojó. Esa era una buena señal. Insistí. —Y luego después, puedo mostrarte cuánto lo siento cogiéndote de la manera que te gusta.

—No voy a caer de nuevo en tus brazos esta vez, Killian.

—¿No si te digo que podemos usar esos juguetitos que guardas ocultos en tu cajón?

Sus ojos se agrandaron y sus mejillas se pusieron rojas. No podía decir si era de la vergüenza o la ira. Mierda. Probablemente no debería haber dicho eso sabiendo que ella no estaba al tanto de que había estado en su habitación la noche anterior.

—Sabía que eras un gilipollas pero supongo que debo añadir acecho y fisgoneo a tu lista de interminables rasgos negativos. Pervertido.

Eso dolió un poco. Movida de gilipollas total, Killian. Movida de gilipollas total.

—Ahora si me disculpas,— añadió, apartándose de mí con brusquedad.

—Hope, espera.— La seguí rápidamente, volviendo al dormitorio.

—Olvédemonos de esto, ¿vale? Scott y Maria llegarán pronto con los niños y necesito prepararme antes de irme. ¿O es que ya no quieres cuidarlos?

—Sí quiero.— Dios, esta mujer me tenía a su merced y jodidamente lo odiaba. —Solo no quiero que estemos mal.

—Hablares de esto cuando regrese.

Estaba a punto de protestar cuando sonó el timbre de la puerta. Confía en Scott para arruinar los momentos más importantes para mí.

—Están aquí,— dijo, pasando por mi lado y solté un suspiro agotado antes de unirme a ella en el camino hacia las escaleras.

Probablemente debería haberme puesto una camiseta o algo pero qué más da.

Hope abrió la puerta y dejó ver a la familia de cuatro que estaba detrás.

—Killian,— Scott dijo con tono arrastrado, quitándose las gafas de sol para mirarme de arriba abajo. —Estás en casa.

—¿Dónde más iba a estar?

—Al menos podrías haber tenido la decencia de ponerte una camiseta. Son niños.

—Está bien Scott, deja al hombre en paz,— habló Maria, sonriendo mientras ofrecía su mano. —Muchísimas gracias por acceder a cuidar a los niños.

Asentí, tomando sus manos en las mías por un breve momento.

Luego se giró hacia Hope y la abrazó. —Muchísimas gracias por esto.

—No es nada.— Dijo ella, tomando la mini maleta de ella y pasándomela a mí. ¿Qué demonios había allí dentro?

Hope atrajo a los dos niños a su lado. —Está bien. Ustedes vayan ahora.

—Está bien.

—¡Adiós mamá! ¡Adiós papá!

—Sed buenos, ¿vale?— Scott instruyó, mirándome de reojo antes de salir por mi jardín y a través de la puerta.

Los niños seguían saludando hasta que desaparecieron.

Cuando todos entramos, Hope carraspeó y se giró hacia mí con los niños. —Killian, este es Oliver. Y la pequeña aquí es Lilith.

—No soy pequeña.— Reclamó, mirándome como si fuera su enamorado y Hope la hubiera avergonzado delante de mí. —Tengo cinco.— Extendió sus cinco dedos hacia mí y los contó. —Uno, dos, tres, cuatro, ¡cinco!— Su cara se puso roja de frustración.

Dramática, como tu tía.

Hope se rió. —Niños, os presento a vuestro tío Killian. Él os cuidará hoy.— Sus ojos volvieron a posarse en mí. —Por favor trátalos con delicadeza. Tienen la boca muy grande.

Asentí y ella colocó sus manos alrededor de los hombros de ambos y los guió hacia las escaleras. —Vale niños, os enseñaré la casa.

Durante la siguiente hora, ella corrió por todos lados intentando que todo quedara perfecto para los niños y encontré un poco extremo que le importara tanto unos niños que no eran suyos.

Me estaba ahogando con mi taza de café
—ya que no podía tener whisky con los niños cerca
—cuando bajó toda arreglada.

Como si hubieran sentido su presencia, los niños salieron de quién sabe dónde.

—Bien, ya me voy, pueden llevarlos a comer algo más tarde pero no a Mc Donald's. Hay algunas cajas de zumo y snacks en el refrigerador. Los con forma de animal son de Oliver. Por favor no dejes que Lilith los tome, le sientan mal. Si hay algún problema, no dudes en llamarme.

No recordaba ni una palabra de lo que acababa de decir pero asentí de todas formas. —Vale.

—Adiós niños, pasadlo bien ¿vale?

—Lo haremos.— Ambos la abrazaron y cuando se separó, se giró hacia la puerta.

—¿No le vas a dar un beso?

Hope se congeló inmediatamente y miró hacia

—¿cómo se llamaba? Ah, sí, Oliver. —¿Qué has dicho?

—Mamá siempre besa a papá antes de irse. Ella dice que significa que lo ama porque están juntos.

Chico inteligente.

—¿No estáis vosotros juntos?

Nuestras miradas se encontraron. —Por supuesto que sí,— dije, acercándome a ella con una sonrisa y pude decir que quería que me alejara. La mirada de —vete a la mierda— que me lanzaba mientras su lenguaje corporal permanecía relajado frente a los niños era suficiente evidencia. Pero eso no me impidió atraerla a un abrazo y besarla justo en los labios.

Cuando me alejé, esperaba que me diera una patada en los huevos o algo así pero ella solo sonrió a Oliver y a Lilith que nos miraban con curiosidad. —Nos vemos esta noche.

Sin dirigirme una palabra, ella caminó hacia la puerta y una vez que la oí cerrarse, sonreí para mis adentros.

Quizás los niños no son tan malos como pensaba. Al final, me ayudaron a conseguir un beso de despedida.

AVANCE RÁPIDO DOS HORAS después, ya me estaba retractando de mis palabras y planeando cómo salirme con la mía en el tráfico de dos niños.

Los niños agotaban y estos dos me recordaban todas las razones por las que nunca quise tenerlos.

Los gritos de uno a otro eran ridículos y ni siquiera reconocía mi propio salón. Las paredes estaban marcadas con crayón, los libros estaban esparcidos por todas partes, y el relleno asomaba de un osito de peluche rosa que había sido destrozado. Mierda jodida. No paraban de hablar, de moverse, de derramar cosas o de pedir algo y apenas eran las doce y media.

Gruñí por millonésima vez al salir de la ducha por segunda vez hoy. En resumen, dejar que Lilith comiera la golosina en forma de animal no había sido la mejor idea y pagué mi negligencia con su vómito por todo mi pecho.

En ese momento, me sentí como si quisiera cavar un hoyo en la tierra y enterrarla junto a su hermano, pero entonces ella comenzó a llorar como si una jodida banshee la hubiera golpeado dos veces en el cuello.

Estaba parado en mi armario, todavía goteando agua mientras miraba fijamente mi ropa. Necesitaba vestirme rápido, seguro de que uno de ellos podría aparecer de la nada y ver mi polla.

Justo estaba a punto de ponerme los pantalones cortos cuando un grito espeluznante desgarró el aire, seguido de un estruendo.

No me sorprendería si salgo y encuentro a uno de ellos tumbado muerto en el suelo. Mierda.

Me puse la camisa y salí de mi habitación. Otro grito que brotó de algún lugar de la casa me hizo girar la cabeza repentinamente hacia el rápido taconeo de pequeños pies que retumbaban escaleras arriba y corrían hacia mí.

—¡Tío Killian!— Lilith chilló, corriendo hacia mí y lanzándose sin previo aviso.

La atrapé y retrocedí tambaleando. Estaba mojada; su cabello, su ropa. —¡Tío Killian!— Repitió y mirar esos ojos frenéticos me recordó instantáneamente a Hope. —¿Cuál es el problema?

—¡Oliver está haciendo un lío en la cocina, se ha derramado jugo por todo mi cuerpo!

Dios, estaba harto.

—Venga.— La levanté en brazos y ella rodeó mi cuello con su pequeño brazo mientras me abría paso entre los juguetes en el pasillo y bajaba las escaleras, pero me detuve en seco y miré la cocina que antes estaba limpia con puro horror.

El jugo salpicaba las encimeras, el refrigerador y las paredes en un patrón loco de homicidio. —¡Pero qué!— Tragué mis palabras y lancé a Oliver una mirada fulminante mientras ponía a Lilith en el suelo. —¿Por qué hay jugo por toda mi cocina?!

—¿Él lo hizo?!— Ella atacó, apuntando un dedo frenético a su cara. —¡Él lo hizo!

—¡Que no!— Él contraatacó, apartando su dedo.

—¡Que sí!

—¡Que no!

—¡Que sí!

—¡Que no!

—¡Que sí!

—¡Que no!

—¡Silencio, los dos!— Intercedí, girando para mirarlo desaprobadoramente a él. Dios, esto me estaba volviendo loco.

—¡Yo no, tío!— Se defendió él, intentando parecer ofendido. ¿Pensaba que estaba loco?

—¿Estás diciendo que yo lo hice?

Él me miró incómodamente. —Bueno, no.

—Entonces, ¿quién fue? Solo tres personas estamos en esta casa, ciertamente no fui yo, ni Lilith la que lo hizo.— Inquirí, preguntándome por qué de repente sonaba como un padre.

Él apretó sus labios juntos, dándose cuenta de que su plan no tan pensado había fallado.
—¿Y si un fantasma lo hizo?

Chico, una palabra más de su boca y podría lanzarlo por la maldita ventana e ir a la cárcel. Al menos allí sería pacífico.

—Oliver—, lo advertí, mirándolo con una ligera severidad y su boca se cerró de golpe.

—Está bien—, murmuró, bajando los hombros en derrota. —Lo hice. Lo siento.

—Bien, y ahora vas a limpiar este desastre.

—¿Qué?!— Me miraba con los ojos muy abiertos. —¿Por qué?!

—Porque tú hiciste este desastre y necesitas aprender a limpiar después de tu error—, dije, apartando la mirada, sin querer mirarlo a los ojos y ser absorbido por su culpabilidad fingida y ternura.

Intentando irme, no tomé en cuenta el piso mojado y acabé cayéndome de culo.

Ambos intentaron contener sus risas horrorizadas, pero de todas formas se les escapó y si esta mierda no doliera ahora mismo, les estaría azotando el trasero con una espátula.

Con mis manos apoyándome en la encimera, me levanté, cojeando porque mi tobillo parecía torcido por la caída. Nada serio, pero realmente podría usar una maldita siesta.

Lilith se carcajeó, señalando mi parte inferior. —¡El tío Killian se hizo pis!

Miré hacia abajo y encontré mis pantalones completamente empapados. Dios, acababa de tener mi segundo baño. —¡Se cayó de culo y se hizo pis!— Cantó ella.

—Repítelo y te lavaré la boca con jabón—, advertí, cojeando hacia uno de los taburetes de la cocina. —Sabes qué, olvídate de limpiar este desorden. ¿Qué tal si jugamos a algo?

Ambos saltaron de emoción. —¡Sí!

—Se llama escondite.— Excepto que yo no iba a buscar. —Ambos se esconden y yo contaré hasta cien antes de buscarlos. ¿De acuerdo?

Ambos asintieron, sonriendo. —Muy bien. Vayan a esconderse mientras empiezo a contar.

—¡Yo primero!— Oliver salió corriendo por la puerta de la cocina y Lilith lo siguió con sus risitas resonando por la casa. —¡Uno!— Me levanté del taburete y salí cojeando de la cocina. —¡Dos!— Todavía podía oír sus risitas mientras cruzaba el salón y me agachaba en el sofá. —¡Tres!— Sus voces desaparecían. Bendita paz y tranquilidad. —¡Cuatro!— Esperé hasta que el silencio total llenara la casa. —Cinco...— Estiré mis piernas en la mesa de centro, apoyándome en un cojín. —Seis...— Solo una pequeña siesta y estaría bien. —Siete... Ocho...Nueve...

Cerré mis ojos solo por un momento. Un momento, recordándome nunca tener hijos de nuevo.

• Capítulo 45

Hope

La sangre me latía en los oídos y mi corazón latía un millón de veces más rápido de lo que debería. Estaba ansiosa, mareada, inquieta, simplemente de pie allí, golpeando el suelo con el pie y mordiéndome los labios mientras observaba la luz ascender por los botones circulares del ascensor. No entendía por qué de repente él quería verme, pero no pregunté, después de la llamada anoche, me apresuré a bajar aquí a la mañana siguiente, sintiéndome un poco culpable por mentirle a Killian, pero era un mal necesario.

El ascensor llegó al piso VIP y salí apresurada en cuanto se abrieron las puertas. La habitación 16 estaba a la vuelta de la esquina. Los dos guardias junto a la puerta asintieron para que entrara, pero yo me quedé allí un momento, intentando valientemente calmarme y ordenar mis pensamientos. Cuando mi corazón se estabilizó a su ritmo regular y pude respirar normalmente, intenté abrir la puerta, pero alguien al otro lado me ganó.

La puerta se abrió y reveló a un doctor. —Debe ser la señora Fobster. ¿Con la que hablé por teléfono anoche?

Asentí. —Sí, soy yo. ¿Cómo está mi abuelo político?

Sus hombros cayeron. Tenía una mirada triste, el tipo de mirada que no deseas ver en la cara de un doctor. —Todo lo que puedo decir por ahora es que está en una condición muy crítica.

Mis cejas se juntaron mientras procesaba sus palabras. —¿Qué quiere decir con que está en una condición crítica?— Repliqué irritadamente. —Creí que había dicho que el trasplante de corazón fue un éxito.

—Lo fue.— Sus ojos grises estaban sombríos mientras pasaba su mano por su cabello. —Pero ha pasado más de un mes y evidentemente, su cuerpo está empezando a rechazar el corazón.

Respiraciones entrecortadas y profundas escapaban de mi garganta mientras trataba de comprender lo que acababa de escuchar. —Entonces, encuentren uno nuevo. Su familia puede pagarlo.

—Ya he comunicado la situación pero encontrar un nuevo donante de corazón puede llevar meses, y me temo que meses es lo que no tiene.

Algo parecía estar apretando mi corazón. No podía creer lo que estaba diciendo. —¿Está diciendo que se va a morir?

—Estadísticamente hablando, sí.— Suspiró. —Pero en este punto, no hay mucho que podamos hacer excepto esperar que responda al tratamiento.

Él no podía morir. Si algo le pasara, Killian... ¡de ninguna manera! mi subconsciente me gritaba metafóricamente. No podía permitir que ese pensamiento se formara en mi cabeza. —¿Puedo verlo ahora?

Él asintió. —Sí, ha estado exigiendo verla.

—Gracias,— mi voz temblaba. No estaba segura de por qué le agradecía, pero la palabra salió de mí porque era la única en la que podía pensar.

Cuando él se fue, tomé una respiración profunda y estabilizadora y sacudí mi cabeza antes de empujar la puerta.

Mi corazón martillaba mientras avanzaba hacia la cama. Dios, estaba mucho peor de lo que había pensado.

No podía saber si estaba dormido porque sus ojos estaban cerrados, pero su cuerpo parecía inerte con la cantidad de tubos y monitores adicionales conectados a él.

Parecía haber notado mi presencia en algún momento porque abrió de golpe los ojos, emitiendo un gemido mientras giraba su cabeza hacia mí. —Hope...

Algo en mi pecho se derritió. Era su voz, pero no era como nada que yo hubiera escuchado de sus labios; tan rota, tan sombría.

—Viniste.— Contaba sus palabras, le costaba hablar. Sus labios se estiraron en una horrible aproximación a una sonrisa mientras su mano buscaba la mía. —Ven... siéntate junto a mí.

Tomé su mano y apoyé las caderas en el borde de su cama. Sus palmas estaban frías, demasiado frías, y el escarlata de sus venas había drenado a un color opaco.

Verlo de esta manera convertía mis hormonas en un desastre pero intentaba lo mejor para no romperme y llorar porque parecía que había hecho ya bastante de eso anoche.

Miré dentro de sus ojos y el color que una vez bailaba cada vez que lo visitábamos había desaparecido. Aprieto su mano suavemente, esperando generar algún tipo de calor pero permanecieron frías. —¿Cómo se siente?

—Como si pudiera luchar contra un tigre.— Bromeó con una voz cansada y debería haberme reído pero no podía. Me sentía demasiado derrotada para hacerlo y me sorprendía cómo él todavía podía hacer tan buen trabajo sintiéndose tan impasible.

—No debería bromear con esto, señor Edward. No se ve bien en absoluto.

Intentó reír pero en su lugar salió una tos. —Debería beber algo de agua,— insté antes de agarrar la taza y colocársela en los labios.

Logró animarse lo suficiente para tomar unos sorbos y esperé hasta que terminara antes de volverla a colocar en la mesita de noche. —Gracias.— Dijo débilmente. —Últimamente estoy realmente cansado.

—Lo sé pero necesita aguantar, al menos hasta que consigan un nuevo donante de corazón.

—No entiendes, Hope.— Respiró hondo, cerrando los ojos por un breve instante. —Estoy cansado. Estoy cansado de sentirme así. Me estoy muriendo y no puedo seguir luchando.

—No te estás muriendo. Te conseguirán un corazón nuevo enseguida y estarás bien.— Aseguré, tratando de ser fuerte aunque sus palabras me dolieran.

—Me gustaría creer eso también, pero las señales son claras. Estoy muriendo

—No vas a morir, señor.— Lo interrumpí, apretando sus manos entre las mías.

Él esbozó una sonrisa. —Decir lo contrario no cambia la realidad de las cosas.

Mis labios se fruncieron. Odiaba cómo no podía formar palabras. Quería poder decir todas las cosas correctas para hacerlo sentir mejor, pero no podía. —Debería llamar a Killian. Él sabrá qué decir.

Negó con la cabeza rápidamente. —No quiero que me vea así.

—Pero él necesita saber qué te está pasando.

—Tengo un nieto terco.— Se quejó. —Si se entera de esto, me llevarán fuera del país para otra cirugía, pero no quiero eso. Estoy cansado, Hope, quiero descansar en paz con mi esposa e hija.

Aún no estaba de acuerdo con la idea de mantener esto lejos de Killian. —Si se entera, se molestará con los dos.

—Con suerte, para entonces, habré muerto.

—¡Señor Edward! Debe dejar de hablar así.

Él rio. —Ahora empiezas a sonar como él.— Suspiró. —Desearía poder estar aquí para él, pero no puedo.— Me apretó la mano suavemente. —Tú puedes, Hope, y por eso te llamé aquí. Quiero que me prometas una cosa.

Mis cejas se fruncieron. —¿Qué?

—Que te quedarás junto a mi pequeño pase lo que pase.

Mi estómago se tensó.

Se sentía como si el peso del mundo hubiera caído sobre mis hombros y la pesadez presionara contra mi pecho. —Lo que me está pidiendo es bastante imposible, señor. Su hijo no me ama y la única razón por la que se casó conmigo fue por su hijo.

—Estás equivocada.— Había un atisbo de desesperación en su voz, pero no quería ceder. Él mismo lo dijo. No estábamos en una relación. Nunca íbamos a estarlo. Esto... lo que sea que tuviéramos ahora era unilateral y no estaba segura de poder vivir así para siempre. —Él sí te ama.

—Ya sabes, todo el mundo me sigue diciendo lo mismo una y otra vez que él me ama y quiero creerlo, pero hasta que él mismo lo diga nunca va a ser verdad, y por mucho que quiera concederte este deseo, no estoy segura de estar dispuesta a quedarme con un hombre que no me ama.

Le estaba hiriendo los sentimientos. Sabía esto y me partía el corazón, pero yo también merecía ser egoísta. Cuando imaginaba mi futuro, era con un hombre que amaba y con un hombre que me amaba a cambio. Había visto sufrir a mi madre en brazos de los hombres a los

que decía amar. Todos se iban porque siempre era unilateral. Y no quería eso para mí. No quería ser abandonada al final. No quería ser una carga para nadie. Quizás era anticuado, pero yo quería amor. Amor verdadero.

Él sonrió. —Tú también lo amas, ¿verdad?

Parpadeé, conteniendo mis lágrimas, y lo miré. No tenía sentido ocultarlo. —Creo que me he enamorado de él, pero no importa porque él no siente lo mismo.

—¿Se lo has dicho?

Su pregunta me tomó por sorpresa. —No exactamente.

—Hope,— me tendió la mano de nuevo. —Alguien tiene que dar el primer paso, de lo contrario, ambos nunca llegarán a ninguna parte.

La idea de decirle a Killian lo que sentía me atemorizaba. —No quiero asustarlo.

—Si él siente lo mismo, no huirá de ti, pero tienes que intentarlo. Hope, te entiendo y sé que no estoy en posición de pedirte esto, pero si necesitas dar el primer paso, por favor, hazlo. Eres la única que tiene. Tú y este bebé.

—No, no soy la única. Tiene a sus amigos, su familia, sus hermanas. Te tiene a ti porque no te estás muriendo. No me necesita.— No quería emocionarme, pero todos estos pensamientos me estaban empujando al límite. Cerré los ojos, sintiendo una lágrima solitaria rodar por mi mejilla. Antes de que pudiera caer completamente, la sequé bruscamente. —Lo siento... sencillamente no puedo prometerte.

Simplemente no podía.

• Capítulo 46

Killian

El ruido fuerte que resonó desde algún lugar de la casa me arrancó violentamente de mi siesta improvisada en el sofá y las palabras —¡100!— se me escaparon de la boca mientras me deslizaba y caía boca abajo al suelo.

Mierda. Gemí, usando la mesa del café como apoyo para levantar mi adolorido cuerpo. Parpadeé varias veces y sin duda, estaba seguro de haber dormido demasiado.

Mierda.

Todavía tratando de procesar exactamente cómo me había quedado dormido, saqué mi teléfono de debajo de mí para comprobar la hora, pero un mensaje enviado por Hope veinte minutos antes apareció en mi pantalla.

Hope: Pronto estaré en casa. Por favor, baña a los niños.

¿Un baño?

Mierda. Los niños. Salté del sofá, descuidando mi todavía dolorido tobillo mientras me apresuraba hacia la base de las escaleras. —¡Oliver! ¡Lilith!

Nadie respondió. La casa estaba silenciosa. Demasiado silenciosa.

—¡Oliver! ¡Lilith!— Volví a gritar y esperé, pero el silencio llenó la casa.

—¡Oliver! ¡Lilith!— Pensé que aparecerían en unos minutos, pero ya había pasado demasiado tiempo y no se oyó ninguna voz.

¿Dónde demonios estaban?

Corrí escaleras arriba y comencé a buscar por todas las habitaciones, pasando un millón de pensamientos por mi cabeza mientras lo hacía.

¿Cómo diablos iba a explicarle a Hope que perdí a dos niños mientras echaba una siesta?

—¡Hey, niños!— Continué gritando mientras buscaba en la habitación, pareciendo un maníaco cojeando.

—¡Lilith!— Abrí los cajones en la sala de juegos. Todavía nada.

Busqué en los gabinetes de la cocina o en cualquier otro lugar en el que estuviera seguro de que pudieran haber. Mierda.

Entré de golpe a mi propia habitación. ¿Por qué demonios estarían aquí?

Me pasé la mano por el cabello frustrado, a punto de salir cuando escuché el sonido de una risa femenina.

—¿Lilith?

Mi armario abierto temblaba. Di un paso atrás inconscientemente y observé mientras ella salía a gatas con una sonrisa triunfante en su cara.

Me incliné hacia adelante, puse mis manos sobre mis rodillas y suspiré aliviado. Parecía ilesa y en perfecta forma. Aunque el lápiz labial rojo untado por toda su boca era un poco cuestionable.

—¿Qué es eso en tus labios?— Por alguna razón, necesitaba asegurarme de que no fuera la sangre de Oliver.

—Es el lápiz labial de la tía Hope.

Crucé mis brazos sobre mi pecho y la miré fijamente. —¿Estuviste en su habitación?

Ella parpadeó inocentemente de una manera que habría sido encantadora si no estuviera tan molesto, exhausto y adolorido. Hablando de dolores. Aún faltaba encontrar un dolor en el trasero.

—¿Dónde está Oliver?

La sonrisa traviesa que se dibujaba en su cara me dijo exactamente lo que quería saber; ese pequeño diablo no estaba haciendo nada bueno. —Está jugando con la cosa de zumbido en la habitación de la tía Hope.

Fruncí el ceño. —¿La cosa de zumbido?

—Sí, el zumbido.

¿Qué demonios quería decir con la cosa de zumbi

— Mis ojos se abrieron de par en par al darme cuenta de a qué se refería.

Jesucristo. Estos niños iban a matarme.

—¿Oliver?— Grité, saliendo disparado de mi habitación y hacia el pasillo con Lilith riendo detrás de mí. —¡Oliver!— Bramé y entré de golpe en la habitación de Hope, pero mis piernas se detuvieron de repente ante la vista que tenía delante.

Estaba de pie encima de su mesa de contorno, luciendo como un Joker infantil demente con el lápiz labial rojo de Hope extendido por su boca y su rubor en polvo esparcido por toda su cara. ¿Y por qué estaba desnudo?

—¡Mira, tío tío Killian!— Apuntaba con el vibrador rosa zumbador hacia mí y juro por Dios que casi me desmayo. —¡Encontré una varita!

Algún día, cuando creciera, iba a mirar atrás a este día y lloraría.

—¡Dámelo!— Avancé hacia él y le arrebaté el vibrador antes de apagarlo. —¡Al baño ahora!

—¡Hora del baño!— Chilló Lilith detrás de mí. —¡Oh oh oh! Tío Killian, ¿yo también me baño?!— Tiraba de mis pantalones cortos y si no respondía pronto iba a quedarme tan desnudo como Oliver.

—Sí sí. Tú también te bañas.

—¡Hora del baño!— Ambos chillaban y se lanzaban al baño de Hope con la velocidad de un zorro.

Está bien, Killian. Esto se va a acabar pronto. Aunque no tengas idea de cómo bañar niños, aún puedes hacerlo.

Había un amargor en el fondo de mi estómago mientras marchaba al baño y cerraba la puerta detrás de mí.

Lilith me miraba, con ambas manos levantadas sobre su cabeza como si esperara que la desvistiera. Con movimientos eficientes, la despojé de su ropa interior antes de levantarla y colocarla en la tina junto a Oliver.

—Puedo hacerlo.— Me preparé mientras me arrodillaba al lado de la bañera y agarraba una esponja.

Diez minutos después me di cuenta de que no podía hacerlo.

Estaba al borde de volverme loco, tambaleándome al filo del infierno, tan cerca de ahogar a estos dos en el charco de agua. Hablando del charco de agua, mi piso estaba empapado con un montón de ella.

—¡Splash! ¡Splash!— Lilith chillaba, golpeando sus manos en el agua y salpicándola toda sobre mí.

—¡Basta con el agua!— Exclamé, intentando mantener la calma mientras agarraba más toallas y las empapaba en el suelo.

Todavía no podía creer que la gente tuviera hijos voluntariamente. No es de extrañar que las madres nunca quisieran sexo. ¿Quién desearía un orgasmo después de tener que cuidar a tales monstruos todo el día?

Un chorro de agua jabonosa me golpeó la cara y momentáneamente quedé ciego. —¡Splash! — Lilith chilló de nuevo. —¡Tío Killian, báñate con nosotros!

—¡No! ¡Basta!— Levanté mi mano y aparté mi pelo mojado de mi cara. —Por favor, basta.— Había terminado suplicando pero me ignoraron y siguieron chapoteando, charlando sin parar y salpicando agua como si yo no estuviera allí. Y entonces, Oliver se inclinó entre sus piernas y agarró su pene, balanceándolo de un lado a otro. —¡Pipi! ¡Yo tengo pipi y Lilith tiene vivi!

¿Dónde diablos aprenden estas cosas los niños?!

Reí, en realidad me reí. Como una persona volviéndose loca. Justo como el joker, estaba volviéndome completamente loco.

Mi día no podía empeorar. Estaba seguro de ello. Mi día
— se abrió la puerta del dormitorio.
Hope había vuelto.

Mierda.

—¿Oliver?— Llamó y sus ojos se iluminaron.

—¡La tía Hope ha vuelto!— Y ahora cantaban emocionados mientras yo gemía y renunciaba al piso del baño, sintiéndome como el fracasado que era.

La puerta hizo clic al abrirse y ambos empezaron a salpicar agua, como si hubieran visto a Papá Noel.

Podía sentir su presencia detrás de mí, pero simplemente no podía mirarla. No quería, porque me avergonzaba que hubiese sido testigo de mi momento de humillación.

—Hey, niños, veo que se están divirtiendo—, dijo ella y pude notar bien el sarcasmo en su voz.

—¡Sí, sí, nos divertimos!

—Y parece que el tío Killian también se está divirtiendo—.

¿Estaba intentando burlarse de mí?

Cuando me di la vuelta y nuestras miradas se encontraron, no dejé de notar el inconfundible dolor que yacía bajo ellas.

—Lo intenté con todas mis fuerzas—, dije, manteniendo mi voz baja y algo ronca.

—Yo me encargaré de aquí en adelante.

Me levanté. Necesitaba salir al exterior. Alejarme de estos niños, alejarme de la mujer que había visto lo terrible que posiblemente iba a ser como padre. Sin decir una palabra, pasé por su lado, dejándolos a todos allí dentro y me dirigí a mi habitación.

No cené esa noche. Había perdido el apetito. Me quedé acurrucado en mi habitación, revisando el prospecto que Cleo me había enviado.

Los niños seguían jugueteando por la casa y una parte de mí se preguntaba si Hope necesitaba mi ayuda. Sacudí la cabeza. Probablemente no. Ella parecía hecha para toda esta cosa de ser padres y yo era el que aún se resistía a aceptar la realidad.

—¿Tío Killian?

Casi salto de la cama cuando escuché un susurro de mi nombre.

Aleje la mirada de mi laptop y vi a Lilith asomando su pequeña cabeza en mi habitación.

Me aclaré la garganta. —¿Te has perdido? La sala de juegos está por el otro lado.

Ella negó con la cabeza y extendió sus manos. —Te traje galletas.

Mi corazón se apretó y me quedé sin palabras por un momento, simplemente parpadeando ante ella, y debió tomarlo como una invitación porque entró en mi habitación y saltó hacia mi cama.

—No te uniste a nosotros para la cena, así que te guardé este pedazo de galleta—, estaba a punto de entregármela cuando Oliver entró con su parte de galletas y una gran sonrisa en su rostro. —Yo traje galletas.

Miré a ambos, mi mirada pasando de un rostro a otro. Cerré mi laptop. No sabía cómo se suponía que debía sentirme al respecto, pero sabía que algo estaba removiéndose en todo mi cuerpo.

—Yo traje la mía primero—, afirmó Lilith. —Él comerá la mía.

—No, no lo hará—, replicó Oliver a ella.

—¡Sí que lo hará!

—¡No lo hará!

—¡Sí que lo hará!

—¡No lo hará!

—Niños—, los corté, intentando contener mi sonrisa. —Comeré ambas galletas, de acuerdo, sin pelear.

En resumidas cuentas, acabaron quedándose dormidos en mi habitación y los llevé a ambos sobre mi hombro a la sala de juegos para la hora de acostarse.

—Tío Killian...—, murmuró Lilith, revolviéndose con los ojos cerrados.

—Vamos, a dormir.

—Tío... mhm... Kill...—, su voz se desvaneció y volvió a dormirse. Les acomodé la manta sobre los hombros y apagué las luces antes de salir y volver a mi habitación.

Esos dos niños habían conseguido provocar una reacción en mí que no podía explicar.

Soltando un suspiro, volví a mi habitación y me sorprendió ver a Hope sentada en mi cama.

Ambos sosteníamos la mirada del otro mientras yo estaba en la puerta, medio dentro, medio fuera.

—¿Los niños están en la cama?—, me preguntó suavemente mientras se ajustaba la tira del vestido de noche que se le había caído de los hombros de una manera muy sexy, muy tentadora.

Negué con la cabeza ante el pensamiento. No sabía si ese gesto tenía la intención de provocarme, pero simplemente asentí y caminé a sentarme en la cama.

—Hoy has estado bien con los niños—, me elogió, colocando su mano en mi hombro y apretando suavemente. —¿Te duele todavía el tobillo?

Mordí mi mejilla y negué con la cabeza.

Ella sonrió, apretando mis hombros de nuevo.

—¿Eso significa que ya no estás enfadado?— La miré hacia abajo. Esta noche llevaba su camisón de satén rojo. Era mi favorito. Ella lo sabía. También sabía que me ponía y sabía que no podría resistirme a ella con él puesto.

Ella me miró fijamente por un segundo y luego alcanzó la tira de su camisón. —Eso significa...— Lo bajó y ellos cayeron, revelando esos pezones erectos para mí.

La sangre se precipitó hacia mi miembro. Joder. Sonreí, como un idiota, con una sonrisa plena en mi rostro porque sabía exactamente lo que ella quería y no perdí tiempo en descender a su boca con un hambre que sentía ardiendo a través de mis venas.

Esta mujer iba a ser mi perdición.

• Capítulo 47

Killian

En algún momento, estaba sobre Hope intentando no aplastarla con el peso de mi cuerpo ansioso mientras ella abría sus piernas como una invitación a un buffet libre.

Mis ojos vagaban entre ellas. No llevaba nada debajo. Gemí. —Estabas intentando provocarme cuando te pusiste este camisón, ¿verdad?— Mis labios se movían por su mejilla hacia su oreja y mordisqueé suavemente su lóbulo antes de desplazarme hacia el hueco delicioso en la base de su garganta.

—Desde el momento en que entraste no he podido dejar de pensar en cuánto quería devorarte en él—, murmuré, besando mi camino hacia su pezón. Lo provoqué al principio con mi lengua, lamiendo alrededor de su suave carne, notando que estaba más grande de lo que recordaba, más sensible. Tomé un pezón en mi boca y amasé el otro, mordiendo, acariciando, golpeteando, maravillándome de la forma en que susurraba mi nombre y hundía sus dedos en mi cabello.

—Killian, por favor—. Jadeó. —No puedo más.

Pude sentir su humedad resbalando por mis pantaloncillos mientras sus caderas giraban bajo mí. —Eres demasiado impaciente.— Sabía lo que quería pero no paraba. Prolongaba su dulce agonía, dándole a su otro pezón toda la atención que necesitaba; mordiendo, succionando, lamiendo, azotando.

La mayoría de los hombres follan como perros, sin encanto, sin habilidad, un par de embestidas después de arrancar las bragas y han terminado. Me gustaba tomar el camino largo. Cabrón o no, el placer máximo de mi mujer siempre venía primero.

Su cuerpo se arqueó. —Killian. Lo quiero, por favor.

Dejé su pezón y besé mi camino de vuelta a su boca. Estaban entreabiertos. Jadeaba, sus ojos apenas abiertos, empañados con la oscuridad que reconocía tan bien.

—¿Estás lista para mí?

Asintió rápidamente.

—¿Estás segura?— susurré, mis labios tentando los suyos. —Quizás debería comprobarlo yo mismo.

Contuvo la respiración mientras alcanzaba entre nosotros, moviéndome hacia su centro; lentamente, deliberadamente, torturando. Ella movió sus caderas de nuevo y perezosamente, como si todo el tiempo del mundo me perteneciera, circulé su clítoris.

Su cuerpo tembló con un temblor e inestabilidad y llamó mi nombre en un susurro leve. Pero no paré. —Estás mojada—. Reflexioné. —Pero, ¿cuán mojada estás justo... aquí?— En el momento en que deslicé ambos dedos adentro, su cuerpo convulsionó y sus dedos agarraron frenéticamente las sábanas.

—Killian—, jadeó, arqueando la espalda.

—Tienes que estar callada, cariño—, le dije, moviendo mis dedos, deslizándome profundamente, acariciando y rizando. —No queremos despertar a los niños.

Asintió, retorciéndose bajo mí. —Solo... por favor.

La tortura era evidente en sus ojos. Por mucho que disfrutara provocándola, mis bolas empezaban a apretarse por la necesidad. Saqué mis dedos y me aparté lo suficiente para deshacerme de mis pantaloncillos. Me moví entonces, posicionándome en su entrada, y en el momento en que entré en ella, dejó escapar un grito ahogado.

—Shh.— Me moví lentamente, abriéndome paso hacia dentro, sintiendo que sus paredes se abrían y estiraban para recibirme como siempre lo hacían. —¿Qué te dije acerca de estar callada?

—Killian, esto es...— Gemía sin aliento mientras comenzaba a moverme dentro de ella. Tan caliente aquí, me costaba todo no venirme en este instante.

—Lo sé cariño—, bajé mi cabeza y la besé. —Pero podrían oírnos.— Saqué y volví a meter, llenándola una y otra vez, lentamente; deleitándome en sus dulces gemidos de placer mezclados con mis gruñidos de necesidad.

Nunca tenía suficiente. Habíamos estado jugando a la casita durante meses y me había obsesionado por completo con ella.

—Joder.— Apreté más fuerte su cadera. Quería que me mirara, pero ahora tenía los ojos

cerrados y sus labios entreabiertos, soltando gemidos lascivos. Dios, era hermosa.

—Hope—, gemí, retirándome y embistiéndola de nuevo. —Quiero que me mires.

Sus ojos se abrieron de golpe y una ola de placer como rayo me atravesó. Nos sostuvimos la mirada mientras nos llevaba a ambos a nuestro éxtasis orgásmico y joder, estaba cerca, tan cerca que mis bolas hormigueaban, pero en el momento en que una lágrima se deslizó de sus ojos, sentí mi cuerpo volverse frío.

¿Qué demonios?

—Hope.— Mis embestidas fallaron.

—No, no pares, Killian. Por favor no pares.— Me rogó, colocando su mano en mi cadera para impedirme salir. —Por favor...

Joder, estaba en conflicto, pero comencé a moverme de nuevo y ella enrolló sus piernas alrededor de mí, esforzándose por asegurar que no me fuera a ningún lugar.

Todavía estaba llorando.

Sus hormonas solían estar jodidas pero nunca había llorado durante el sexo antes. Al menos no así.

—Hope, ¿qué pasa?

Mi corazón latía más rápido.

¿Había sido delirante al pensar que estaba disfrutando de esto?

¿La estaba lastimando de alguna manera?

Ella no me respondió, solo me mantuvo cerca mientras nuestros cuerpos se deslizaban juntos con movimientos desesperados.

Frustrado, aumenté el ritmo, follándola más duro de lo que había pretendido. Toda esta

situación tenía mis entrañas hechas un desastre, pero no podía parar porque ella no quería que lo hiciera.

—Killian.— Sus párpados se cerraron, las lágrimas rodando por sus sienes mientras juntaba nuestros labios.

La besé de vuelta, todavía intentando entender el significado detrás de sus lágrimas mientras le daba embestidas fuertes y completas.

—Oh Dios mío, me vengo.— Jadeó en mi boca. Pude sentir sus músculos pulsando alrededor de mi miembro. —Oh, Killian...— Se quedó inmóvil, soltando mi boca mientras gemía su liberación con abandono completo.

No pude venirme. Había perdido las ganas de hacerlo desde el momento en que su primera lágrima se deslizó.

Cuando su cuerpo dejó de temblar, me salí, esperando una explicación vívida de por qué la almohada estaba empapada de lágrimas.

Pensé que lo había disfrutado. ¿No es así?

Quiero decir, ella fue la que lo pidió.

La miré, tratando de entender todo. Ella no decía nada, solo respiraba pesadamente, sus lágrimas se iban calmando y luego, cuando se recuperó, me miró.

—¿Por qué paraste?

—Porque me siento como un imbécil, por eso.— Busqué mis pantalones y me los subí de nuevo, ignorando la discusión que mi duro miembro trataba de plantear. —Explícame, por favor, Hope. ¿Qué pasa?

Ella se deslizó de vuelta a su camión, evitando mi mirada cuando habló. —No es nada.

—La gente simplemente no empieza a llorar en medio del sexo, Hope. No soy un tonto. Y a menos que por obra de un milagro te hayas convertido en virgen de la noche a la mañana, me debes una explicación.

Un silencio traicionero se estiró entre nosotros. Joder. Quizá había sido un poco duro. Se veía tan atormentada que no podía soportarlo. Levanté mi mano para tocar su mejilla, deslizando la yema de mi pulgar por el rastro húmedo dejado por sus lágrimas. —Hope—, dije suavemente, y no estaba seguro de cuál sería su reacción a continuación, pero la besé.

Ella respondió de inmediato, desesperadamente. Retrocedí, trazando el contorno exuberante de su boca. —Hay algo que no está bien contigo y exijo saber qué es. Por favor, dime, si hay algo que puedo arreglar, lo haré—.

¿Qué más podía hacer para que entendiera que estaba aquí para ella? Maldita sea. Me sentía jodidamente inútil ahora mismo.

Ella me miró a los ojos durante el mayor tiempo y parecía estar luchando con sus palabras.

Fruncí el ceño mientras esperaba su respuesta, pero lo que finalmente dijo casi me deshace. —Estoy enamorada de ti, Killian—.

Retrocedí. Sentí como si me hubieran dado un golpe bajo y el aire en mis pulmones se evaporó por un momento. —¿De verdad quieres huir tanto de esta conversación que mentirías?

Ella sujetó mi brazo negando con la cabeza rápidamente. —No, no es eso. Te amo. Killian. Sé que no debería, sé que hacerlo está rompiendo los términos de nuestro acuerdo, pero no puedo evitarlo. He estado escondiéndome de la verdad, pero estas últimas semanas contigo me han mostrado lo que siento...

Sus palabras resonaron en el silencio de la habitación y explotaron el último ladrillo del muro que protegía mi corazón.

Ella me amaba.

Yo

— mis labios se separaron pero no podía encontrar las palabras adecuadas. Tragué las palabras que se agolpaban en mis labios y permanecí en silencio.

Por cómo se fruncieron sus cejas, supe que estaba esperando mi respuesta y quería dársela, quería ser honesto en cuanto a cuánto me hacía sentir, sobre cómo nunca quería perderla. Quería contarle sobre lo jodidamente adictiva que era. Y lo intenté, te juro que lo intenté, pero esas tres simples palabras eran las más difíciles que podía pensar en decir.

—Hope. Yo...— No pude hacerlo. Joder. Simplemente no pude. —Yo
— discúlpame—. Salí de la cama y permanecí en silencio mientras salía por la puerta,
dejándola en la cama, sola, en la oscuridad.

La mujer que yo apreciaba acababa de decirme que me amaba pero no pude reunir el valor
de decírselo de vuelta porque era un jodido cobarde y no merecía su amor.

• Capítulo 48

Hope

Era un tonto.

Me enamoraba con demasiada facilidad y lo sabía. Aun así, bajé la guardia y me enamoré de un hombre con el que nunca debería haberme involucrado y él acababa de rechazarme. O al menos, así se sentía.

¿En qué estaba pensando?

Lágrimas inesperadas se acumularon en mis ojos.

¿Por qué estaba llorando otra vez?

La amargura se extendió por mí como veneno. Me hundí en la cama, enfadada conmigo misma por esta decisión sin sentido que había tomado.

¿Pensé que me iba a besar y decirme que me amaba también?

La irritación surgió y me envolvió en una nube negra. Tonta de mí; llorando por la pérdida de algo que no era mío para comenzar. Qué ridícula. Me sentía patética y sola y aplastada. ¿Cómo podía simplemente irse?

Con expectativas agriadas, sollocé, rezando en silencio para que él volviera a mí; que entrara de nuevo en la habitación y me dijera que me amaba también.

Pero no lo hizo.

No esa noche.

Ni la noche siguiente.

Y dos días después, simplemente sentíamos como si hubiéramos vuelto al punto de partida.

Si me hubiera escupido en la cara, no me podría haber dolido más.

Tomó medidas extra para evitarme. Se saltaba el desayuno, salía al trabajo temprano y llegaba a casa tarde en la noche cuando probablemente estaba seguro de que yo estaba dormida. No se preocupaba por mí, no preguntaba si había comido. Simplemente se mantenía alejado de mi camino y lo peor era que no podía decir que lo culpaba.

Yo fui quien soltó la bomba. Yo fui quien pensó que simplemente confesar mis sentimientos sería suficiente. Me sentí como una idiota por hacerlo y todo lo que quería ahora era volver a como estaban las cosas antes de esa noche.

—Creo que ya has tenido suficiente, joven dama—. Lesley interrumpió mi caída libre mientras apartaba mi segunda taza de café.

Beber esto me estaba enviando directamente a tocar las puertas del infierno pero no me importaba. Hoy falté al trabajo. Francamente, no podía concentrarme en nada porque el pensamiento de Killian seguía interrumpiendo.

—Hay mucha cafeína en eso y no es saludable para tu embarazo, detendrá el crecimiento—.

—También lo harán el estrés y pensar demasiado—.

Ella me miró con una mirada plana y suspiré. —Lo siento, lo sé. Es solo que...— Refunfuñé. —No estoy en un buen lugar ahora mismo, siento que Killian se me está escapando—.

—¿Has intentado confrontarlo al respecto?

Negué con la cabeza. —No. No puedo. ¿Y si dice que no me ama? Creo que prefiero no saber lo que siente—. El pensamiento de que me rechazara picaba como un corte afilado en mi corazón.

—Creo que solo necesitas darle algo de espacio—, aconsejó, frotando mis hombros. —Creo que necesita tiempo para procesar todo. Y también hay una posibilidad de que él te ame. Lo dijiste tú misma, ha cambiado un poco—.

Sofiqué un gemido de agonía. —Dios, soy tan estúpida. No debería haber ido a esa estúpida fiesta en primer lugar. Nada de esto hubiera pasado si no hubiera ido—.

—Oye, oye. No digas eso—. Se acercó para tomar mi mano. —Esto no es tu culpa y este bebé no fue un error. Así que nunca digas eso—. Me dio un apretón firme. —Y eres un paquete completo. Si Killian no te ama entonces él es un tonto—.

Solté una risa débil. —Esa es una manera de animarme—.

Ella sonrió. —Estarás bien, Hope, y sabes qué, tengo una idea—.

—Te escucho—.

—Voy a una reunión esta noche, deberías venir conmigo, será una buena oportunidad para alejarte de Killian y darle el espacio que necesita—.

Estaba un poco escéptica al respecto. Mordí el interior de mis mejillas. —¿Crees?

Lesley asintió. —Sí. Creo que es una gran idea—.

Bueno, si Killian necesitaba espacio para pensar, entonces se lo iba a dar. Valía la pena intentarlo. —Iré—.

—Llevas mirando tu bebida desde que llegamos aquí—. El sonido de la voz de Brad me sacó de mis pensamientos desorientados y me devolvió a la realidad de que estaba en un bar.

Tomé mi vaso de whisky y di un sorbo fortificante, tratando de despejar mi cabeza de todas las emociones.

Hope me amaba.

Las palabras que había pronunciado me atormentaban y mi primer instinto cuando las escuché fue apagarme y empujarla lejos porque estaba jodidamente asustado. Las cosas iban a cambiar. En el momento en que dijera esas palabras de vuelta, todo iba a cambiar y no sabía si podría soportar la idea de que

—

—Si extrañas tanto a tu mujer puedes ir a casa—. La voz de Brad me interrumpió de nuevo y suspiré, apoyando mi cabeza en la barra.

¿Qué hago?

Vine al bar esta noche pensando que despejarme un poco me ayudaría a aclarar mi cabeza y volver al juego, pero todavía estaba muy jodido por dentro.

—Oye, ¿qué te tiene tan sombrío?

—No entenderías—, murmuré, cerrando los ojos por un momento.

—¿Tiene que ver con Hope?

Levanté la cabeza y solté un suspiro. —Siempre tiene que ver con ella. Desde que entró en mi vida, todo ha sido...— Ningún adjetivo era suficiente para describir el latigazo que esta mujer me había estado dando. Mis sentimientos eran inestables. Un momento estaba enojado con el mundo, al siguiente la miraba e imaginaba un futuro. Y ahora, ella me amaba.

—Te ha cambiado para mejor. Eso lo sé, lo veo, así que realmente deberías dejar de actuar como si no la amaras, y esta cosa de vivir juntos y tener sexo podría funcionar—.

Fruncí el ceño hacia él. —¿No podemos simplemente tomar una copa normal sin que intentes analizarme?

Él se encogió de hombros y me observó sobre el borde de su vaso mientras lo bebía. —No sé a quién intentas engañar. Está claro que amas a esa chica, simplemente no sé por qué no quieres dar el primer paso—.

Bueno, ciertamente no necesito dar el primer paso ya que ella ya lo ha hecho.

Suspiré. —En el momento en que lo haga y en el momento en que lo admita, lo que pasó con Megan ocurrirá de nuevo—.

Él me clavó una mirada. —Pero ella no es Megan—.

—No importa—.

—Bueno, debería porque no te gustará esto pero Hope es una chica dulce, y no estará jugando a la casita contigo para siempre. Si no te organizas y le haces saber tus sentimientos, alguien más lo hará—.

Mis manos se cerraron en puño al solo pensar en ello. Tenía razón, tenía un punto y el hecho de que estuviera tan cerca de la verdad me ponía nervioso.

Necesitaba hacer algo y necesitaba hacerlo ahora antes de perder mi única oportunidad de una vida mejor.

Alrededor de las ocho, estaba vertiendo jugo de naranja en una copa de ponche que estaba sobre la mesa de buffet y observando a Lesley mientras colocaba algunos aperitivos.

Aunque la fiesta ya había comenzado, más personas seguían entrando y estaba empezando a pensar que Lesley no entendía el verdadero significado de una reunión.

Cuando terminé con mi copa, me relajé en una de las sillas y pasé el resto de la noche escuchando tranquilamente las conversaciones a mi alrededor.

Cuando mi teléfono vibró en mi bolso, dejé caer el plato de comida que había estado picoteando y lo saqué. La comida en mi boca se coló en mi vía aérea y tosí en voz alta, mirando el identificador de llamadas en mi pantalla.

Era Killian.

Eché un vistazo al gran reloj de cuco en la pared. Eran unos minutos pasadas las nueve. Me levanté y caminé a través de la multitud hacia el corredor tranquilo antes de contestar. —Hola

—¿Dónde estás?— Me interrumpió, sonando exasperado.

Tragué. —Buenas noches también para ti—.

—¿Dónde demonios estás, Hope?— Repitió, y algo en su voz me decía que no quería repetir esas palabras de nuevo.

—Estoy en una reunión con Lesley—.

—Dame la dirección de la casa—.

Mi frente se arrugó. —¿Para qué la necesitas?

—Porque voy a buscarte—.

Un escalofrío repentino me recorrió. —No necesitas hacerlo. Puedo encontrar mi camino a casa—.

—Es tarde y estaré maldito si te dejo caminar sola por esas calles solitarias así que solo dame la dirección—.

—No.— Fui desafiante. —Volveré a casa cuando yo quiera.

—Hope

Colgué. De hecho, colgué y me sentí mal por hacerlo, pero también me sentí bien y asustada de alguna manera porque sabía que él estaría esperándome en casa para cuando llegara y que estaría furioso.

De repente sentí el impulso de orinar. Fui al baño. Mi teléfono vibró en mis manos mientras me sentaba y hacía lo mío.

Lo abrí.

Apareció un mensaje de Killian.

Killian: Hope, ¿tienes que ser siempre tan malditamente terca?

Vibró de nuevo.

Killian: Que me ayude Dios, si no me das la dirección no te la voy a dejar fácil.

Bufé ante su amenaza y bajé el teléfono mientras seguía con lo mío. ¿Qué quiso decir con que no me la iba a dejar fácil?

¿Estaba planeando

—

Otro mensaje entró y lo abrí.

Killian: Voy a buscarte.

Por alguna razón, ver el mensaje fue impactante. Me levanté y me limpié, mi corazón latiendo fuerte mientras lo hacía.

¿Venía a buscarme?

No. Estaba fanfarroneando. No había forma de que pudiera conseguir la dirección. Me lavé las manos y regresé a la fiesta.

Aunque me relajé de nuevo en el ambiente, todavía no podía dejar de pensar en el texto de Killian, así que para distraerme empecé una conversación con unas mujeres que también estaban embarazadas, pero no funcionó porque seguía pensando en Killian. Agarré mi teléfono, luego lo volví a tirar en mi bolso. Repetí el movimiento diez veces antes de rendirme finalmente.

Cuando se fueron, suspiré y me apoyé en la encimera, mirando alrededor la sala desordenada que tenía botellas vacías en el suelo, esperando a que alguien tropezara con ellas. Yo casi fui una víctima una vez. Me erguí y caminé hacia la mesa por otro vaso de ponche. Fue entonces cuando Lesley se me acercó. —Mayday, mayday, tu esposo ha llegado y se está acercando.

—Deja de bromear, Les.— Me reí suavemente, dejando mi vaso y dando la vuelta, y en el momento en que lo hice, mi corazón se detuvo.

Al principio, pensé que mi visión me jugaba trucos, así que parpadeé una o dos veces, pero él seguía allí.

Oh Dios mío.

Mi corazón empezó a latir fuera de control ante la vista de Killian caminando hacia mí, luciendo impresionante como lo hacía.

—Mierda, ¿qué hago?— Entré en pánico.

—Bueno, ya no te está evitando así que ve y háblale—, dijo Lesley y se alejó antes de que pudiera responder.

Mierda, se acercaba. Mi estómago se retorció en nudos con cada paso que se acercaba más a

mí y en el momento en que se detuvo frente a mí, no pude discernir si estaba enojado o furioso. Sus ojos no revelaban emoción alguna. —¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres una mujer malditamente terca?

—Te dije que no vinieras.— Entrecerré los ojos, fingiendo que el olor de su colonia no estaba a punto de arruinar mis entrañas.

—Vayamos a casa.— Instó, agarrando mi mano, pero la retiré y me quedé enraizada en el lugar.

—¿Cómo me encontraste?

—Rastreé tu celular.

Oh, claro que sí. Stalker pro max.

—Deberíamos irnos.— Insistió, agarrando mi mano otra vez, pero la retiré.

—Pensé que estabas haciendo todo lo posible para evitarme. ¿Por qué de repente te importa?

Su boca se apretó en una línea dura, y suspiró profundamente. —Si vamos a hacer esto, no lo hagamos en público. Por última vez, nos vamos.— Agarró mi mano y esta vez, no pude soltarme.

Me sacó directamente de la fiesta y hacia el coche deportivo rojo que conducía.

—Eres tan absorbente.— Bufé cuando finalmente me soltó, pero él me ignoró y se metió en el coche.

No me dijo una palabra mientras conducíamos de vuelta a casa. Permanecí en silencio, mirando por la ventana todo el tiempo e intentando recopilar mis pensamientos. Cuando llegamos a casa y ambos entramos, decidí que esto era suficiente.

Estaba a punto de subir las escaleras cuando llamé su nombre. —Killian, me confundes.

Se detuvo y se volvió hacia mí y continué. —Me has estado ignorando durante los últimos

dos días y luego de repente te interesa mi paradero y vienes a recogerme incluso cuando te dije que no lo hicieras.

Suspiró. —Te dije. He estado ocupado. No te estaba ignorando.

Me reí amargamente. —Eso es muy astuto de tu parte.

Se pasó la mano por su cabello rebelde. —Hope, las cosas no han sido fáciles para mí.

—¿Y piensas que lo han sido para mí?— Sus labios se fruncieron y solo me miró. Avancé. —Te amo, Killian.

Gimió. —Deja de decir eso.

—No, no lo haré. Te amo Killian y no solo porque vamos a tener un hijo juntos sino porque realmente te amo, y ignorarme no va a cambiarlo. Alejarme tampoco. No soy tu pasado. No voy a romperte el corazón ni a hacerte daño.— Por alguna razón, mis ojos se llenaron de lágrimas. Odiaba no poder tener una sola conversación con este hombre sin romperme y emocionarme.

—Pero no voy a forzar nada más. Si no me amas, está bien. Si quieres seguir ignorándome, también está bien.— Me soné la nariz. —No voy a forzar nada. Te dejaré compartir cuando quieras, y dejaremos que nos convirtamos en lo que vayamos a ser.— Volví a sonarme la nariz. Él no decía nada, solo me miraba, haciéndome sentir como una tonta otra vez. Agarré mi bolso. —Ahora me iré a mi habitación.

Me dirigí hacia las escaleras y estaba a punto de pasar por su lado cuando él agarró mi mano y me atrajo de vuelta. Sorprendida, solté un pequeño grito, con las manos en su pecho mientras lo miraba a los ojos. Eran indescifrables y tenía miedo; miedo de que cuando abriera la boca para hablar, iba a romperme. Pero entonces habló. —Mañana...— Dudó. —Mañana cenemos fuera.— Hizo una pausa. —Te invito a una cena elegante y luego te contaré todo lo que quieras saber.

Lo miré en silencio por un minuto, una lágrima deslizándose por mi mejilla mientras lo miraba y luego asentí, perdiendo aparentemente la capacidad de hablar.

—Por ahora, por favor deja de llorar.

¿Alguna vez has estado en una situación en la que sentías ganas de llorar pero no lo hacías y luego alguien dice automáticamente algo que desencadena todas tus lágrimas? Estaba teniendo

ese momento justo ahora.

—Lo siento.— Sollocé, no segura de por qué lloraba. —No puedo evitarlo.

—Ven aquí.— La distancia entre nosotros desapareció y sus brazos me rodearon. Entré mi cara contra su pecho, mis lágrimas empapando su camisa. Mis hormonas eran horribles.

—Esto es lo que se siente al tener una llorona por esposa.— Murmuró, acariciando suavemente mi cabello y me reí de eso, incluso mientras las lágrimas seguían fluyendo.

—No tienes que señalarlo.— Me levanté de su pecho y lo miré.

—Sí tengo.— Una sonrisa se dibujó en su rostro mientras tocaba mi mejilla y apartaba los restos de mis lágrimas, y luego sus labios tocaron los míos en un beso que era diferente, lento, suave.

Mis brazos rodearon su cuello y lo atrajeron hacia mí. Aunque sus palabras no contenían las tres palabras que esperaba escuchar, de muchas maneras, se sentía como si lo hicieran.

Ahora, todo lo que tenía que hacer era esperar a mañana.

• Capítulo 49

Killian

Hoy, me había despertado completamente envuelto alrededor de Hope con mi mano sobre su barriga de embarazada.

Era absolutamente asombroso cómo pasé de despertar solo y con resaca a despertar con una esposa que estaba cargando a mi hijo, y

—lo más asombroso de todo

—estaba enamorada de mí.

Pequeños gemidos salieron de sus labios mientras se movía y giraba para quedarse con la espalda en la cama.

—Me siento tan cansada...— Se quejó, estirando los brazos por encima de su cabeza en un intento de sacar el sueño de sus músculos, pero solo hizo que las sábanas que cubrían su cuerpo cayeran, dejando a la vista esos pezones y el frío de la mañana los endureció al instante.

Incapaz de resistirme, bajé más la sábana y le lamí un pezón con la lengua.

Se sobresaltó. —Ay, están sensibles, Killian.

—Solo quiero mordisquear un poco.— Tomé un pezón en mi boca y chupé con fuerza.

—Killian, ah.— Se arqueó de nuevo y el sonido extremadamente erótico que hizo me atravesó, impulsándome con las ganas de hacer más pero en el momento en que chupé con fuerza otra vez y sentí una sustancia extraña bajando por mi garganta, me aparté.

—¿Qué demonios acabo de tragar?

Ella me miraba con una sonrisa de suficiencia; como si lo hubiera esperado. —Leche materna.

Jesucristo. —¿Acabo de beber tu... leche materna?

—Quería decirte que había empezado a lactar pero probablemente no me habrías creído así que te dejé descubrirlo por ti mismo.

Curiosamente, no sabía mal. Era dulce de alguna manera y en algún momento granuloso pero la idea de succionarla de su pecho me resultaba desagradable.

—No seas tan bebé.— Se rió, notando la mirada irritada de angustia en mi rostro.
—Muchos hombres lo hacen a sus esposas.

Salí de la cama y fui a buscar mi cepillo de dientes. —Hope. Cariño, por mucho que ame tus pechos, no voy a volver a chupar leche de ellos y no me importa qué otro hombre lo haga.

—Bueno, al menos ahora sabes cómo sabe.

—Preferiría no saberlo.

Cuando ella se rió, mi corazón se alborotó con una emoción cruda. A fuerza de sentimiento a flor de piel. Un sentimiento desenfrenado sacudió mi núcleo y sonreí, no seguro de cuánto tiempo estuve ahí parado mirándola, pero cuando el sabor empezó a ponerse raro en mi boca, me alejé.

CUANDO LLEGUÉ AL TRABAJO, entré en mi oficina con una taza fresca de café y una sonrisa en el rostro, una que Cleo no dejó de notar porque se levantó de mi escritorio y me miró como si fuera a sacar un arma en cualquier momento.

—Señor—, una tenue línea de preocupación se marcó en su tersa frente. —¿Está... todo bien?

Aparte del hecho de que bebí la leche materna de mi esposa, nunca me he sentido mejor. Le sonreí. —Envíame mi horario del día.

El tiempo parece volar más rápido cuando estás de mejor humor.

—Bien señores,— guardé mi bolígrafo de vuelta en mi cartera y miré alrededor de la mesa de la sala de juntas a los miembros del equipo de gestión reunidos. —Eso es todo.— Recogí mi chaqueta y me la puse mientras todos salían en grupos de dos y tres.

Para cuando salí de la sala de juntas y volví a mi oficina, me quedaba menos de una hora libre.

Me senté en mi silla y volví a revisar mi horario de cena. Perfecto. Todo estaba perfecto.

Se abrió mi puerta. —¿Qué pasa contigo?

Parpadeé para alejarme de mi teléfono y miré hacia la puerta. Brad estaba allí, con los brazos cruzados sobre su pecho enviándome una mirada evaluadora. —Tu secretaria dijo que has estado actuando raro toda la mañana—.

Cerré mi portátil de golpe y me encogí de hombros. —Me siento bastante normal—.

—¿Quieres que vayamos a tomar unos chupitos?

—Por mucho que me encantaría, no puedo—.

Levantó las cejas, sin conseguir ocultar su decepción. —¿Por qué?

—Ceno con Hope esta noche y no quiero cagarla—.

Entró y cerró la puerta de un puntapié. —¿A qué te refieres con cagarla?

—Voy a sincerarme sobre lo que siento y veremos qué pasa a partir de ahora. No quiero perderla. Ya me dijo que me ama y sé que espera una respuesta, así que se la voy a dar si con eso se queda—.

—Entonces, ¿lo haces porque realmente la amas o porque no quieres que esté con nadie más?

—Ambos, supongo—.

Se quedó en silencio, sus ojos me evaluaban. No parecía del todo convencido y estaba seguro de que iba a interrogarme al respecto, pero dejó el tema y se rió. —Que tengas una buena noche entonces. Quiero que me cuentes todo mañana—.

—Así será—.

Caminó hacia la puerta, la abrió antes de detenerse, giró y me miró. —Intenta no cagarla esta vez, Killian—.

Asentí y levantó la mano en un breve saludo antes de salir.

Poco después de que se fuera, no pude evitar sentir un cosquilleo de emoción mientras recogía mis cosas. Unos minutos más tarde, eché mi silla hacia atrás, cogí la chaqueta y salí de la oficina con algunas instrucciones para que Cleo las siguiera.

De camino a mi coche, sonó mi teléfono. Esperaba que fuera una llamada de Hope, pero al ver el identificador de llamadas, vi que era de un número privado.

No contesté enseguida. Fui hacia mi coche, un poco escéptico. Pero cuando sonó insistentemente, me metí en el coche y contesté, deseando en ese momento no haberlo hecho.

Había pasado la mayor parte de mi día revolviendo mi armario hasta que encontré el vestido perfecto para la cena. Lo escogí sabiendo que a Killian le encantaba el rojo.

Todo el proceso de maquillarme con suavidad me puso nerviosa porque Killian no había llamado ni enviado mensajes y faltaban solo unos minutos para las siete.

Al principio me sentí irritada, pero después de llamar a su móvil dos veces y seguir sin respuesta, mi irritación se convirtió rápidamente en ansiedad.

Arrojando mi bolso al sofá del salón, me senté y me quedé mirando la pantalla de mi teléfono. Mi tacón de cinco centímetros golpeó el suelo rítmicamente en un intento nervioso de calmarme mientras esperaba que al menos sonara o que él entrara por la puerta. Diez minutos después y nada de eso sucedió.

Cada vez más preocupada, marqué el número de Brad. No podía esperar más. Había la posibilidad de que él supiera dónde estaba. El teléfono sonó bastante rato y luego contestó.

—¿Has visto a Killian?—, pregunté antes de que él terminara de saludar. —¿Ha contactado contigo hoy?

—Bueno, sí, estaba en su oficina hace un rato—. Se pausó. —No suenas bien, ¿hizo algo?

—Todavía no ha llegado a casa, Brad, y estoy preocupada porque me dijo que estaría en casa antes de las ocho—.

—Me habló sobre la cena. No te preocupes demasiado, Hope. Quizás haya tráfico o algo.

Estoy seguro de que pronto estará de vuelta—.

—No sé, Brad, no me siento bien con esto—.

—Solo necesitas relajarte—. Me consoló y aunque estaba al borde de las lágrimas, le agradecí y colgué.

Tenía razón, obviamente había surgido algo, si no, él no me habría hecho esto. Sus palabras fueron suficientes para mantenerme cuerda unos diez minutos más. Después de eso, me levanté y comencé a caminar inquieta de un lado para otro por la habitación. En algún momento me quité los zapatos y anduve descalza de arriba abajo.

Mis ojos cayeron en el reloj y cuando vi que eran cuarenta minutos pasadas las ocho, solté una exhalación molesta y marqué de nuevo el número de Killian. Merecía alguna explicación. Su teléfono sonó esta vez, pero no contestó y escuché cómo se iba directamente al buzón de voz.

Sabía que nuestro nivel de comunicación era pésimo, pero ¿por qué no respondía?

—Killian—. Mi voz se quebró cuando intenté dejarle un mensaje de voz. Me horroricé al darme cuenta de que las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Dios, este no era el momento de llorar. —¿Puedes devolverme la llamada? Estoy enferma de preocupación y ya es pasadas las ocho—.

Diez minutos más tarde y estaba sentada en el sofá, mi vestido arrugado, mi maquillaje estropeado con las lágrimas y todavía no había señales de Killian.

Lo llamé de nuevo, aunque estaba temblando de ira, me obligué a mantener la calma y ser razonable. Quizás no había salido del trabajo aún, quizás estaba indispuesto y atrapado en alguna reunión importante. Probablemente había tenido la intención de devolverme la llamada en cuanto tuviera la oportunidad, así que aunque no contestó mis llamadas las siguientes dos veces que intenté, esperé y esperé y esperé y cuando dio las once y todavía no había recibido un mensaje, me levanté del sofá y me sequé las lágrimas.

Ahora era oficial, me había dejado plantada.

Fue como si me hubiesen dado una bofetada. Subí de un pisotón a mi dormitorio, saqué una toallita del contenedor que estaba en mi tocador y me limpié la cara. Luego hice una bola con la toallita y la tiré al cubo de basura.

Mi reflejo me devolvió la mirada desde el espejo de cuerpo entero. Pensar que me había puesto este patético vestido solo para complacerlo. Pensar que me había arreglado el pelo y maquillado solo para lucir bien para él. Me quité el vestido de un tirón y lo metí en el cesto de la ropa sucia. Después abrí el armario y me puse una sudadera antes de saltar a la cama.

—Te odio, Killian—, sollocé, porque en lugar de cerrar los ojos y dormirme, me quedé allí acostada, mirando mi teléfono en la mesita de noche, esperando que sonara o vibrara pero no lo hizo.

Ahora estaba claro que no me amaba. ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué Killian Fobster me amaría a mí?

Mi subconsciente se burlaba de mí mientras me acurrucaba entre las sábanas.

Necesitaba hablar con alguien pero no había nadie a quien llamar. Scott vendría aquí y luego esperaría a que él llegara para pelear. Por alguna razón, me sentía demasiado avergonzada para contárselo a Lesley y Pampam. Normalmente les habría confiado esto, pero sería patético. Estaba sola, embriagada en mis pensamientos miserables que eventualmente me llevaron al sueño y no fue hasta que mi teléfono vibró a la mañana siguiente que me levanté.

Luchando contra el pánico en mi garganta, lo alcancé, medio esperando encontrar un mensaje o al menos una llamada de Killian, pero no fue así. En cambio, el nombre de Gwendolyn brilló en mi pantalla, haciendo que me preocupara aún más.

¿Y si solo había reaccionado exageradamente toda la noche por nada y él realmente estaba herido?

Contesté la llamada inmediatamente y despejé mi garganta antes de hablar.

—¿Hola
—?

—Hope—. Su voz frenética hizo que mi corazón se detuviera y luego volviera a latir y entonces la siguiente palabra que dijo la arrancó literalmente de mi pecho. —El abuelo Edward ha muerto y Killian ha estado en la morgue toda la noche. Por favor, vete a buscarlo y sácalo de allí antes de que se derrumbe—.

• Capítulo 50

Hope

La alarma se infiltró en mi sistema en cuanto Gwendolyn colgó y no tenía recuerdo de haber bajado corriendo las escaleras, salir de casa o incluso subirme a un tren pero de alguna manera estaba aquí, en el hospital, con el corazón latiendo diez veces más rápido mientras tomaba grandes bocanadas de aire.

Todo el hospital estaba lleno; reporteros y enfermeras alborotando la multitud.

Susurros y comentarios bajos llegaban a mis oídos.

Pobre hombre. Al menos murió con una sonrisa en su rostro.

Escuché que pidió un vaso de whisky antes de rendirse.

También escuché que su nieto pasó la noche en la morgue. Debe quererlo mucho.

Killian...

Me abrí paso entre la multitud y me colé en el ascensor, sin importarme si parecía un desastre andante o una calamidad ferroviaria.

La habitación 16 estaba tan abarrotada como esperaba. Me hice camino entre algunos periodistas y sentí que mi mundo se desvanecía cuando miré dentro de la habitación abierta y encontré la cama vacía.

El señor Edward no estaba allí, realmente se había ido.

—¿Hope?— Giré cuando escuché mi nombre, sin esperar ver a Eve. Se limpió las mejillas y la nariz con la manga de su chaqueta y luego se frotó los ojos, lo que provocó que una raya de delineador de ojos negro le bajara por las mejillas.

—Ay, cielo.— La abracé. Odiaba ver a alguien pasar por la pérdida de alguien importante para ellos. Me importaba el señor Edward y no había tenido la oportunidad de despedirme de él, y ahora el arrepentimiento de no haber aceptado su último deseo me atormentaba. Tanto que me

dolía el corazón.

—Se ha ido, Hope.— Enterró la cara en mi pecho y sollozó hasta que sentí sus lágrimas empapar mi camiseta.

Más culpa se sumó al ya torbellino de emociones que tenía dentro. —Lo siento—, susurré. No quería llorar. Quería ser fuerte, pero mis ojos dejaron escapar algunas lágrimas. —Todo va a estar bien—.

¿Lo estaría? No lo sabía. No podía decirlo.

Cuando ella finalmente se sació, me soltó y se limpió los ojos. —Deberías ir a ver a Killian—, sollozó. —Ha estado toda la noche en la morgue—.

Asentí, girándome rápidamente para que no viera la culpa girar en mis ojos.

Después de darle el pésame a Mary, me alejé de la multitud y tomé el ascensor que iba a la morgue. Mi corazón estaba a punto de explotar cuando se detuvo y las puertas se abrieron. No estaba segura de poder enfrentarme a Killian. Mi instinto quería huir. Ni siquiera sabía si él quería verme ahora mismo. Respiré hondo, luchando contra el pánico que amenazaba con abrumarme. No importaba si él me quería, no importaba si la cena había sido un desastre y probablemente nunca iba a tener otra oportunidad, iba a intentar estar allí para él.

Dos guardias estaban de pie junto a la puerta de metal cuando llegué.

—Señora, no puede entrar—.

—Soy su esposa—.

Ambos se miraron como si intercambiaran palabras y duró cerca de un minuto antes de que finalmente asintieran para que pasara.

Reuniendo mis pensamientos, avancé, pero en el momento en que la puerta se abrió y entré, hubo un tropiezo en mi paso al ver a Killian sentado en la cama junto a la forma pasiva de Edward, su mano derecha actualmente magullada y sangrando.

—Killian.— Mi corazón empezó a retumbar contra mi pecho. —¿Estás bien?— pregunté con voz firme, esperando que él hablara, que dijera algo, cualquier cosa.

Cuando el silencio se prolongó demasiado, reuní el coraje y di un paso adelante, pero sus palabras me detuvieron.

—Estuviste aquí.— Su voz era vacía, desgarrada; como si hubiera estado gritando con todas sus fuerzas.

—El médico dijo que estuviste aquí antes de que muriera.— Repitió y sentí un retorcijón en el estómago. —Sabías cuánto me importaba su salud y aún así tú...— Inhaló bruscamente, sus hombros se elevaban y su puño magullado se apretaba fuerte.

—Killian, puedo explicarlo.— No estaba mirándome, pero podía sentir la ira y la furia que desprendía. —No es lo que piensas.

Y entonces se giró, sus ojos se encontraron con los míos y sostuvieron mi mirada. La falta de emoción en ellos me asustó. Esperaba ver ira, odio, pero no había nada allí, nada en su rostro, ninguna chispa chisporroteando

—casi como si lo hubiera apagado todo.

—¿Fue esa la razón por la que me dijiste que me amabas?— Sus hombros se sacudieron y sus puños se apretaron mientras soltaba una risa amarga. —¿Él te lo pidió? ¿Te compadeciste de mí porque te dijo que yo también estaba roto y necesitaba arreglarme?

—No, Killian.— Me moví hacia adelante, negando con la cabeza vehementemente, mi corazón en la garganta

—acelerándose. —Él no lo hizo.

—¡No!— Me detuvo. —¡No te atrevas a acercarte a mí!

—No es lo que piensas, él me llamó aquí porque él

—No importa.— Me cortó, sus pálidos labios apenas se movían. —Está muerto, ¿no?

—Por favor, Killian.— No me di cuenta de que me movía hasta que él me ladró.

—¡Dije que no te jodas acercaras a mí!

Lágrimas de miedo salaron mis ojos. —Killian...

—Todas esas lágrimas, toda esa mierda de hacer el amor contigo. Todo tiene sentido.—

Sacudió la cabeza. —Dios, fui un tonto.

Inhalé bruscamente y reprimí mis lágrimas. —No es lo que piensas. Yo amo

—No digas esa maldita palabra.— Bufó.

—Pero lo hago,— dije, mi voz temblorosa. —Y sí, no quería, nunca me permití imaginar un futuro contigo. Pasé los últimos dos meses rechazando pensar en mis emociones pero no puedo evitarlo. Tenía miedo pero ya no. Yo amo

—No,— me cortó de nuevo, el temor en su voz me envió escalofríos por la espalda. —No intentes manipularme.

Negué con la cabeza, luchando contra la bilis que subía por mi garganta. —No estoy intentando manipuarte.

—No importa. Simplemente vete a casa.

—No puedo dejarte así. Vine aquí para

—¡Chicos!

Sentí un frío mortal cuando él ladró y mi respiración se entrecortó mientras arrastraba aire a mis pulmones. —¿Realmente me echarías?

Su rostro se contorsionó con una máscara de ira. —Haré más.— Se giró hacia ellos. —Llévenla a casa y asegúrense de que se quede allí.

Abrí la boca para hablar pero no salieron palabras. Me sentía fría, aplastada, pesada —mis miembros lastrados por el dolor y la culpa. —Killian.

Me mostró el dedo del medio por encima del hombro y sus chicos captaron el mensaje mientras me indicaban hacia la puerta. —Señora, por favor.

Tragué el dolor y me di la vuelta, esperando que me llamara de vuelta, pero no lo hizo. Mi mano alcanzó la perilla de la puerta. Respiraba con dificultad.

Silencio.

Abrí la puerta y salí, rechazando el impulso de mirar atrás. No luché. Dejé que me llevaran fuera del hospital, demasiado fría para discutir mientras tropezaba hacia el coche y me acurrucaba contra la puerta, haciendo todo lo posible por no llorar frente a ellos.

Para cuando llegamos a la casa, me sentía enferma de carga. Mis pies me fallaron en el momento en que llegué a mi habitación y me deslicé contra mi cama hasta el suelo, descubriendo que apenas podía respirar mientras los sollozos venían como una cascada rápida.

¿Cómo pudo hacerme esto?

Mis emociones oscilaban entre la ira, el dolor, la vergüenza y el resentimiento. Sobre todo, estaba decepcionada de mí misma; decepcionada por haber albergado esperanzas porque lo que fuera que pensáramos que teníamos murió en el momento en que me echó del hospital.

Me quedé allí entumecida, atrapada por un duelo tan espeso que era difícil respirar.

Por un pequeño fragmento de tiempo, todo estuvo bien. Ahora, todo iba a cambiar.

• Capítulo 51

Killian

Me saqué de mis pensamientos en el minuto en que mi padre terminó su discurso y la multitud comenzó a aplaudir.

El funeral se llevó a cabo en la catedral de San Patricio y aunque prefería no asistir, Gwendolyn me arrastró fuera de mi habitación de hotel y me obligó a venir aquí, en el asiento delantero donde todos lloraban como si alguna vez les hubiera importado algo de él cuando estaba vivo.

Se suponía que yo también debía estar llorando. Sabía que se suponía que debía estar llorando. Todos los demás lo estaban. Pero mis ojos estaban secos y tampoco sabía por qué, porque amé a ese viejo más de lo que jamás admití y cuando alguien a quien amas muere así, se supone que debes estar destrozado, pero en ese momento, estaba mirando el ataúd abierto frente a mí, esperando que verlo por última vez me trajera algún tipo de cierre. Pero sentía... nada.

—No volverá, ¿verdad?— Gwen susurró a mi lado. Cuando intenté hablar, no salió nada. Mi garganta estaba cerrada. Había estado así durante los últimos cuatro días. Sacudí la cabeza. —No volverá.

Podía decir que ella estaba tratando de mantenerse firme. Sus ojos estaban enrojecidos y de vez en cuando se secaba discretamente la humedad de sus mejillas.

Una campana de metal sonó, y el sermón del sacerdote se detuvo. El alivio fue instantáneo y mareante como si una enorme presión hubiera desaparecido de repente. El ataúd se cerró y los portadores del féretro lo cargaron sobre sus hombros hacia el coche fúnebre. Amigos y familiares siguieron: tías, tíos, primos, parientes lejanos y amigos de la familia, todos apoyándose unos a otros.

Gwen se levantó y yo me uní a ella de mala gana, observando cómo los parientes pasaban pesadamente.

—¿No crees que es hora de que vuelvas a casa?— Brad me preguntó mientras me tomaba mi cuarto trago de whisky en el bar alquilado para el velorio.

—¿Por qué debería?— pregunté, observando cómo la fiesta se acallaba mientras familiares y amigos comenzaban a despedirse.

—Han pasado cuatro días desde que dejaste a tu esposa. Mírala.— Ladeó la cabeza hacia el otro rincón de la sala y seguí su línea de visión hasta la mesa de buffet. Ella estaba allí, sirviéndose comida en su plato, luciendo nada menos que asombrosa en su vestido blanco.

Al menos estaba comiendo. Eso era una preocupación menos. Me giré. —Ella está bien sin mí.

—No lo está. Llama a mi teléfono cada hora preguntando por ti porque todavía te niegas a recibir su audiencia o tomar sus llamadas.

—Estoy de luto, Brad, ¿puedes no presionarme ahora y dejar de hablar de mi esposa como si fuera un dólar perfecto? Ella mintió y yo no tolero a las mentirosas.

—Suspiré y levanté una mano hacia mi frente para masajearme. —Mira, tú no sabes una mierda, ¿de acuerdo?

—¿Por qué siento que estás usando esto como excusa para huir de lo que sientes? Sé que acabas de perder a tu viejo pero no lo guardes todo dentro y por favor habla con tu esposa para que yo también pueda dormir bien por las noches.

Escurrí mi bebida y golpeé la copa contra la barra con un estruendo antes de levantarme.

—¿A dónde vas?— preguntó Brad, con el ceño fruncido.

—Necesito aire fresco.

Salí, buscando la salida más cercana y respiré profundamente una vez que el aire fresco me rozó.

Metí la mano en mi bolsillo y miré hacia el cielo sombrío, pero mientras estaba allí, tuve la sensación de no estar solo

—esa sensación que generalmente sientes cuando alguien está de pie detrás de ti

—tampoco necesitaba girarme para saber quién era.

—Regresa adentro, Hope.— Hacía demasiado frío para ella aquí fuera y yo no estaba de humor para hablar. Hoy era una bola de emociones negativas.

Cuando no dijo nada, me giré. —Te dije que vuelvas adentro.

—Killian, ¿podemos hablar?— Ella dio un paso adelante pero no podía soportar el calor de su cuerpo, así que retrocedí.

—No hay nada de qué hablar. Vuelve adentro.

—Por favor, escúchame.

—Créeme, no hay nada en este mundo que importe lo suficiente como para perder incluso diez segundos más de mi tiempo contigo, así que vuelve adentro.— Me giré para alejarme, pero ella agarró mi mano, haciendo que me detuviera en seco, mi estómago revolviéndose en anticipación a sus mentiras.

—Ha sido un infierno sin ti, Killian. La casa no es la misma sin ti en ella. Te extraño y —y, te amo.

—No jodidamente me amas,— alejé su mano y la miré con desprecio. —Deja de joder y mentirme porque no quiero oírlo.

Sus labios temblaron. —Killian, tenía miedo, por eso no te lo dije. Estaba jodidamente asustada y cometí un error pero no cambia el hecho de que todo lo que dije esa noche, lo sentía.

Cerré los ojos contra la adrenalina que me golpeaba directo al corazón. Estaba mintiendo. Era una mentira, una ilusión que me había hecho creer. Una jodida mentira.

—Killian....— Su voz me sacó de mis pensamientos.

—¡Dije que dejes de joder y mentirme!

—Nunca quise lastimarte

—

—Hiciste lo que tenías que hacer.— Terminé por ella. —Lo entiendo.

—No, no lo entiendes. No es lo que piensas.— Extendió la mano para tocar mi brazo de nuevo pero lo retiré de ella.

—Es exactamente lo que pienso. Me pediste que escuchara y lo hice y te he dado una respuesta. No te creo ni necesito tu amor por lástima. Ahora vuelve adentro.

—Killian, por favor...— Una lágrima cayó.

Mi estómago se apretó. —Sabes qué, quédate.

Me di la vuelta para irme pero ella alcanzó a agarrar mi brazo por tercera vez esa noche. —Killian, por favor no te vayas. Te daré todo el espacio que necesites pero por favor, vuelve a casa.

El temblor en su voz debería haber sido suficiente para hacerme quedarme, pero no quería. Arranqué mi brazo y seguí caminando.

—¡Killian, por favor!— Gritó detrás de mí. —¡Esto no es justo!

¿Injusto?

Me detuve y la miré, herido con furia. —¿Injusto?!— Grité. —¿Sabes qué es injusto? Que me ocultaras algo así. Sé que soy un cabrón pero no hacía falta que lo hicieras. ¡Él era mi abuelo! ¡Lo único que me quedaba de mi madre! ¡Tú lo sabías! ¡Sabías cuánto haría solo para mantenerlo vivo! ¡Ahora se ha ido y es tu culpa! ¡Tú lo mataste en el momento en que decidiste guardar este secreto!— Me quedé sin aire y me encontré jadeando para respirar. —¿Todavía piensas que soy injusto?

Su respiración profunda continuó hasta que se convirtió en sollozos.

—Simplemente deja de ser jodidamente egoísta y déjame en paz.— Escupí y me alejé de ella porque no me importaba lo que me fuera a decir a continuación.

• Capítulo 52

Hope

Me desperté sobresaltada, jadeando por aire, cubierta de sudor y momentáneamente desorientada mientras miraba rápidamente a mi alrededor.

Estaba sola en mi habitación y aún estaba un poco oscuro fuera. ¿Qué diablos acaba de pasar? Poco a poco el mundo exterior invadió mis sentidos. Eché un vistazo al reloj despertador en la mesilla y vi que eran las cinco y algo de la mañana.

Cuando mi respiración se calmó, aparté el cabello de mi cara, quejándome al darme cuenta de que había tenido uno de esos sueños, el tipo que leer demasiados libros de Nikki Sloane podía provocarte.

Mis ojos cayeron en mi teléfono sobre la mesilla. Lo cogí, comprobando si había alguna llamada o mensaje pero mi registro estaba vacío, igual que en los últimos cuatro días.

La verdad, estar sola en esta casa empezaba a ser sofocante sin Killian en ella.

Localicé su número y lo llamé. Necesitábamos arreglar las cosas, especialmente ahora que se acercaba mi próxima cita y aún no habíamos discutido cosas vitales sobre el bebé.

Su teléfono sonó varias veces antes de desconectarse sin llegar al buzón de voz. Llamé de nuevo, mirando fijamente la pantalla. A mitad del primer tono, se reprodujo una grabación: —La persona que está tratando de llamar no está disponible—.

Sentí un vacío en el estómago. Cuando intenté de nuevo y la misma grabación sonó, la realización de que había bloqueado mi número me golpeó en el estómago y aunque mi orgullo estaba herido, me dije que todo iba a estar bien porque eso era todo lo que podía hacer; fingir que estaba bien hasta que lo estuviera.

Lancé el teléfono a un lado, salí de la cama de un salto y caminé al baño, deteniéndome para mirar con ojos cansados mi rostro en el espejo. Un pálido fantasma me devolvía la mirada. Había llorado tanto que mis ojos estaban rojos e hinchados y mi piel tan deshidratada que pensé que podría empezar a descascarillarse.

Me duché rápidamente, esforzándome por apartar los pensamientos de Killian que intentaban invadirme. Terminé mi ducha, me sequé, me vestí y me apliqué hidratante en la piel

antes de salir.

En el trabajo, mi supervisor me hizo hacer recados para él, pero no me sentía mal por ello, me ayudaba a escapar de la realidad de lo desastrosa que estaba mi vida.

Sin embargo, en algún momento, terminé pensando de nuevo en Killian cuando vi a un niño corriendo por la acera con un globo en la mano y su madre corriendo tras él con el padre riéndose detrás. Probablemente para ellos no fue un momento trascendental, pero para mí vi una familia feliz y anhelé esa felicidad.

Después de mi último recado del día, estaba en la plataforma esperando a que llegara mi tren. Cuando llegó, subí y me acomodé.

No le dije a mamá que iba a ir. Esperaba que se tomara bien la sorpresa. La verdad es que necesitaba a alguien con quien hablar. Afortunadamente, llevaba mi iPod conmigo. Un poco de música relajante hacía que el viaje valiera la pena. Cuando salí de la estación de tren, tomé un taxi aunque el apartamento de ella estaba a solo seis cuadras de distancia.

El apartamento era dolorosamente desconocido. No había vivido aquí el tiempo suficiente como para sentirlo como un hogar. Cuando llamé y mamá abrió la puerta, no supe si fue por el agotamiento, el largo viaje o toda la situación con Killian, pero en cuanto me dio esa sonrisa reconfortante, me apresuré a sus brazos y estallé en llanto.

—Oh, Hope, cariño.— Me sujetó con más fuerza. Mis emociones estaban completamente fuera de control y en serio no tenía idea de qué diablos estaba haciendo, pero me regocijé en sus brazos y nos quedamos así durante mucho tiempo.

Una hora más tarde, mi cansancio disminuyó y por primera vez en días, empecé a relajarme y actualmente estaba sentada en uno de los taburetes de la cocina mientras veía a mamá cortar graciosamente las zanahorias en finas rodajas.

—¿Cómo está Killian?— Preguntó de la nada.

Mi corazón dio un vuelco. Carraspeé. —Él está... bien.

—¿Está todo bien entre ustedes dos?

—¿Por qué preguntas?— Estaba evitando su pregunta, no quería responderla.

—Porque quiero saber si él es la razón por la que estás tan emocional.

—No es él, es las hormo

— Ella desestimó mis palabras con un gesto de su mano. —Ni empieces con que son las hormonas porque no me lo creo. ¿Te está tratando bien?

Suspiré. No podía ocultarle nada. —No ha estado en casa en días.

Dejó el cuchillo y puso las zanahorias en un bol de plata. —¿Qué hiciste?

—¿Por qué piensas que fui yo quien hizo algo?

Se detuvo para mirarme. Su rostro se relajó. —¿Me equivoco?

Mis hombros se hundieron. —Bueno, técnicamente, no. Hice algo horrible y ha estado evitándome desde entonces.

Me llevó diez minutos intentar explicarle todo en detalle, omitiendo las partes de que nuestro matrimonio no era ideal desde que ella todavía lo consideraba su yerno estrella.

—Oh, cariño.— Suspiró cuando sequé la lágrima que se escapó de mis ojos. —Está bien.— Caminé alrededor del mostrador hacia mi lado y sostuvo mi mano. —Yo también he cometido muchos errores en mi vida, sabes. No tienes que castigarte por ello.

—¿Y si nunca vuelve conmigo?— Honestamente, ese era mi peor miedo.

Ella apretó mi mano. —Volverá, cariño, volverá. Está de luto ahora, la mayoría de los hombres son así, algunos más que otros. Toma a tu padre, por ejemplo...— Sus ojos se entristecieron por un momento y los cerró, sin duda luchando con el pensamiento de mi padre, ese hombre mítico que nunca conocí. —Sabes qué,— abrió los ojos. —Mejor no hablemos de tu padre pero lo que quiero decir,— alcanzó mi mejilla y limpió mis lágrimas. —Volverá. Solo dale tiempo.

Respiré hondo. —¿Crees?

Asintió y logró una sonrisa. —Pero si tarda demasiado, tírale de las orejas y recuérdale que estás llevando a su hijo y que necesita ser un padre y un amante.

Reí a través de mis lágrimas. —Gracias, mamá.

—Ven aquí.— Me abrazó con fuerza. —Por favor, intenta no pensar demasiado en las cosas. No es favorable para mi nieto. Solo relájate y deja que las cosas sucedan como deben.— Sus sinceras palabras me reconfortaron. Las lágrimas no deseadas pinchaban mis ojos mientras me aferraba a ella. —Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, mi querida.— Sus ojos estaban rojos por las lágrimas contenidas mientras me soltaba y me acariciaba el cabello.

El viaje de vuelta a casa fue lento y atrapado en el tráfico de la hora pico. Para cuando regresé, la tristeza se hinchó y me arrastró, y fue un shock cómo logré mantenerme compuesta.

Mamá tenía razón, tal vez solo necesitaba darle más espacio, pero no demasiado. Podía hacerlo. Al menos eso creía pero en el momento en que entré en la casa y el olor exótico de Killian me golpeó, mi control se rompió y duros sollozos me sacudieron. Tal vez no era tan fuerte después de todo.

Lo extrañaba. Dios, lo extrañaba tanto.

Me obligué a entrar en la ducha, deliberadamente omitiendo mi comida de la noche, con la esperanza de que donde quiera que estuviera, lo sintiera y viniera a regañarme.

Cuando terminé, me sequé y me puse una de mis camisetas, y justo en el proceso de prepararme para la cama, escuché un estruendo en alguna parte fuera de la casa, haciendo que mi corazón latiera de miedo.

Mi estómago se sentía inestable mientras salía de la cama. No quería dejar esta habitación. ¿Y si era demasiado peligroso? Por todo lo que sabía, podría ser un ladrón que había estado acechando la casa y se había dado cuenta de que Killian no había estado en casa.

El recuerdo de esa vez cuando un ladrón entró en la casa de mi madre y golpeó a Scott cuando intentó defendernos me vino a la mente y mi corazón latía fuertemente.

Caminé de un lado a otro, contemplando si debía salir o no. Cuando el estruendo sonó de nuevo, esta vez cerca de la casa, supe que algo no estaba bien y cuanto más esperaba, menos oportunidades tenía de salvarme.

Ni un segundo más tarde, después de pensar profundo, decidí dar el salto de fe.

Abrí la puerta y di dos pasos fuera, mirando hacia la izquierda y la derecha. Cuando todo parecía en su lugar, salí y agarré un jarrón antes de bajar las escaleras.

Podría haber llamado a Killian pero tenía la sensación de que todavía me tenía bloqueada y tardaría al menos 30 minutos en llegar alguien, tiempo suficiente para cometer un asesinato.

Mi corazón latía con fuerza cuando bajé los últimos escalones hacia la sala de estar y sentí que mi corazón amenazaba con salirse de mi pecho mientras la puerta principal temblaba y, cuando finalmente se abrió, mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Killian?— Una sensación aguda se disparó directamente a mi corazón y me quedé paralizada mientras él entraba tambaleándose, devorándose con sus ojos. Había algo anormal; la tensión en su mandíbula, las ojeras, la mirada de incomodidad.

—Hope...— Se tambaleó, tratando de sostenerme y yo extendí la mano para sostenerlo también, pero nunca llegó a mis brazos porque se desplomó justo frente a mí y grité.

• Capítulo 53

Hope

El momento en que Killian se desplomó frente a mí, todo se volvió una neblina. Mi cerebro hizo cortocircuito y no fue hasta que llegó el doctor Jones que recuperé poco a poco mis sentidos.

—Estará bien.— Me aseguró. —Tuvo un desmayo, ocurre a veces cuando consumes demasiado alcohol. Sus niveles de azúcar también estaban altos, pero he podido estabilizarlos, así que una vez que haya descansado, se pondrá en pie.

Me desplomé de alivio, girándome hacia la cama para mirar la aún inconsciente forma de Killian. —Muchas gracias. Gracias por venir aquí con tan poco aviso.

Él me sonrió sinceramente. —Es mi trabajo. Solo asegúrate de que permanezca en cama y lejos del alcohol.

Asentí y lo ayudé a recoger antes de despedirlo de la casa. Cuando volví, Killian seguía dormido, luciendo terriblemente pálido con el dolor retorcido en su hermoso rostro. Arrastré una de las sillas de su habitación al lado de su cama y me senté. El nivel de calor que irradiaba de la cama era alarmante y mi estómago se anudó de preocupación cuando alcancé a tocar su frente y descubrí que su piel estaba ardiendo.

¿Por qué estaba bebiendo?

Una pesadez se asentó en mi vientre ante ese pensamiento.

Aparté el cabello pegado en su frente y eché un vistazo al reloj. Eran unos minutos pasada la una. Quería dormir pero no podía. Estaba cansada, tenía sueño, pero no quería dormir. Sin embargo, en algún momento, sentí como si lo hubiera hecho porque de repente desperté con un dolor de cuello al siguiente día y gemí cuando la luz del sol iluminaba mi rostro.

Killian seguía dormido, con el sudor goteando por su cara y pecho desnudos. Su piel había comenzado a recuperar sus colores y eso, de alguna manera, me permitió respirar aliviada.

Cuando las persianas ya no pudieron contener los potentes rayos del sol que se colaban, me levanté y me moví en silencio, tratando de evitar molestarlo mientras cerraba las cortinas.

Al cerrarlas, volví a mi asiento y tomé una servilleta limpia, decidida a limpiar el sudor de su rostro. Me incliné para hacerlo, pero su mano se disparó y atrapó la mía con los ojos todavía cerrados. —¿Qué estás haciendo?

Respiré hondo. Inmediatamente retiré mi mano de su firme agarre. —Lo siento, estabas sudando mucho y quería limpiarte un poco.

Levantó sus pesados párpados, sus ojos índigo capturaron los míos y sentí el aire en mis pulmones estancarse por un momento. —¿Cómo... llegué aquí?

—Regresaste a casa ayer y de repente te desplomaste, el médico dijo que tuviste un desmayo—, le dije, notando lo resecos que estaban sus labios. —Deberías beber algo de agua.— le insté, tomando la botella que había dejado en su mesita de noche y ofreciéndosela, pero la empujó lejos, esparciendo el agua sobre la cama y el suelo.

—¡Oh, Dios mío!— Me levanté rápidamente, valorando los daños mientras colocaba un paño seco en el lado de la cama que ahora estaba empapado.

—¿Te pedí agua?

Negué con la cabeza, sintiendo cómo florecía el dolor en mi pecho. —Lo siento.— No tenía mucha experiencia en cuidar a alguien. —Parecías tener sed.

—Pues no la tengo.— Respondió él con brusquedad y luego siseó de dolor al forzarse a sentarse.

—Killian, por favor no hagas eso.— Entré en pánico, pero él me empujó y deslizó sus piernas al borde de la cama.

—Necesitas volver a acostarte.— Le rogué, alcanzando su brazo, pero él apartó mi mano bruscamente.

—No me toques.

Intenté controlar mis emociones porque no era momento de llorar. —Está bien, no lo haré, pero por favor acuéstate y descansa.

Él me ignoró y se puso de pie. Podía decir que la habitación giraba en sus ojos porque casi

perdió el equilibrio, pero terminó apoyándose en la pared.

—Killian, por favor no estás bien. Deberías acostarte.— Persistí, a pesar de que comenzó a dar pasos desorientados alejándose de mí.

Dejé el paño empapado y lo seguí con cuidado. —Por favor, vuelve a la cama.

—No me digas qué hacer. No sabes nada.— Estalló y sentí los ojos arder con la necesidad de llorar, pero contenía todo dentro.

—Killian, el médico dijo

—

Se detuvo y me dirigió una mirada oscura que me cerró la boca.

—¿Dónde están mis llaves?

—No volviste a casa con tu coche—, murmuré, siguiéndolo en silencio.

—Mierda.— Se lamentó y siguió caminando, luciendo desorientado, y en algún momento, se apoyó contra la pared, tomando respiraciones profundas.

—Killian—, me apresuré a su lado, mi mano en su hombro mientras seguía jadeando.
—Necesitas

—

—¿Qué parte de no me toques no entiendes?— Volvió a estallar y retrocedí, las lágrimas picándome los ojos.

—Solo estoy tratando de ayudarte.

—No necesito tu ayuda estúpida, así que deja de actuar como si
— sus palabras vacilaron mientras perdía el equilibrio nuevamente, pero lo atrapé a tiempo, su peso haciéndome gemir.

—No estás bien, Killian, puedes seguir enojado conmigo todo lo que quieras, pero te voy a llevar de vuelta a la cama ahora.

No dijo nada, pero supe que estaba de acuerdo conmigo. Coloqué un brazo alrededor de su cintura, el otro sobre sus hombros y lentamente lo conduje de vuelta a su habitación.

Tres horas más tarde, después de que se hubiera dormido y despertado nuevamente, se sentía notablemente mejor, no bien, pero lo suficientemente estable en sus piernas como para caminar hacia el baño y ducharse sin mi ayuda.

Después de ducharme, pasé la mayor parte del tiempo en la cocina, tratando de preparar un almuerzo saludable. Cocinar realmente no era mi fuerte y me hice varias ampollas tratando de picar las verduras. Una hora más tarde, cuando estaba segura de no haber creado un desastre y la comida sabía bien, llevé la porción de Killian a su habitación.

Llamé y luego entré. Estaba sentado en su cama, recostado en el cabecero mientras tecleaba furiosamente en su portátil.

Suspiré, no parecía suficientemente bien como para estar trabajando, pero sabía que era mejor no discutir con un hombre en estado incontrolable.

—Traje el almuerzo—, anuncié, colocándolo en su mesita de noche.

Giró la cabeza hacia ello y luego me miró con una expresión algo seca. —Quítalo. No tengo hambre.

La preocupación frunció mis cejas en una línea arrugada. —¿Pero por qué?

—No tengo hambre.— Dijo, volviendo su atención al portátil.

—Killian, necesitas comer—, le rogué. —No te recuperarás si no lo haces.

—No tengo hambre.— Dijo en tono gruñón, procediendo a ignorarme.

Respiré hondo. —Pero no has comido nada en todo el día.

—Lo sé y he dicho que no tengo hambre.

—Killian, por favor, solo

— —¿Qué problema hay, mujer?— Estalló. —He dicho que no tengo maldita hambre, así que deja de tratarme como si fuera un niño enfermo. Puedo cuidarme solo.

Fruncí el ceño. —No, no puedes. Si pudieras, no te habrías emborrachado hasta el punto de desmayarte.

Inclinó la cabeza y arqueó una ceja de manera irritantemente condescendiente. —¿Vas a jugar al juego de las culpas?

Mis labios se apretaron. —No, yo

—Entonces no te atrevas a darme lecciones sobre qué hacer y qué no hacer.

Definitivamente estaba tratando de provocarme. Conté mentalmente hasta cinco antes de soltar un suspiro exasperado. —Solo quiero que comas, Killian.

—Y dije que no tengo hambre. Ahora deja de rondarme como un parásito y hazte útil en otro lugar.

Mis mejillas se ruborizaron de ira. Ya había tenido suficiente de sus cambios de humor. —Todo lo que he estado tratando es ayudarte, pero ya que tan desesperadamente quieres estar solo. Bien.

—¡Bien!— Exclamó.

—¡Bien!— Salí de su habitación, sintiendo que me costaba respirar, y para cuando llegué a mi habitación, jadeaba de esfuerzo, tratando de contener las lágrimas, pero en algún momento, me rendí, dejando caer unas pocas.

¡Dios! ¡Era tan insoportable!

No nos hablamos el resto del día. Me quedé acurrucada en mi habitación, tratando de dormir, pero ¿cómo iba a hacerlo sabiendo que estaba ahí y probablemente necesitaba mi ayuda para algo pero su orgullo no le permitiría pedirla?

Cuando escuché ruidos de movimiento por la casa, supuse que estaba de pie, así que decidí dormir un poco, pero no pasó mucho tiempo hasta que un trueno me despertó.

El trueno retumbó de nuevo y miré por la ventana para ver que llovía tan fuerte que me sorprendió haber estado dormida tanto tiempo.

Eché un vistazo al reloj de la mesilla de noche. Eran las siete de la tarde.

La necesidad desesperada de ver a Killian me abrumó.

¿Por qué estaba tan enfadada con él?

¿Tenía siquiera derecho a estarlo?

La frustración me consumía mientras salía de la cama. Antes de poder detenerme, salí de mi habitación y bajé por el pasillo. Mi orgullo estaba en juego, pero no me importó. Su puerta estaba cerrada. Toqué unas cuantas veces, pero nadie respondió.

—Killian, ¿puedo entrar?

Cuando no obtuve respuesta, supuse que sería difícil oír mis golpes debido a la lluvia, así que abrí lentamente la puerta y entré.

La cama estaba vacía. Miré alrededor de la habitación, pero no había señales de él, y no fue hasta que oí la ducha funcionando que me di cuenta de dónde estaba.

¡Dios, su habitación estaba hecha un desastre! Me apresuré hacia su cama y vi el plato del almuerzo que había dejado antes. Al levantar la tapa, estaba vacío. Después de todo, se lo había comido.

Con una sonrisa en el rostro, recogí sus almohadas y arreglé la cama, ya que sabía que era un mimado y él no lo haría por sí mismo.

Justo en el proceso de sacudir las almohadas, escuché que la puerta del baño se abría.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Lo siento.— Dejé inmediatamente la almohada y me giré para mirarlo.

Solo llevaba una toalla blanca y verlo así me dejó sin palabras.

Me aclaré la garganta. —Vine a disculparme por lo de antes, pero como no respondiste

después de llamar un par de veces, solo, um, entré y pensé en ayudarte con la cama.

Levantó una mano cansada y se sacó el pelo mojado de la cara. —De acuerdo, ahora sal.

Entrelacé mis dedos. —Lo siento.

—Creo que ya he escuchado suficiente de eso, por favor usa la puerta y déjame en paz.—
Se dirigió a la cama.

Tragué.

—Solo

— Quiero que sepas que estoy aquí para ti y sé que no me has perdonado, pero estoy dispuesta a hacer lo que sea para recuperar tu perdón.

Estuvo callado un momento. Honestamente esperaba que pudiera ver cuán sinceras eran mis palabras porque no había otra manera de demostrar lo arrepentida que estaba realmente.

—¿Cualquier cosa?

Asentí con entusiasmo. —Sí, cualquier cosa, solo dímelo.

Permaneció callado de nuevo, evaluándose con la mirada. Después de lo que pareció una eternidad, toda su actitud cambió y con los ojos entrecerrados, oscuros de ambición, habló.
—Desnúdate.

Se me secó la boca. Estaba segura de no haber escuchado bien. —¿Qué has dicho?

—Dije... desnúdate.

• Capítulo 54

Hope

Mi corazón latía con fuerza y la adrenalina se disparó por mi cuerpo. —¿Quieres que me desnude?

Me observó, no, me miró a través de mí, como si no hubiera dicho nada, como si no significara nada, y luego cruzó los brazos, impaciente con tanta arrogancia y animosidad al responder. —Si no lo vas a hacer, deja de tonterías y vete.

Por alguna razón, mi garganta se sentía demasiado seca. Tragué. —No es que no quiera, solo creo que este no es el momento para

—

—Has dicho que me amas.— Me cortó. —¿Qué tal si lo demuestras? Quítate la ropa ahora y no lo repetiré.

Mi corazón retumbaba en mi pecho y no estaba segura de qué hacer. Una parte de mí quería correr, otra parte de mí quería quedarse y razonar con él, y otra parte simplemente quería golpearlo hasta que se diera cuenta de que en este momento estaba siendo un insoportable cretino conmigo.

—Lo haré porque quiero que veas lo arrepentida que estoy—, dije, inhalando profundamente antes de agarrar el dobladillo de mi jersey. —Y cuánto quiero compartir tu dolor contigo.

Él no dijo nada, apenas observándome bajo su mirada cubierta. Tomé una respiración profunda y deslicé mi jersey por mi cabeza. El aire fresco acarició mi piel desnuda, haciendo que mis pezones se endurecieran, recordándome que estaba descubierta.

Me resultaba difícil sostener su mirada, sabiendo que solo estaba vestida con mis pantalones cortos. Dios, me sentía tan expuesta, más de lo que nunca había estado con él. Esto no estaba bien. No se sentía bien. Este no era el Killian del que me había enamorado.

—¿No fui claro con mi instrucción?— Su tono era un hecho consumado.

Sacudí todos mis pensamientos y tragué saliva mientras alcanzaba mis pantalones cortos y me los quitaba, quedando completamente desnuda y vulnerable frente a él.

Mis entrañas luchaban entre sí mientras esperaba que él dijera algo más, pero él estaba callado y así se mantuvo durante unos treinta segundos hasta que finalmente desdobló su brazo y consideró la cama. —Ponte a cuatro patas.

Parpadeé una y otra vez, mis labios abriéndose para adaptarse a mi respiración.

—No me hagas repetirlo.— Sus ojos ardían en los míos, dejándome casi sin aliento por su intensidad, recordándome que él era capaz de hacerme cosas muy crueles.

Mi pecho dolía. Él quería quitarme mi orgullo haciendo esto. Él quería degradarme tanto que podía sentirlo. Sus intenciones eran claras y vívidas y debería haber puesto fin a esto, pero lo dejé, como el tonto, lo dejé. Me moví hacia la cama.

No tenía elección.

Si esto era lo que él quería, entonces él podía tenerlo porque Killian Fobster me tenía a su merced y lo sabía.

Conté hasta tres y me posé en el borde de la cama, observando cómo él caminaba con determinación hacia mí.

Todo su comportamiento cambió en una fracción de segundo. Mi corazón retumbaba.
—Killian, yo

—
—Te dije. Que. Te. Pusieras. A. Cuatro. Patas.— Conocía ese tono, sabía que no iba a ganar.

Inhalando bruscamente, me di la vuelta, colocando ambas manos y rodillas sobre la cama. Esta posición era difícil, realmente difícil.

—¿De verdad quieres compartir mi dolor, eh? ¿Crees que entiendes un ápice de lo que siento por dentro? ¿Piensas que suplicar será suficiente para cortar el vacío permanente que has dejado en mi corazón?

El miedo me destrozaba ante el peso de sus palabras. Tragué saliva. —Killian, todavía podemos hablar de esto.

—Se acabaron las palabras. Ya que tanto quieres quitarme el dolor, te lo daré.

Apenas tuve tiempo de procesar sus palabras antes de que una bofetada resonara en mis nalgas, el sonido áspero resonando alrededor de la habitación y enviando un grito desde lo más profundo de mi garganta.

Jesús cr

—
Mi espalda se arqueó, un grito salió de mis labios mientras otra bofetada sonaba. —¿Te duele?

Mordí con fuerza mi labio inferior para contener mi quejido.

¿Por qué me hacía esto?

¿Por qué me castigaba tanto?

¿Acaso no le importaba que estuviera embarazada?

¿Acaso no le importaba que esto pudiera lastimarme?

—Te pregunté, ¿te duele?

Las lágrimas picaron en mis ojos. —No...— Susurré, negando con la cabeza. —No, no duele.

—Bien.— La siguiente bofetada fue suficiente para sacarme el aire de los pulmones. —Killian...— Cerré los ojos con fuerza y gemí mientras el dolor se expandía por mí.

—¿Te duele?— Preguntó de nuevo mientras continuaba descendiendo fuertes bofetadas en mis nalgas.

—No—, susurré, agarrando fuertemente las sábanas mientras las lágrimas brotaban en mis ojos. No quería llorar, Dios, no quería pero no podía evitarlo. No podía evitar nada de esto.

—¿Te duele?

Casi me ahogo con mi saliva cuando me golpeó de nuevo y el dolor latía tanto que lo sentía en mi estómago. Mi bebé.

—Killian...— Alcancé a decir con una respiración ronca pero mis palabras se deslizaron de vuelta en mi garganta en el momento en que me abofeteó y lo hizo una y otra y otra vez hasta que mi desesperación era tan profunda que no podía convocar ningún sentimiento en absoluto.

Me había entumecido y cada golpe, cada pinchazo me empujaba a una decisión que nunca quise tomar.

Iba a irme.

Este hombre era un torbellino de emociones y no era bueno para mí ni para este bebé y era una tonta si pensaba que esto podría funcionar. Era una tonta si pensaba que él podía cambiar.

Luché por respirar.

Había sido una idiota. Pensé que realmente me amaba, pero él tenía razón todo el tiempo. No iba a amarme solo porque estaba llevando a su hijo.

¿De qué me había servido amarlo?

Había seguido mi corazón y terminé con nada más que dolor.

Ahora no importaba porque todo esto iba a terminar esta noche.

Y me iba a asegurar de ello.

• Capítulo 55

Hope

Desearía haber una manera de apagar todo lo que sentía.

El dolor, la tristeza, la ira, el daño, el agotamiento. Respiré hondo, mis ojos llenos de tantas lágrimas que nublaban mi visión.

Así que esto era lo que se sentía confiar en alguien y luego que rompieran esa confianza.

Cuando Isabella dijo 'dar tu confianza a alguien significaba entregarles un puñal para apuñalarte', no entendí lo que quiso decir, pero ahora, sentada aquí en un dolor y desdén absoluto, me di cuenta de que sus palabras no podían ser más ciertas porque se sentía como si un puñal hubiera sido clavado directamente en mi pecho.

—Hope—, me llamó Killian, su respiración rápida y entrecortada. Era como si una niebla se levantara de sus ojos y él pudiera ver claramente el daño que me había hecho. —Cariño...— Extendió su mano para tocarme.

—No...— Supliqué, agarrando las sábanas más cerca de mi cuerpo. —No... Tócame, por favor.

—Está bien, no lo haré cariño. Lo siento cariño. Me dejé llevar.— Suplicó, sus ojos rogándome mientras un torbellino de emociones cruzaba su rostro. Quería creerle, mi corazón sangraba por una segunda oportunidad para razonar con él, pero mi cerebro establecía un argumento muy defensivo. No iba a ser engañado otra vez.

Sacudí las lágrimas de mis ojos con el dorso de mis manos enojada.

Desearía tener la energía para abofetearle y gritarle por haberme herido tanto, pero no tenía fuerzas. Era demasiado débil y quería quedarme allí hasta que el dolor ya no menguara, pero incluso respirar el mismo aire que él me intoxicaba.

Usé lo que quedaba de mi fuerza y me empujé fuera de la cama, ahora de pie con piernas temblorosas.

Él se levantó conmigo, casi extendiendo sus brazos para sostenerme cuando tambaleé, pero

retrocedí.

—¿A dónde vas?

Agarré mi camiseta y silbé de dolor. —A mi habitación.

—¿Puedes caminar?— Me preguntó, dando un paso adelante. —Te ayudaré.— Dio otro paso hacia adelante.

—No, por favor.— Retrocedí de él y él se detuvo. —Solo necesito estar sola.

No esperé su respuesta, tampoco la dio. Simplemente se quedó ahí, mirándome mientras recogía mis pantalones cortos y salía.

No me siguió. No sabía si me sentía aliviada o herida, pero solo seguí moviéndome lentamente en dirección a mi habitación.

En el momento en que entré, mis lágrimas estallaron y traté de contener mis sollozos, pero simplemente no cedían. Lloré porque estaba herida y enojada y triste y confundida.

¿Qué hago?

¿A dónde voy?

Mis pensamientos estaban todos desorientados y amortiguados. No podía ver una salida a esto. Había dejado que él invadiera mi vida tanto que no podía imaginar nada sin él en ella.

Con mis lágrimas empapando mi camiseta, caminé hacia mi armario, alcancé mi maleta y empecé a meter cosas dentro a ciegas.

El pensamiento de no ver a Killian otra vez prácticamente me ahogaba, pero esto era un mal necesario porque nunca le iba a dar la oportunidad de golpearme así nunca más. Con manos temblorosas, me quité mi anillo de matrimonio y lo dejé sobre la mesa, luego me metí en el baño y empaqué mis artículos de aseo, obligándome a que mis lágrimas se detuvieran porque él no merecía mis lágrimas. Él no merecía ni a mí ni a este bebé. Mis manos temblaban, me detuve y me obligué a inhalar y exhalar antes de continuar.

Mi puerta se abrió. No me giré.

—Te traje algo para el dolor...— Se quedó cortado. —¿Estás haciendo las maletas?

Cerré mi maleta y giré, ignorándolo mientras trataba de salir por la puerta pero él se paró frente a mí, bloqueándome el paso. —Hope, ¿qué estás haciendo?

Mi voz todavía temblaba pero logré hablar. —Me voy.

—¿Irte?— Se veía confundido. —¿Por qué, a dónde?

—Me voy de ti, Killian. Estoy cansada, por favor, déjame ir.

Intenté esquivarlo, pero él bloqueó mi camino. —No te vas a ir de mí.— Afirmó con firmeza. —No puedes.

—No es tu decisión tomarla.— Pasé junto a él y me dirigí hacia la puerta, pero él me ganó, sujetando el marco de la puerta. —No entiendes. No te voy a dejar ir. No puedes.

—Sí, Killian. Sí, puedo.

No lo estaba tocando, pero podía sentir cómo su cuerpo se tensaba. —Hope, me disculpé. Dije que lo sentía. Nunca quise lastimarte así.

Respiré hondo. —Ya he tomado una decisión.

—Joder.— Apoyó más fuerte el marco de la puerta. —Esto no es suficiente para que te vayas.

—Tú no decides qué es y qué no es suficiente. Estoy harta de ti. Ahora por favor déjame ir.

—No, no te dejaré ir, no te dejaré dejarme, dijiste que no lo harías, dijiste que eras mía.— Su guardia bajó para revelar al hombre completamente roto que era. —Hope por favor.— Su pecho se alzaba y bajaba con respiraciones pesadas, sus labios temblaban mientras seguía adelante. —Lo siento por haberte lastimado. Lo compensaré. Me importas tú y este bebé.

—No, no lo haces.— Me reí amargamente. —Te amé, Killian, me dejé ser vulnerable a ti a pesar de todo lo que has hecho, pero ¿qué me diste a cambio?— Inhalé un profundo suspiro. —Aprovechaste mis sentimientos y me lastimaste. Me has lastimado física y emocionalmente y ya no puedo soportar esto.

Me moví para pasar por su lado pero él sostuvo mi mano, trayéndome de vuelta. —Hope, espera, por favor no

—

—¡Dije que no me toques!— Me giré para abofetearle tan fuerte en la cara que se giró.

Mi mano ardía, no había querido hacer eso. Había sido un reflejo pero él se lo merecía más.

—Killian, he sido receptora de tu odio y crueldad y degradación. Debería haberme ido, pero no lo hice porque te amaba. Te amaba, Killian. Pero al final, solo me demostraste que estaba equivocada. Y te odio. Dios, cómo te odio.— Me limpié los ojos. —Actúas como un imbécil pero debajo de todo, eres un cobarde y un debilucho que prefiere herir a quien se preocupa por él en lugar de dejar que entren, y siento pena por ti Killian porque vas a terminar solo y te lo mereces. Y no te atrevas a culpar esto a tu pasado porque nunca tuvo el poder de lastimarme. Tú lo hiciste y me lastimaste.

Su rostro cayó y sus ojos se enrojecieron como si estuviera en un dolor insoportable. —Hope...

No esperé a que él hablara, me di la vuelta y bajé las escaleras con mi maleta, lista para salir de este acuerdo al que nunca debería haber accedido en primer lugar.

—Hope, espera.— Él gritó detrás de mí. No sabía que había estado siguiéndome de cerca. No me importaba. Cuando llegué a la puerta, agarré el picaporte como si fuera mi salvavidas.

Cuando él habló de nuevo, su voz era baja y dolorida. Sonaba roto. —Hope... quédate.

Mi pecho se sentía constreñido, mi corazón se apretó y un dolor atravesó mis entrañas. —Se acabó Killian.— Limpié mi mejilla mientras una de mis lágrimas caía sobre ella. —Adiós.

Abrí la puerta y salí.

Ya no quedaba nada para mí aquí. Nada.

• Capítulo 56

Killian

Cuando Hope me dejó, el tiempo se detuvo. No me moví. Me quedé allí, mirando la puerta de entrada con el corazón latiendo a lo que parecía un millón de millas por hora.

Ella iba a volver a mí. No había manera de que pudiera dejarme. Dijo que no lo haría. Dijo que me amaba, ¿no es así?

Obstinado, permanecí allí, mi mente buscando inútilmente razones por las cuales ella no podría posiblemente dejarme. Convencí a mi corazón de que no necesitaba doler todavía porque ella iba a aparecer. Pero a medida que el tiempo continuaba pasando casi audiblemente, me di cuenta de dos cosas; estaba equivocado y Hope se había ido.

Se había ido.

Y yo la dejé ir. Joder, la dejé ir.

Había un latir implacable de mi sangre alrededor de mi cuerpo. Mis pulmones ardían y quería gritar. La dejé ir porque ella me lo pidió. Porque dijo que si me importaba ella, lo haría.

Lo hice. Ella era preciosa para mí. Me importaba ella. No, era más que preocuparme, era más que eso. Mi corazón golpeó contra mis costillas y aspiré una bocanada de aire. La amaba.

Estaba enamorado de Hope Sterling. La amaba. Una presión empujó mi pecho. La amaba y la hice daño y era incapaz de ver algo excepto las obscenas marcas rojas que desfiguraban su delicada piel.

Corrí de vuelta a mi habitación. La adrenalina aumentó y mi corazón chocó contra mis costillas mientras sacaba mi teléfono y probaba su número, pero fue directamente al buzón de voz.

Mierda.

Necesitaba llegar a ella, pero no así.

Hice una llamada a Brad.

No había dormido en toda la noche. A la mañana siguiente, me metí en la ducha.

Mi baño fue rápido. O lento. No podría decirlo, estaba demasiado ocupado pensando en formas de recuperar a Hope.

No podía perderla de esta manera, iba a hacer que me perdonara. Si tenía que, me arrojaría a su merced. Iba a decirle todo lo que sentía.

Con este pensamiento en mente, me puse algo de ropa después de ducharme y tomé mis llaves antes de salir de la casa. Fue entonces cuando el coche de Brad se detuvo frente a mí.

Él salió apresurado. —Recibí tu llamada, ¿qué demonios pasó entre ustedes dos? ¿Por qué se fue?

—¿Podemos no hablar de ello?— Me dirigí hacia su coche, pero él sujetó mi hombro para impedirme caminar más.

—Killian...— Se puso frente a mí y me dio una mirada significativa. —¿Qué hiciste?

La cagué.

Suspiré y cerré los ojos un momento. —La lastimé mucho y no puedo explicar los detalles, pero sólo saber que la lastimé.

—Vale,— exhaló él. —¿Es algo suficientemente grave como para demandarte? Soy tu abogado, necesito saber estas cosas.

Intenté tragar pero mi garganta estaba seca. Joder. ¿Podría realmente demandarme por esto?

—Bien,— preguntó Brad impaciente, esperando mi respuesta.

—No sé, no sé, quizás violencia doméstica.

Sus ojos se abrieron de par en par y dio un paso atrás de mí como si le hubiera escupido en

la cara. —¿Qué hiciste?!— Explotó. —¿Qué te pasa, Killian?!

Pasé la mano por mi cabello y solté un suspiro. —Estoy jodido, lo sé.

—¡Claro que lo estás!— Exclamó él, agitando sus manos en el aire como si fuera obvio. —Desde cuándo te volviste un sádico. Dios, eres un tonto, ¡ella está embarazada!— Escupió.

Lo acepté, era un tonto.

—Sentí tanto dolor, Brad. Creí que tenía el control pero no fue así.

Él exhaló y frotó una mano sobre su rostro mientras sacudía la cabeza. —Estoy tan enfadado contigo ahora mismo,— dijo, paseándose. —Tienes que arreglar esto. ¿Dónde está ella ahora?

—Rastreé su teléfono, está en casa de su madre.

—Vale, necesitamos ir allí ahora mismo.

Asentí. —Cojo mi coche.

—No, yo conduzco. No estás en condiciones de hacerlo. Sube.

Durante el trayecto, Brad me explicó las acciones legales necesarias pero a mí me importaba una mierda todo lo que salía de su boca. Solo quería ver a Hope y decirle lo que sentía para que volviera conmigo.

Cuando llegamos a su casa, no esperé a Brad. —¡Quédate en el coche!— Grité y corrí hacia la casa. Mi corazón se apretó con la anticipación mientras golpeaba la puerta roja. Cuando nadie respondió, toqué otra vez, y otra, y otra, y no fue hasta que estaba preparado para arrancar la maldita puerta de sus bisagras que se abrió y me encontré mirando a la madre de Hope.

Mierda. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho. —Sra. Sterling. Yo— No vi venir la bofetada, pero la sentí. Su mano aterrizó contra el lado de mi cara con suficiente fuerza para girar mi cabeza y hacerme retroceder un paso.

—Tienes el descaro de venir aquí a mi casa después de todo lo que hiciste pasar a mi hija.—

Escupió, su tono destilando hielo.

Sostuve mi mejilla adolorida. Lo merecía.

—Sra. Sterling, lamento lo que le hice a su hija y merezco todo lo que me haga, pero por favor, déjeme hablar-

—Diga lo que quiera aquí y márchese porque mi hija no quiere verlo.— Interrumpió con una voz de acero, manteniéndose firme ante mí a pesar de la gigantesca brecha en vitalidad.

—Se lo prometo, puedo explicar, solo déjeme-

—Debe irse, mi hija fue buena con usted y usted le rompió el corazón. ¿Qué tiene que decir?

Me estremecí. —Por favor, solo necesito-

—¿Qué es todo este alboroto? Hope finalmente está tratando de dormir un poco después de llorar toda la no— Los ojos de Scott se endurecieron cuando llegó a la puerta y me vio. —¿Qué coño haces aquí?— Frunció el ceño, protegiendo a su madre detrás de él.

—Cariño, por favor, maneja esto y haz que este hombre se vaya.— Dijo ella y se alejó.

—Mira, Scott.— Suspiré, odiando tener que convencerlo. —Solo quiero hablar con Hope.

—Ella no quiere verte. Lárgate de aquí.

—La última vez que miré, no te respondo a ti, solo déjame verla.

—Sabes, tienes algunos nervios viniendo aquí después de herir los sentimientos de mi hermana.

¿Sentimientos?

Ella no les dijo.

—Eres afortunado.— Dio un paso amenazante hacia mí. —Por mucho que quiera golpearte en la maldita cara, le prometí a mi hermana que no lo haría.

—Entonces déjame hablar con ella.

—No. Vete.

—No me iré hasta que hable con Hope.— Persistí, dándole la mirada que decía que no iba a ser fácilmente disuadido.

—Vete, Killian.— Me empujó los hombros con fuerza. —No quiero tener que patear tu bonito trasero aquí en la calle.

—Patea mi trasero todo lo que quieras pero me quedaré justo aquí hasta que me dejes ver a Hope.— Dije con tono burlón, empujándolo hacia atrás unos dos metros sólidos.

Se recuperó antes de tropezar y avanzó de nuevo. —¿Quieres pelear conmigo?— Flexionó su brazo, enroscándolo en un puño como si estuviera listo para golpearme. —¿Realmente quieres pelear conmigo?

—Puedes cortar la maldita actuación de superhéroe y dejarme ver a Hope.

Sus ojos se oscurecieron con desprecio y sus puños se cerraron hasta que se volvieron blancos. Iba a golpearme, pero efectivamente, yo no me moví.

Él balanceó su puño y golpeó mi cara. Dolió tanto que me dolió la cabeza. Quería más. —¿Eso es todo lo que tienes?— Reí, aunque no había humor en ello. —Todavía golpeas como mi maldita abuela muerta.

Volvió a cerrar los puños. —No me provoques.

—Vamos chico, ¿dónde está la rabia que has estado guardando desde el día en que me acosté con tu novia en mi escritorio?

—¡Hijo de puta!— Se lanzó contra mí y colisionamos. —¡Jódete!— Me agarró la camisa y me sujetó mientras me golpeaba y yo le incitaba porque necesitaba esto. Necesitaba sentir dolor, si lo hacía, lo que sentía en mi corazón dolería menos.

Mi nariz se obstruyó mientras la sangre corría por ella y manchaba mi camisa. Aspiré profundamente por la boca. —Deja de actuar como si esto fuera por tu hermana.— Escupí a sus pies. —Todavía estás dolido porque tu querida dorada prefirió mi cama a la tuya y te dejó antes de que la tinta en el papel del contrato se secara.

—¡Cállate o juro que te mataré!— Rugió, dándome otro golpe que paró el corazón.

—Te reto marica.— Dije sin aliento, sabiendo que lo que había dicho me costaría otro ojo morado.

—Te mataré, Killian.— Dijo con un gruñido feral mientras apretaba el agarre en mi camisa y me asfixiaba al punto que suplicaba por aire. —¡Te lo juro!— Gritó, apretando sus puños sangrientos y cerré los ojos, esperando el golpe que sería mi perdición, pero nunca llegó porque la puerta de enfrente de repente se desbloqueó y cuando mis ojos parpadearon abiertos, Hope estaba allí.

—Scott, ya es suficiente.

De repente recuperando fuerzas, planté mi mano en su pecho y lo empujé lejos de mí. Apenas podía ver con claridad porque mis ojos se cegaban con sangre, pero sabía que ella estaba allí, mirándome pálida. —Hope... He estado tratando de llamarte pero no has estado respondiendo.

—Eso es porque ella no quiere hablar contigo, capta la indirecta, idiota.— Gr at Scott, protegiéndola prácticamente detrás de él.

—Fuera de esto. Esto es entre mi esposa y yo.

Ella no me miró. —Scott, por favor déjanos solos un momento.

—No voy a hacer eso. Él necesita irse.

—Scott—. Ella sujetó su brazo y lo acarició suavemente. —Por favor, déjame manejar esto.

Él estaba desafiante, pero accedió. —Si me necesitas, solo llama mi nombre.— Dijo y me envió una mirada letal antes de volver a entrar en la casa y cerrar la puerta.

Mi pecho jadeó mientras forzaba una respiración. Podía decir que parecía una mierda, pero

me sentía mucho peor por dentro porque, en este momento, la mujer que amaba me miraba con tanto dolor y desdén.

Di un paso adelante, pero ella retrocedió como si mi toque quemara. Probablemente lo hiciera. Me dolió, pero mantuve mi distancia. —No les dijiste lo que pasó.

No lo hice por ti, así que no pienses ni por un segundo que te he perdonado o que quiero verte. Simplemente no quiero problemas.

—Hope, lo siento. Lo digo en serio.

—Si eso es todo lo que tienes que decir, entonces puedes irte.

—De hecho, tengo más que decir.— Joder, ¿qué debería decir? Había ensayado en mi mente lo que quería decir de camino aquí, pero con solo mirarla, todo se esfumó.

Si le dijera ahora que la amo, no me creería. ¿Por qué iba a hacerlo? Me he comportado como un imbécil desde que nos conocimos. Si yo fuera ella, tampoco me creería, pero tenía que intentarlo porque no quería perderla.

—Te amo, Hope.

Ella me miró como si no hubiera dicho nada.

—No tienes que mentirme. Por favor, sólo vete a casa.

Sacudí la cabeza. —No, no entiendes. Te amo, Hope y me dije a mí mismo que no era así porque tenía miedo de perder a alguien otra vez, pero el sentimiento se ha vuelto demasiado grande para negarlo.

—No me amas, Killian.— Comenzó con una amargura en su tono que me apretó el pecho. —Eres solo un hombre confundido.

La acidez se arrastró hasta el fondo de mi estómago. —Yo

—Vete y no vuelvas. Y la próxima vez que te vea cerca de mí, me aseguraré de conseguir una orden de alejamiento.— Se dio la vuelta y se enfrentó a la puerta.

—Espera, Hope.— La alcancé.

—¡He dicho que no te acerques a mí!— Me empujó tan fuerte que tropecé y caí, pero me levanté.

—No me hagas esto. Renunciaría a todo lo que quieras que renuncie. Dejaré mi control, me doblaré y me ajustaré por ti. Dame una oportunidad.

Ella sacudió la cabeza, tratando de detener el temblor de sus labios, pero lo vi y mi estómago se tensó. —No puedo. Me lo has quitado todo. Mi decisión en esto es lo único que me queda y no vas a quitarme eso, así que si te digo que te vayas. Puto vete.

—Hope... No puedo. No puedo estar sin ti y no me rendiré. Esperaré días, semanas, meses, lo haría.— Mi pecho se sentía apretado y mi corazón latía en mis costillas mientras miraba fijamente a sus ojos, buscando algo, cualquier cosa, pero era como si mirara a una pared negra. Estaba en blanco. Nada.

—Se acabó, Killian. Vete a casa.— Empujó la puerta, entró y la cerró en mi cara, pero me quedé allí, con el estómago retorciéndose al darme cuenta de que Hope nunca volvería a mí.

Lo arruiné.

• Capítulo 57

Killian

Siempre pensé que estaba condenado por no ser capaz de enamorarme, pero una vez que lo hice, desearía no haberlo hecho porque las dos últimas mujeres que amé me dejaron en un torbellino de emociones rápidas; dolor, arrepentimiento, angustia, agotamiento y, lo más dominante de todo, ira.

Habían pasado cuatro semanas desde que Hope me dejó.

Tres desde que acampé frente a su casa y rogué por una oportunidad para empezar de nuevo, pero Scott me golpeó de nuevo.

Dos desde que decidí seguir el consejo de Brad y visitar su lugar de trabajo con flores y chocolates y un montón de mierda jodida solo para disculparme, pero aun así fui rechazado y recordado que estaba a un paso de una orden de alejamiento.

Y finalmente, una desde que decidí que...

—¿Señor Fobster?

Salí de mi ensimismamiento y levanté la mirada de la pantalla blanca que había mirado tanto tiempo que me ardían los ojos.

Cleo entró, sosteniendo las fotocopias que había pedido, o más bien, exigido a gritos.

No me culpes. La ira que había estado cargando estas semanas era físicamente agotadora y ella parecía ser la víctima perfecta para desatar toda esa ira reprimida.

—¿Dónde quiere las copias, señor?— Su voz todavía tenía ese tono quebrado. Debería haberme disculpado, pero por lo que a mí respecta, el mundo y todo lo demás podrían irse a la mierda.

Volví mi mirada a mi ordenador. —Donde quieras.

Ella dejó las fotocopias en mi escritorio y yo volví a mi pantalla, finalmente extendiendo la

mano para teclear, pero viendo que ella aún estaba parada al otro lado de mi escritorio mirándome, me dejó poca elección y me forzó a reconocerla, aunque hubiera preferido no hacerlo.

—Si esperas una disculpa, no la recibirás.

—No es por eso que estoy aquí, señor.

—Pues escúpelo ya lo que sea que tengas que decir y acaba con esto.

—Los últimos cinco meses trabajando para usted han sido un infierno. Es difícil trabajar con usted, incluso más difícil complacerlo. Es tan dominante que a veces quiero apuñalarlo con los tacones en los que me hace correr millas todos los días.

Suspiré. —¿Estás tratando de que te despida, Cleo? Porque en unos cinco segundos, creo que lo habrás conseguido.

Ella me sonrió. —Lamento si le he molestado, pero simplemente tenía que decirle que, aunque haya sido nada más que un imbécil, no puedo negar el hecho de que he aprendido mucho de usted.— Inhaló profundamente y colocó una carta blanca en mi escritorio.

Mi ceja se arqueó. —¿Estás renunciando?

Asintió de nuevo. —He organizado su agenda para la semana y creado una lista de todas sus necesidades para su próxima asistente. Con suerte, con eso, podrá durar un mes.

Aprieto el puño debajo del escritorio. —Vale.

—Pero señor—, pestañeó como si esperara que mi reacción hubiera sido diferente. Quizás lo habría sido. Quizás si no estuviera nadando en el extremo profundo en este momento con la interminable preocupación por mi mujer o exmujer o lo que sea, le hubiera pedido que se quedara porque ella era lo único constante en mi desordenada vida.

—¿Has terminado ya?

Sus cejas se fruncieron. —Sí señor, he terminado pero señor-

—Pues entonces, que no te pegue la puerta al salir.— Dicho con desgana y volví a mi ordenador, muy consciente de que ella seguía mirándome perpleja. En algún momento captó la indirecta y salió de mi oficina.

Durante la siguiente hora, me quedé allí, intentando componer el correo pero no podía pasar del encabezado porque mi mente estaba nublada con los recuerdos de una mujer que deseaba poder olvidar.

No podía pensar con claridad. Me repugnaba que ella no estuviera aquí, me repugnaba tener que irme a dormir cada noche y despertar cada mañana sin ella a mi lado. Me estaba volviendo loco, incluso más ahora que solo faltaba un mes y algunas semanas para su cumpleaños.

Harto de todo el proceso, apagué mi ordenador, cogí mi abrigo y salí de la oficina.

Hoy había conducido mi coche deportivo negro. Normalmente cambió mi coche según mi estado de ánimo y durante el último mes había sido nada más que negro.

Cuando tomé el volante y encendí el motor, no tenía un destino en mente, pero por supuesto, terminé conduciendo a mi casa. Un lugar que, desde que Hope se fue, se ha convertido en mi infierno personal.

No había vuelto a casa en días, por lo general, me alojaba en uno de los hoteles cerca de la empresa. No podía soportarlo, había demasiados recuerdos de ella.

Aparqué en el garaje y entré en la casa, quitándome piezas de ropa mientras lo hacía.

La sala de estar estaba llena de su aroma, su toque, todo menos su presencia, y odiaba estar aquí pero ya no podía evitarlo, y mientras caminaba hacia la cocina, estaba torturado con imágenes de cómo se veía cada vez que cocinaba el desayuno o más bien intentaba cocinar.

La última imagen que tengo de ella destelló en mi cabeza. La que tuve cuando entré en la cocina y la pillé bebiendo leche de cabra en mitad de la noche.

Cerré los ojos y apreté el puño, intentando alejar el dolor que me retorció las entrañas. Joder. Ya es suficiente. Pasé los dedos por mi cabello e intenté exprimir los pensamientos de Hope de mi cabeza y salí, dirigiéndome al minibar por una bebida muy necesaria.

Busqué el whiskey más viejo que pude encontrar y me serví un mega vaso aunque el día

aún era más joven que el mediodía.

La quemadura del alcohol llegó directo a mi pecho.

Era muy consciente de que beber no me quitaría el dolor pero, por mucho que intentara sujetarme a solo dos tragos, terminé ahogando toda la botella, y no fue hasta que me levanté para ir al cuarto una hora después que todo el alcohol realmente me golpeó.

Estar borracho nunca fue una sensación que disfruté. Era algo que normalmente despreciaba. Pero esa noche, se sentía bien.

Tropezaba subiendo las escaleras, pero en lugar de caminar por el pasillo a mi habitación, terminé entrando en la de Hope. Estaba tal y como ella la había dejado.

Miré su cama deshecha y el pensamiento de que ella nunca volvería a dormir en esta cama me apretó las entrañas, y una locura frenética se apoderó de mí mientras cogía el jarrón de flores de su mesita de noche y lo estrellaba contra el suelo.

Se rompió, los pedazos rebotaron en rincones invisibles.

Se sintió bien.

Agarré una de las novelas que había dejado atrás y arranqué las páginas antes de desgarrarla y dejarla caer lamentablemente al suelo como hojas muertas.

El libro no bastaba. Busqué cualquier cosa rompible y la arruiné, una tras otra, la siguiente. Y la siguiente. Todas ellas. Cada recuerdo, cada sueño lúcido, cada maldita cosa que hizo que mi corazón tronara. Lo arruiné todo y cuando finalmente destruí todo lo que podía ser destruido, me quedé de pie, respirando pesadamente, y miré la carnicería en el suelo.

No funcionó. Quería no sentir nada, pero no funcionó. No podía escapar de ella, ni siquiera sabía si alguna vez podría. Quería hacerlo, pero cada vez que lo intentaba, mi cabeza se sentía como si fuera a explotar.

¿Por qué era tan difícil? ¿Por qué dolía tanto el corazón?

Me desplomé en su cama. Joder, habíamos tenido sexo aquí. También en el sofá. En todas partes. Cubrí mi cara con su almohada e inhalé su aroma. Cerré los ojos y casi podía imaginarme

que ella estaba aquí, envolviéndome con sus brazos, llevándome a un lugar donde ya no dolía.

• Capítulo 58

Hope

Todavía no sabía cómo había logrado vivir a través de mi síndrome post-Killian de 31 días, pero durante las últimas cuatro semanas, todo dolió.

Adelantamos a hace dos semanas cuando decidí mudarme de la casa de mi madre.

Intenté no ser amarga por lo fácilmente que ella había perdonado a Killian y me había pedido que volviera con él. No podía culparla. Siempre había sido conversadora y creía que una mujer debía permanecer con su esposo en todo momento.

Me preguntaba si esa ideología habría cambiado si le hubiese explicado cómo él me había dado una palmada en el trasero tan fuerte y malvada que me dejó dolorida por semanas.

Dios, debería odiarlo, pero la verdad es que no lo hacía. No podía, no con la forma en que ocupaba mis pensamientos.

Ni siquiera podía escapar de él en mis sueños. Memorias tortuosas cruzaban mi mente cada noche y no ayudaba que me hubiese olvidado mis vibradores en su casa.

A pesar de todo, sabía que aún lo amaba más de lo que él era capaz de amarme y una relación desigual me destruiría, sin mencionar el pésimo ejemplo que establecería para mi hijo, y sabía que no tenía mucho que ofrecerle todavía, pero si había algo de lo que estaba segura es que no le faltaría el amor que tenía para dar.

Con eso en mente, expulsé todos los pensamientos ansiosos sobre Killian Fobster e intenté concentrarme simplemente en mi vida.

No lo necesitaba.

No necesitaba a nadie.

Solo necesitaba mis propias dos manos.

Era muy buena resistiendo dificultades y había pasado la última semana organizando una

nueva vida independiente. Encontré un lugar cerca de donde trabajaba que ofrecía contratos de alquiler por mes y firmé el contrato. Fui de compras de cosas para el apartamento con Lesley y antes de darme cuenta, ya vivía en mi apartamento.

Un golpe sonó en la puerta de mi apartamento justo cuando salí de la cocina con mi trozo de pizza calentado en el microondas.

Sentí unas ganas intensas de tomar una foto y enviársela a Killian. Eso lo enfadaría y me daría un placer malvado saber que no podría hacer nada al respecto.

El golpe sonó otra vez y dejé el plato sobre mi mesa de centro.

¿Quién demonios era?

Caminé hacia la puerta. Desafortunadamente, no tenía una mirilla.

—¿Quién es?

—Entrega para la Sra. Fobster.

Mi corazón dio un vuelco. Nadie en esta área conocía mi apellido.

Abrí la puerta rápidamente, encontrando a un joven con una caja de cartón grande.

—Por favor, firme aquí.

Le di una segunda mirada antes de firmar por el paquete y traerlo adentro. La caja era enorme y sorprendentemente liviana. Cuando me dejé caer en el sofá, la abrí, sorprendida de encontrar un vestido y un par de zapatos nuevos dentro.

¿Qué demonios-?

Mis manos registraron la caja en busca de alguna tarjeta y cuando finalmente la encontré, sentí un alivio al descubrir que no era de Killian porque no habría sabido cómo reaccionar.

Usa esto para la recaudación benéfica de mañana. No puedo esperar para verte de nuevo.

¡No llegues tarde!

Firmado, Mary Fobster.

¿Cómo sabía ella mi talla de vestido y zapatos?

¿Cómo sabía dónde vivía?

El vacío en mi pecho se expandió mientras colocaba la tarjeta de vuelta en la caja y la cerraba. No estaba segura de querer asistir, especialmente porque estaba segura de que Killian estaría allí.

No creía estar lista para verlo. No pensaba que podría soportarlo. Cerré los ojos y gemí.

¿Por qué la vida real tenía que ser tan complicada?

El abultamiento en mi cráneo me empujó fuera de mi pesadilla lúcida y de vuelta a la realidad de que aún estaba envuelta en las sábanas de Hope con un latido como un reloj estropeado.

Me senté y balanceé mis pies al suelo, sorprendida de ver que solo llevaba un calcetín a la cama.

Frotando mi mano sobre mi rostro, me obligué a levantarme de la cama pero terminé tambaleándome hacia un lado mientras la habitación giraba.

Mierda.

Alcancé rápidamente la pared pero mi mano resbaló y caí al suelo con un estruendo. Joder. Un pedazo del jarrón roto me pinchó la mano, llamando instantáneamente mi atención hacia el desastre que había hecho anoche.

Iba a llevar días limpiarlo.

La habitación giró antes de quedarse quieta de nuevo y usé la cama para levantarme.

Tras unos segundos de espera para que mi visión borrosa se enfocara, apoyé mi mano en la pared y me guíé fuera de la habitación, por el pasillo y hacia mi cuarto.

Inmediatamente caminé al cajón y saqué una botella de ibuprofeno. Abrí la tapa y agité algunas pastillas en mi mano. Una, dos, tres, cuatro: estaba tomando una sobredosis pero no me importaba. Ya me sentía como la muerte; como algo escupido por una rana, una rana de la que otras ranas se avergonzarían.

Las coloqué en mi boca y caminé hacia el baño. El chapoteo de agua fría en mi cara se sintió refrescante e instantáneamente deseé poder limpiar mi cerebro de las toxinas también. El espejo mostró mis ojos, una enrejado de rojo sobre el blanco. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que me afeité? No podía recordar. Los días pasados eran un caos en mi mente.

Después de cepillar mis dientes y ducharme, me apoyé contra mi armario para buscar apoyo mientras buscaba unos pantalones cortos casuales ya que planeaba quedarme en casa todo el día.

Justo cuando terminaba de ponerme los pantalones, escuché el timbre de la puerta en el piso de abajo y luego una voz que acompañaba la puerta al abrirse.

—Killian, ¿por qué no está cerrada tu puerta con llave?!

Madre. Mierda. Había olvidado por completo su llegada. Corrí escaleras abajo y me encontré con ella mirando desaprobadoramente la botella vacía de whiskey esparcida.

—¿Es esta la razón por la que no has estado contestando mis llamadas?— frunció el ceño, sin duda lista para regañarme, pero cuando se giró y su rostro encontró el mío, sus ojos se abrieron.

Conocía esa mirada. Era la misma que me había dado el día que llegué a casa con la cara magullada después de una pelea.

—Oh, Dios mío,— soltó un suspiro, dejando caer su bolso en el sofá y corriendo hacia mí. —Mi pobre bebé. ¿Qué te pasó?

Sus manos cálidas agarraron mi rostro y lo giraron de un lado a otro, evaluándolo.

Quitó sus manos. —Estoy bien.

Ella frunció el ceño y puso ambas manos en mi rostro otra vez. —No, no lo estás. Mírate. No te he visto tan pálido desde que murió tu madre.

—Ya dije que estoy bien,— gruñí y aparté su mano. —No tenías que venir aquí.— Caminé hacia el bar, alcancé otra botella de whiskey y con éxito me serví un vaso pero ella se acercó frente a mí y lo tomó antes de que alcanzara mi boca.

—No sé qué te ha pasado pero necesitas levantarte. Mírate.— Elevó mi brazo y lo sacudió. —Te ves enfermizo. No te has afeitado y parece que vas a desmayarte en cualquier momento.

Exhalé un pesado suspiro y retiré mi brazo. —No estoy enfermo, ha sido una semana difícil.

Ella apretó los labios y me clavó una mirada simpática. —¿Es así cómo planeas recuperar a tu esposa? ¿Viéndote como un paciente de cáncer?

Cerré mi puño frente al oleaje de sentimientos no deseados. No quería tener esta conversación.

—Hope ya no me quiere.

Ella desechó mi comentario con la mano. —Está claro como el día que Hope siente pasión por ti.

Hace un mes, quizás, pero ya no.

—Ella no. Me dijo que ya no me ama.

—¿Y qué? ¿Así nada más te rindes?

Suspiré. —No sé qué más hacer.

Un momento de silencio se hizo, solo roto por la bofetada que ella me dio en el brazo.

Siseé. —¡Madre!

Sus ojos se estrecharon en una mirada que me helaba las pelotas. —Siempre hay algo qué

hacer. Ahora, ya que ambos se niegan a decirme qué ocurrió de verdad, solo puedo hacer poco. Pero tú puedes hacer mucho más. Es tu orgullo lo que te estorba.— Hizo un gesto de desdén. —Eres demasiado orgulloso, igual que tu padre.

—No soy como mi padre.— Cerré mi puño mientras contenía un gruñido. —Jamás haría lo que él hizo. Jamás abandonaría a mi mujer.

Ella me dio una mirada prolongada antes de negar con la cabeza. —¿Qué crees que estás haciendo ahora? Te has rendido. Eso ya es abandonar a tu mujer. Killian.— Tomó mi mano y apretó. —Cuando amas a alguien, luchas por esa persona con todo lo que tienes. No te rindes simplemente. Puedes pensar que tu padre no tiene corazón, pero cada día, él lamenta haber dejado a tu madre. No dejes que eso sea tu propio pesar.— Me soltó y azotó mi brazo otra vez.

—¡Ay! ¿¡Pero qué demonios era eso!?

—Los dos hombres Fobster son unos casos.— Hizo un gesto de desaprobación y me miró con insatisfacción. —Invité a Hope al evento benéfico de hoy, espero verlos a ambos allí e intentar resolver esto porque no permitiré que mi nieto quede en medio de sus desordenadas vidas.— Exhaló un suspiro y comenzó a caminar hacia la cocina.

• Capítulo 59

Hope

—Claro, él va a estar allí.— La voz de Lesley sonó a través del altavoz del teléfono celular.
—¿Por qué más su madre te habría invitado?

—No lo sé.— Agité la cabeza, mirando desde el teléfono que estaba sentado en mi cama hasta mi reflejo en el espejo.

El vestido se ajustaba bien y me daba una forma presentable a pesar de que mi vientre de siete meses sobresalía hacia adelante.

—¿Qué vas a hacer cuando lo veas?

La pregunta de Lesley me hizo pausar. Desde anoche, mi cuerpo vibraba con tensión ante la idea de ver a Killian nuevamente, pero ahora que lo pensaba, ¿qué demonios se suponía que debía hacer cuando viera al padre de mi hijo que decía amarme pero casi me exterminaba en la cama?

Sacudí el recuerdo no deseado. Si quisiera ser lógica, habría regresado con él hace mucho tiempo porque tener un bebé sola era aterrador y estar embarazada con el corazón roto era peor.

Pero no quería ser lógica. Quería ser emocional y egoísta. Simplemente iba a

—
—Vas a huir, ¿verdad?

Ella me quitó las palabras de la boca.

—Eso es lo único que puedo hacer—, murmuré. —No creo estar lista para volver con él todavía y sé que hoy va a intentar convencerme de lo contrario, por eso no quiero ir pero tengo que hacerlo.

—¿Por qué no escuchas lo que tiene que decir?

—A veces no te entiendo, Lesley. ¿Estás de mi lado o en contra mía?

Ella suspiró. —Solo quiero lo mejor para ti. He estado siguiéndolo durante el último mes, ese hombre es un desastre.

—¿Y tú crees que yo no? Lesley, vivo en un estudio con un carnicero y un monje vietnamita como vecinos, y ni siquiera me hagas empezar con las cucarachas con las que comparto mi comida y espacio.

—Oye oye, solo digo.— Devolvió. —Estáis ambos hechos un lío.

—Lo superaré,— la aseguré, aplicando el profundo tono en mis labios y difuminándolo con un pañuelo. —Él también lo hará.

Cuando colgué el teléfono, mi mente se sumió en lo que ella había dicho y el pensamiento de que Killian siguiera adelante hizo que una sensación terrible me invadiera como un veneno. Era tan doloroso que lo aparté de inmediato y me levanté.

La débil y pálida imagen desnutrida que tenía frente a mí parecía lo suficientemente presentable. Pasé los dedos por mi cabello, agradeciendo que por una vez en mi vida, se mantuviera en su lugar.

Metí el teléfono en mi bolso, ajusté mis piernas en los tacones de cinco centímetros y traté de sofocar mis sentimientos y ponerme una máscara antes de salir.

Afuera, había un coche esperándome y un hombre de pie junto a él. No necesité preguntar, ya que llevaba el emblema de Fobster. Abrió la puerta trasera del coche y me subí en la parte de atrás.

Mientras nos dirigíamos a la carretera principal, miré fijamente por la ventana, tratando desesperadamente de mantener mis emociones contenidas y a raya. No podía permitirme arruinar esto. Podía hacerlo. No iba a tener un colapso. No iba a llorar.

El tráfico era ligero. En poco tiempo, el coche se detuvo por completo.

—Ya hemos llegado, señorita.

Cuando le di las gracias y bajé, levanté la vista hacia el imponente edificio y pasé la mano nerviosamente por mi vestido.

Uno de los oficiales de seguridad que me reconoció me llevó en el ascensor y me guió a través de algunos pasillos hasta el alojamiento de ella.

Inhalé profundamente antes de entrar, medio esperando ver a Killian esperándome, pero no estaba allí.

—Oh, has llegado—, exclamó Mary, alejándose de su espejo. —No tienes idea de lo preocupada que he estado.

No pensé que alguien se preocuparía por mí después de dejar a Killian. —Lo siento.

Ella me hizo un gesto con la mano. —Oh, está bien. ¿Cómo has estado? Te veo muy delgada, ¿estás comiendo bien? ¿es tu nuevo apartamento lo suficientemente seguro?

Logré una sonrisa melancólica. —Estoy bien, Mary. Y gracias por el vestido y el zapato.

Ella sonrió y me frotó el brazo. —Es lo poco que podía hacer.— Bajó la vista a mi vientre. —¿Cómo está el bebé?

—Está bien. Mejor de lo que esperaba.

—Es notable. Eres muy afortunada. Cuando estaba embarazada de Eve, estaba enferma todos los días.

—Lo siento por eso.

—Oh, está bien. Solo me alegra que estés esperando un hijo de mi hijastro y que él vaya a ser padre pronto.— Apretó mi mano impulsivamente. —Pobre, te ves tan pálida. ¿Estás segura de que estás bien en ese lugar? Puedo hablar con Killian y

—

—Oh, por favor no.— La interrumpí.

Ella soltó un suspiro. —Todavía estás enojada con él, ¿verdad?

Bajé la cabeza y asentí.

—¿Cómo van a arreglar las cosas si no hablan?

Abrí la boca para discutir, pero las palabras se atascaron en mi garganta. La aclaré. —No creo que seamos compatibles entre nosotros. No encajamos.

—Solo se conocen desde hace meses, querida, todavía hay mucho que aprender y determinar si encajan o no.— Frotó mi brazo de manera alentadora. —Si realmente amas a mi hijastro, le darás una oportunidad de luchar por la familia que quiere construir contigo. Todos merecen amor. Ambos lo merecen.

Simplemente sonreí. —Tus palabras siempre son alentadoras.

Ella me despidió con la mano y sonrió. —Eres mi chica favorita y estoy luchando por esto porque sé que ambos se preocupan el uno por el otro. No lo haría si no lo pensara.— Me dio una palmadita en la mano. —Hay mucha comida si tienes hambre. Puedes tomar todo lo que quieras, ¿de acuerdo?

Sonreí, separando los labios para hablar, pero una sensación punzante de aguja me recorrió el cuerpo de pies a cabeza cuando la puerta se abrió de golpe y la voz de Killian resonó.

—Madre, no creo que esta corbata vaya a
—— se detuvo y dio un paso atrás, abriendo los ojos de sorpresa. —Hope.

Se me secó la boca. Era él. Y Lesley tenía razón, se veía completamente hecho un desastre y pensé que sería imbatible cuando lo viera de nuevo pero la vista de su rostro pálido y la herida mirada en sus ojos hirieron mi corazón con puñaladas.

Un silencio espeso se interpuso entre nosotros mientras nos mirábamos fijamente, bebiendo el uno del otro, reviviendo aquella noche. Había pasado un mes, pero solo con mirarlo sentía dolor en mi trasero.

Mary carraspeó. —Creo que debería darles un momento de privacidad.— Me frotó suavemente el hombro antes de salir, y en el minuto que la puerta se cerró tras ella, sentí un apretón en el estómago.

Killian avanzó, una triste sonrisa descansaba suavemente en sus labios. —Viniste, no pensé que lo harías

—No confundas mi cumplimento a la invitación de tu madre con perdón por lo que hiciste.— Lo interrumpí, el dolor en mi pecho creciendo a distancias mensurables. —No vine aquí por ti, así que no te hagas ilusiones.

La sonrisa desapareció, reemplazada por otra cosa. Culpa. —Hope, no

No podía hacer esto.

—Si me disculpa.— Lo interrumpí una vez más y giré mi rostro mientras las lágrimas cubrían mis ojos. No podía hacer esto. Había demasiado dentro de mí, demasiadas emociones y mis hormonas no hacían nada para ayudarme a controlarlas.

—¡Hope, espera!— Él gritó detrás de mí mientras yo salía, pero yo no me detuve.

Pensé que lo tenía bajo control, pero no era así. Corrí al baño y me encerré en uno de los cubículos mientras todas las emociones que trataba desesperadamente de mantener dentro se derramaban.

Siempre parecía tenerlo todo bajo control, pero de pie frente a mí, se veía dañado, desgarrado de angustia. Me sentía bien.

Dios, no podía hacer esto. Tomé un puñado de papel higiénico y me sequé la cara.

Era más fuerte que esto. No iba a desmoronarme por un hombre que me había lastimado.

Inhalando profundamente, me levanté, tiré el papel al inodoro y me lavé las manos antes de salir.

La ceremonia ya había comenzado con fuerza y yo hice lo mejor que pude para evitar a Killian, incluso si había hecho varios intentos de hablar conmigo.

Sin embargo, cuando no estaba tratando de llamar mi atención, yo lo observaba. A veces, se paraba solo bebiendo y mirando a su alrededor, otras veces, estaba inmiscuido en conversaciones con las mujeres que se agrupaban a su alrededor. Se sonrojaban y reían aunque él no dijera nada.

Había tenido suficiente, así que desvié la mirada y me ocupé ayudando a Mary con la distribución de regalos.

Para cuando volví a mirar la multitud, él había desaparecido. Probablemente era lo mejor.

Mary terminó su discurso y la multitud rompió en aplausos. Todos se levantaron, las cámaras destellaron y la gente animaba. Tomé eso como una señal para excusarme y buscar un poco de aire fresco.

Me moví entre las mesas redondas y salí del salón a un balcón. Cuando llegué y empujé las puertas, me detuve en seco.

Killian estaba allí.

Se giró de inmediato y capturó mis ojos.

—Hope...— Caminó hacia mí con una lentitud deliberada como si intentara no asustarme.

—No sabía que estabas aquí.— Mi corazón retumbaba en mi pecho. Me giré para irme.

—Por favor espera.

Sus palabras me detuvieron. Me giré, mi mano aún en el picaporte. —¿Por qué?

—Quiero hablar.

—No tenemos nada de qué hablar—, declaré, encajando mi voz con todo el desdén que pude murmurar.

—Por favor escúchame.

Me reí sin humor. —Recuerdo haberte dicho lo mismo hace un tiempo. ¿Cuál fue tu respuesta? Oh, lo recuerdo. No hay nada en esta tierra que importe lo suficiente como para desperdiciar diez segundos más de mi tiempo contigo, así que vuelve adentro. ¿Te suena?

La culpa brillaba en sus ojos. —Sé lo que dije y lo siento, pero no puedo dejarte sola. Estoy preocupado y parece que tengo buenas razones para estarlo. ¿Has estado comiendo?

Solté el picaporte y coloqué ambas manos en mi cintura a la defensiva. —Eso ya no es

asunto tuyo.

—Todo lo que haces es mi preocupación y lo sabes. Estás delgada y pálida.

Intenté no dejar que mi compostura se tambaleara, incluso si sus palabras causaban un revuelo en mi estómago. —No sé qué te importa. Además, mira quien habla. Pareces que acabas de sobrevivir a la muerte.

Cerró los ojos con frustración y pasó la mano por su cabello. —No quiero pelear contigo.

—Entonces no lo hagas.— Escupí. —Y por favor deja de pretender que te importo. Me está haciendo sentir enferma al estómago.

—Me importas y sé que la cagué. Te lastimé y durante el último mes he sido un desastre. Lo siento, Hope. Te necesito de vuelta. Te echo de menos.

Sus palabras detonaron un pequeño dolor dentro de mí que aparté al instante. —¿Por qué? ¿Porque estoy embarazada de ti?

—Porque tengo sentimientos por ti.

Mi corazón se paralizó.

—Dolores profundos,— continuó, apretándose fuertemente el pecho para mostrarme cuánto le dolía. —Duele tanto que pienso que podría sangrar.— Me miraba directamente, alimentándose con su sinceridad, forzándome a regresar al espacio del que huí hace un mes. —Y créeme, lo he intentado. He intentado apartarlo pero simplemente no se va.

Mi piel se ruborizó de calor. No quería caer tan fácilmente por sus palabras. Aprieto el puño. —Intenta más fuerte y se irá.

Tomó aliento y su cuerpo se estremeció al soltarlo. —No es tan fácil. Si pudiera, arrancaría mi corazón y te mostraría cuán magullado está, pero no puedo. No puedo perderte, Hope. No seré capaz de soportarlo.

Mis manos se cerraron a mi lado, mi corazón dolía como una herida abierta. —Por favor déjame ser, Killian. No puedo seguir pasando por estos altibajos locos. Cuando estamos juntos, todo lo que hacemos es hacernos miserables, todo lo que hacemos es lastimarnos el uno al otro.

—Podemos arreglar eso.— Sus palabras salieron desesperadamente. —Lo intentaré más fuerte, haré lo que quieras.

—Lo que quiero es que me dejes en paz. Ya no te amo. Simplemente no lo hago.

Él negó con la cabeza. —Sí lo haces, lo sé. Dame una oportunidad para demostrártelo. Dame una oportunidad de ser lo que necesitas y quieres. Todavía hay esperanza para nosotros.— Sus ojos estaban en los míos, evaluándome en silencio, y la tensión se apretó tanto que pensé que podría romperse, pero luego abrió la boca para soltar un suspiro y lo que hizo después me quitó el aliento.

Se arrodilló frente a mí.

Killian Fobster estaba arrodillado ante mí.

Mi corazón se contrajo. —¿¡Qué demonios estás haciendo?! ¡Levántate!

Negó con la cabeza. —Sal en una cita conmigo.

El calor subió en mi estómago y se arrastró a otras partes de mi cuerpo. —Deja de hacer tonterías, Killian. No.

—No me moveré de esta posición hasta que digas que sí.

Mi labio inferior temblaba. Las emociones pasaban por mí demasiado rápido y no podía manejarlas.

—¿Por qué me haces esto, Killian? Te dije que ya no te amo. Por favor, déjame estar.

Hubo un largo silencio antes de que hablara. —Sé que lo haces pero estás tratando de superarme y no puedo permitir que eso pase.

La determinación en su rostro me hacía doler el pecho.

—Quiero tener una cita contigo, una cita de verdad contigo. Quiero mostrarte cuánto deseo que lo nuestro funcione. Permíteme ganar tu amor y confianza de nuevo, Hope.— Sus labios se apretaron. Dudo. —Prometo que si no sientes nada cuando terminemos. Me iré para siempre.

Mi estómago se anudaba en confusión. —Yo...

—Solo di que sí, eso es todo lo que quiero.— Algo en su voz me atraía, y seguía intentando romper mi barrera y alcanzar mi frágil corazón.

—Basta.— Dije ahogada. —Basta de intentar quitarme mi elección en esto. Y deja lo que crees que estás haciendo porque no va a funcionar.

Él sabía cómo llegarme. Dios, todavía tenía tanto control sobre mí y lo odiaba.

—Ya he tenido suficiente de esto.— Me di la vuelta y simplemente me fui.

Él no me detuvo. No me llamó. Ni siquiera habría cedido aunque lo hubiera hecho. Simplemente caminé.

Y seguí caminando.

Caminé.

Caminé.

Sin pensar, me detuve, mis manos se cerraron en un puño apretado.

Le dije que no porque no valía la pena.

Porque ya no tenía fe en él.

Le había entregado mi corazón en bandeja, prácticamente le había dado un cuchillo y confiado en que no me cortaría. Lo hizo, sin dudarlo, me cortó. Tenía el poder de lastimarme como nadie más y hace un mes finalmente había recuperado ese poder, pero ahora él lo pedía desesperadamente otra vez.

Dios, ¿por qué mi cuerpo todavía ardía por este hombre?

Las palabras de Mary resonaban en mi cabeza.

Todos merecen amor.

Cerré los ojos fuerte y maldecí.

Estúpido, estúpido, estúpido corazón vulnerable.

Me di la vuelta y comencé a caminar hacia él.

Tal vez este era el camino, tal vez si le daba esta oportunidad y la arruinaba, finalmente podría dejarlo ir. Sí.

Cuando volví, él seguía de rodillas, con la cabeza inclinada. Me rompió que le tomara tanto tiempo darse cuenta de mi valor.

—Killian.— Mi voz se quebró pero intenté mantenerme entera.

Levantó la cabeza de inmediato, sus deslumbrantes ojos encontrándose con los míos.

Inhalé agudamente. —Aceptaré tener una cita contigo.

Sus ojos se abrieron de par en par. —¿Lo harás?

Asentí con la cabeza.

Con suerte, esta vez nadie iba a morir.

• Capítulo 60

Killian

Había pasado la mejor parte de mi mañana aclarando las pilas de documentos acumulados en mi escritorio. La otra parte consistía en planificar una cita que me puso de un humor de perros porque nada salía como quería.

¿Qué diablos estaba pensando cuando dije eso en primer lugar?

Había ensayado anoche mil veces desde mi conversación con mi madre. Lo que le diría a ella, cómo haría mi súplica. Y pensé que lo había resuelto, pero entonces esto sucedió y solo tenía unas pocas horas para planificar la cita perfecta.

Esa mujer iba a ser mi muerte; lo sabía.

Me quité las gafas y las lancé en mi escritorio. Mi mente intentaba reducir un plan pero nada encajaba, nada jodidamente encajaba. Me restregué las manos sobre la cara e inhalé un profundo suspiro antes de presionar el botón del intercomunicador. —¿Cleo?

Esperé que ella respondiera o al menos entrara en mi oficina pero cuando no sucedió nada después de un minuto, lo presioné de nuevo. —¿Cleo?

Pasó otro minuto.

¿Era tan imposible encontrar personal confiable hoy en día?

Golpeé el botón del intercomunicador con más fuerza y prácticamente grité con toda la ira y frustración que poseía. —¡Cleo!

No había manera de que no hubiera escuchado eso. Tamborileé mis dedos en el escritorio, esperando que entrara para poder desatar más frustración acumulada en ella, pero no sucedió nada.

Sin respuesta, me levanté y salí de la oficina.

Su escritorio estaba vacío.

—Señor Fobster.

Me di la vuelta y vi a la recepcionista caminando hacia mí con un montón de papeles en su mano.

—Mi secretaria. No está en su escritorio.

Ella parpadeó. —Renunció el fin de semana pasado, señor.

¿Renunció?

Jesucristo. ¿Cómo demonios pude olvidarme?

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarle, señor?

Gemí. —Hazte útil en otro lugar.

Ella asintió y se alejó de mi vista. Me restregué la cabeza, sintiendo que se acercaba un dolor de cabeza.

—Alguien no está de buen humor,— Mi corazón se aceleró al escuchar la voz familiar detrás de mí.

Me di la vuelta y vi a Brad entrecerrando los ojos hacia mí. —Te ves hecho una mierda.

Expulsé el aire que mantenía alto en mi pecho. —También me siento hecho una mierda.

—Como deberías.— Dijo lentamente y caminó hacia mi oficina. Lo seguí y me senté. —¿Enviaste los regalos?

Era un poco escéptico sobre el gesto de las flores y los chocolates para una idea romántica porque me había fallado una vez y no estaba seguro de que la gente todavía hiciera eso, pero todas las películas románticas que había visto a lo largo de la noche lo sugerían.

Cuando asintió, continué. —¿Cómo va la reserva?

—Bueno, revisé O' by Claude Le Tohic como pediste pero están completamente reservados para hoy.

Fruncí el ceño. —¿Qué hay de Acquerello?

Negó con la cabeza. —También reservado.

Mierda, mierda, mierda. Me recosté en mi silla y exhalé un aliento venenoso mientras la inquietud vibraba dentro de mi pecho. —Todo esto se está yendo a la mierda.

—Tranquilízate.— Me animó. —No tienes que hacerlo en algún restaurante elegante. La casa de playa de tu madre debería ser suficiente. Podrías organizar un picnic allí o algo así. Estoy seguro de que le encantará la vista.

Gemí. Nunca se me ocurrió que la casa de playa de mi madre me sería útil después de todos los años de no visitarla.

Me agarré la frente. —El lugar probablemente está hecho un desastre.

—Me pondré en contacto con Mandy Scott y la haré ponerlo a punto.

Mis fosas nasales se dilataron y el aliento escapó por mi boca. —¿Podemos encontrar otro lugar?

Me dio una mirada fija. —¿No crees que eres un poco mayor para seguir huyendo de cualquier cosa que involucre a tu mamá? No es un monstruo debajo de tu cama, ya sabes.

Inhalé otro aliento mientras mi corazón resonaba en mi pecho. Tenía razón. Ahora no era el momento de pensar en ella.

Lo siento madre pero tenía que concentrarme en recuperar a mi esposa. Para siempre.

—Prepara la cabaña.

Hoy, me había despertado en un cenagal de sábanas sudorosas y sueños persistentes tan inquietantes que temía que mi corazón saltara de mi pecho. Era difícil tratar de recordar los detalles. Nada era preciso. Lo único que era, sin embargo, era Killian y el hecho de que, desde

que huyó de la fiesta de prisa para alejarse de él, ocupaba mi mente, invadiendo mi corazón, carcomiéndome.

Traté de olvidarlo, no quería pensar en él porque estaba mal. Porque ya no se suponía que debía sentirme así por él. Pensé que había protegido mi corazón competentemente pero resultó que era pésima en eso. Y para hacerlo todo peor, desde que llegué al trabajo, había estado llegando en oleadas; el chocolate, las docenas de rosas

—rojas, blancas, amarillas

— entregadas cada hora.

No sabía qué estaba tratando de lograr con esto. Mi primera intención fue tirarlas en el basurero y estuve tan cerca de hacerlo pero esto era lo más cerca que Killian había estado de mostrarme su lado apasionado.

Respiré profundamente y traté de aclarar mis pensamientos. Fue entonces cuando Becca se acercó a mi escritorio con otro enorme ramo lo suficientemente alto como para cubrir su cara.

Lo colocó al lado del resto y exhaló por la boca. —Está bien, eso pesaba.— Se colocó la mano en sus caderas redondas y se secó el sudor de la frente. —¿Qué pasa, tienes un admirador o algo así?

Exhalando un suspiro, saqué la tarjeta de entre las flores.

Contando las horas hasta poder estar contigo.

Killian.

—No sé por qué está haciendo esto. Sabe que ya no estamos juntos.— Musité, lo suficientemente alto como para que ella oyera.

—Déjame ver.— Ella inclinó el cuello hacia un lado y leyó la tarjeta con una sonrisa que se escapaba de su cara. —Ooooh. Tu esposo es todo un romántico. Está claro que quiere que vuelvas y deberías aceptar esa invitación.

Sin decir nada, dejé que el momento me envolviera. No quería sentir nada así que cerré los ojos e intenté deslizarme detrás de la barrera de acero que me había mantenido a salvo, pero en solo dos días, él había puesto demasiadas grietas en ella.

Las horas se arrastraron y más flores siguieron llegando y para las cinco de la tarde, mi

escritorio parecía un vivero. Cuando llegó la hora de irme, apagué mi computadora, tomé mi bolso y me dirigí hacia la puerta.

Cuando llegué a mi apartamento, estaba en un estado de ánimo menos deprimente y más aprensivo porque solo tenía una hora antes de que llegara Killian. Nunca pidió la dirección de mi casa pero luego pensé que dado que el acoso corría en su familia, él ya sabía.

—Por fin.— La solitaria voz que sonó desde dentro de mi habitación al abrir la puerta hizo que mi corazón saltara a mi garganta.

Inmediatamente alcancé el interruptor de la luz y lo encendí para ver a Scott sentado en mi sofá.

—¡Scott, casi me matas del susto!— Colocando mi mano en mi pecho, recuperé la respiración. —¿Cómo entraste?

Él se encogió de hombros y se levantó. —Tengo las llaves de repuesto.

Entrecerré los ojos. —Podrías haber llamado, ya sabes.

—Lo que estoy a punto de decirte no es algo que podamos discutir por teléfono.

Alcé la ceja ante él mientras cerraba la puerta detrás de mí. —¿Qué discusión?

—Recibí una noticia para ti, pero no te alarmes, es buena.— Inhaló. —Hablaba con María hace unos días y ella está de acuerdo en que necesitas alejarte.— Sus ojos estaban completamente fijos en mí mientras continuaba y esperaba que no notara el vestido que había preparado para mi cita de esta noche. —Necesitas salir de la ciudad. No es saludable para ti y tu bebé. Todo aquí te recuerda a ese imbécil.

Arrugué el ceño al poner mi bolso en la mesa de café. —¿A dónde quieres ir con esto?

Una sonrisa se dibujó en su rostro. —Bueno, tal vez no sea tan rico como tu exmarido multimillonario pero pude mover algunos hilos.

—Está bien...

—¿Recuerdas a Milton, verdad? Mi amigo de la universidad cuyo padre es ministro.

Mi corazón tronó en mi pecho mientras asentía con la cabeza.

Siguió hablando. —Bueno, va a trasladar la sede de su empresa a Australia y necesita un analista de marketing. Casualmente mencioné que tenía una hermana que estudió marketing en la universidad y también le envié la copia del currículum que me pasaste y justo anoche, me llamó diciendo que conseguiste el trabajo.

Abrí la boca para hablar, pero no salió ninguna palabra. —¿Qué-qué quieres decir, no entiendo.

¿Australia?

La sangre me subió a la cabeza.

Eso era a muchísimos kilómetros de distancia.

—No tienes que preocuparte por los gastos. Se va a hacer cargo de todo. Tiene un condominio justo al lado del mar en Queensland. Va a ser tu nuevo hogar, también tendrás coche de empresa.

Sentí frío, demasiado frío. Me senté en el sofá y me quedé mirando mis manos.

—¿No es genial? Siempre quisiste visitar Australia, ¿recuerdas?

Tenía razón, siempre había querido ir allí. Siempre había soñado con ver los escenarios exaltados en muchos de los programas de televisión que había visto crecer. Quería ver el Mar del Coral, las costas bronceadas por el sol, la arena suave como polvo. Quería experimentar una vida sin preocupaciones. Pero no quería irme, no ahora, no cuando Killian estaba justo...

—¿Hope?

Respiré hondo, sintiendo cómo se me nublaba la vista. No, no, no. Limpié la humedad de mis ojos con el dorso del brazo, pero tenía poco sentido hacer eso porque las lágrimas seguían cayendo de todos modos.

Scott se sentó de repente a mi lado. —¿Estás bien?— Su rostro mostró preocupación. —¿He dicho algo mal? ¿No te gusta?

Negué con la cabeza. —Sí, claro que sí. Me gusta mucho, es solo que...— Mi cuerpo se sacudía con sollozos. ¿Por qué no podía dejarme en paz? ¿Por qué me había forzado a aceptar esta estúpida cita? Por primera vez en semanas, la marea de emociones que había trabajado tanto en reprimir brotó dentro de mí y no sabía cómo manejarla mejor.

—No me digas que esto tiene que ver con Killian.

Cuando no hice más que derramar lágrimas, Scott frunció el ceño. —Hope, necesitas olvidarlo y seguir adelante con tu vida. ¿Crees que realmente le vas a importar cuando nazca este bebé?

Un suspiro salió de mí y todo lo que pude decir fue. —Pero él está cambiando...él está...— Todo el mundo merecía amor. Todo el mundo merecía ser amado.

—Hope, escúchame. Sé que estás cegada por la ideología de que estás enamorada pero no dejes que eso arruine la oportunidad de tener la vida que siempre has querido. No puedes renunciar a esto cuando tu futuro con ese hombre no es seguro.

—No sé... No sé...i...— Mi garganta se cerró. Esto era enorme, realmente enorme: una oportunidad para finalmente tener control de mi vida, y hace tres días, si me hubiera preguntado esto, hubiera aceptado de inmediato, habría dicho que cualquier cosa era mejor que quedarme aquí. Pero ahora, Killian había vuelto a mi vida y le había prometido que le daría una oportunidad.

—Él dijo que me amaba, Scott. Dijo que me amaba.

—Siente culpa, no amor.

Negué con la cabeza. —Eso no es verdad.

Él apretó mi mano suavemente. —Ese hombre no puede amarte, Hope. ¿Alguna vez te has preguntado por qué no funcionó con Gold y conmigo? Él fue la causa, él sabía que la amaba y sabía que estábamos comprometidos pero se acostó con ella de todas formas y me hizo perder el trabajo.— Apretó mi mano un poco más fuerte. —Un hombre así no puede amarte a ti o a este bebé y solo traerá dolor a tu vida porque eso es lo que él hace.

Negué con la cabeza, rechazando dejar que sus palabras calaran en mi mente. —Estoy segura de que me ama, solo necesita un pequeño empujón para

—No te dejes engañar.— Me interrumpió, mirándome directamente a los ojos mientras decía. —Es un hombre orgulloso, puede que haya vuelto a tu vida ahora con todas las mentiras pero no es porque te ame. Es porque siente culpa por haberte hecho daño. Conoce la diferencia.

Un espasmo de angustia me recorrió al darme cuenta de sus palabras. —Scott, yo

—Estás viendo lo que no está allí, Hope. Estás enamorada de la versión de Killian que has creado en tu cabeza. Esa versión de él no existe, así que deja de intentar cambiarlo y sigue adelante con tu vida.— Contraatacó.

—Y por favor piensa en esto.— Limpió mis mejillas con su pulgar. —Sé que no siempre he estado allí para ti como debería un hermano pero esta es mi forma de enmendarlo. No tienes que aceptarlo si no quieres pero por favor piénsalo bien.— Se levantó y me besó en la frente. —Nos vemos mañana por la mañana.

• Capítulo 61

Hope

Me puse frente al gran espejo de la pared y alisé mi vestido sobre mi vientre.

Aunque hubiese deseado acostarme en mi cama y llorar mis sentimientos toda la noche, todavía tenía una velada con Killian Fobster que soportar primero.

Para algunos ajustes de último minuto, apliqué delineador de ojos y me pellizqué las mejillas, satisfecha con mi aspecto.

Tomé un respiro profundo y revoloteé de nuevo al dormitorio en busca de mis zapatos. Fue entonces cuando sonó un golpe en mi puerta.

Tenía que ser Killian.

Mi nerviosismo aumentó un grado. Rápidamente escondí el envoltorio de la pizza debajo del sofá y caminé descalza hacia la puerta, tratando de no mostrar excesivo entusiasmo empresarial.

Cuando la abrí, sus ojos oscuros me acariciaron, deslizándose de mi cabeza a mis pies antes de detenerse de nuevo en mi rostro. —¿Puedo entrar?

Parpadeé para alejar el calor que sentía e inmediatamente solté la manija de la puerta para que él entrara.

—Has llegado un poco antes de lo que esperaba, todavía no he terminado de arreglarme,— le dije, observándolo mientras miraba alrededor, sin duda con desaprobación.

—Está bien, puedo esperar.— Dijo y luego me ofreció una caja. —Te he comprado algo.

Era una caja de tamaño mediano envuelta en papel rojo, completada con un lazo de satén negro. Tomé la caja y lo miré, con pánico y nerviosismo en mis ojos. —¿Qué hay dentro?

—Ábrela.

Mirándolo con curiosidad, me senté en el sofá y retiré el papel. Mi corazón comenzó a latir más rápido mientras arrancaba el último envoltorio y levantaba la tapa para encontrar un par de tacones Dior negros que no eran demasiado altos, pero tampoco bajos.

—Killian...— suspiré, incapaz de apartar la vista de ellos. —No tenías por qué.

—¿Te gustan?— Me preguntó y lo miré.

Por supuesto que me gustaban. Quién en su sano juicio no lo haría. Cerré la caja y sopesé un suspiro. —¿Por qué haces esto? Primero con las flores y el chocolate, ahora esto.

Se sentó a mi lado, sacando uno de los zapatos de la caja en mi regazo. —Leí en uno de los catálogos de embarazo que dejaste atrás que en esta etapa, tus pies pueden comenzar a hincharse y tus zapatos pueden no ajustarse a la perfección.— Sacó el relleno del zapato. —Pensé que podría aliviar tu incomodidad. Es fácil de poner y es un número más grande que tu talla habitual.

Cuando se levantó del sofá y se puso de rodillas, mis mejillas se pusieron ligeramente rojas. Quería protestar, pero maldita sea, simplemente no pude. —Si ayuda, puedes verlo como un regalo de agradecimiento por aceptar esta cita conmigo.

Los zapatos eran demasiado. Mucho, mucho y, aun así, sabía que no iba a rechazarlos. Me los puso en el pie y cuando los soltó, los moví.

Parecían ligeros y cómodos. Sonreí, sin estar segura de cómo debería sentirme, sin estar segura siquiera de merecer sentirme así.

Todavía de rodillas, me miró. —¿Te quedan bien?

—Sí,— asentí, tratando de no emocionarme demasiado, pero en el fondo, sabía que Cenicienta estaría celosa de mí.

Cuando me puso el otro, me levanté y los miré. La emoción burbujeaba en mi interior mientras movía los dedos de los pies. Sin duda, me encantaban.

—¿Los llevarás puestos esta noche?

Mi corazón se infló en mi pecho. Encontré su mirada. —¿Quieres que los lleve?

Asintió.

Oh, las mariposas regresaron. —Está bien. Solo voy a coger mi bolso para que podamos irnos.

Un minuto más tarde, tomé mi bolso y mi abrigo y bajamos las escaleras juntos. Él abrió la puerta del coche para que me deslizara dentro.

Durante el viaje, mantuvo su única atención en mí; preguntándose si estaba bien, si tenía frío, si necesitaba algo. Jugaba perfectamente el papel de caballero, y una parte de mí temía que solo estuviera fingiendo.

Intenté con fuerza apartar el pensamiento, pero las palabras de Scott todavía resonaban en el fondo de mi mente. ¿Y si tuviera razón? ¿Y si Killian no me amaba realmente, y si solo lo hacía porque se sentía culpable?

Lo miré de reojo. No quería un amor por lástima. Ya había sido víctima de ello una vez.

Tomó un giro a la derecha y de repente el camino por el que conducíamos era estrecho y arenoso. Cuando miré hacia adelante, pude ver una casa resplandeciente de luz.

—¿Alguna vez has estado en una casa de playa antes?—

Negué con la cabeza y continué mirando el magnífico paisaje. Era tarde, pero los locales y turistas aún deambulaban en bikinis y trajes de baño, algunos riendo, otros comiendo, algunos jugando en los muelles.

—Creo que te encantará. Exploraremos un poco después de cenar.—

—Cualquier cosa está bien para mí.—

Guardó silencio por un momento, pero luego habló de nuevo. —Quizás después de que todo esto termine y nazca el bebé, podríamos irnos de vacaciones de verdad y compensar la luna de miel caótica que tuvimos.—

Mis nervios se agitaron de nuevo. —No nos adelantemos, Killian. Solo acepté salir en una cita contigo, nunca dije que volvería.—

—Al menos piénsalo.—

Fruncí los labios. —Sí, claro que lo haré.—

Él dio una sonrisa avuncular y giró el coche alrededor de la gran cascada antes de detenerse. —Hemos llegado.—

Salió y caminó para abrirme la puerta del coche. Bajé con prisa, lo suficientemente rápida para presenciar cómo las puertas de caoba que daban a la casa se abrían y revelaban a una joven rubia adornada en estampados de seda.

—Buenas noches y bienvenida. Por favor, por aquí.— Se dirigió hacia el camino. —Y, cuidado con el paso.—

Inhalando profundo, caminé por el sendero hecho de piedra reluciente, agradecida por los zapatos.

El camino fue largo y las luces tenues, perdí el paso en un momento, pero el brazo de Killian inmediatamente me rodeó la cintura para estabilizarme. —Tómalo con calma, no quiero que te lastimes.—

Una corriente chisporroteó donde él me tocó y estaría mintiendo si dijera que no sentí mariposas en el vientre. Asentí y tragué, alejándome de él.

Antes de que nos diéramos cuenta, pasamos por el vestíbulo, y luego nos estaban conduciendo hacia el comedor.

—La mesa estará servida en breve—, anunció, cruzando el largo salón para abrir las contraventanas que protegían las altas ventanas de arco. —Pueden echar un vistazo mientras tanto—.

—Ven—, me dijo Killian y lo seguí mientras se dirigía al lado este y abría la puerta que llevaba a la terraza.

Entré y de inmediato me cautivó la vista espectacular ante mí. —Es... hermosa—, admití, inhalando el olor a mar y a humedad. —Siempre soñé con tener una vista así—.

—Mi madre también lo pensaba—, dijo él desde detrás de mí.

—Tu madre parece una persona agradable—.

—De hecho, lo era. Demasiado agradable—.

Me volteeé para mirarlo. —¿Cómo es que nunca hablas de ella?

La consternación que destelló en sus ojos no pasó desapercibida. —Está bien. No tienes que decirme si no quieres

—Ella era...—, me interrumpió. —...divertida, brillante, llena de vida...— suspiró y se relajó a mi lado. —Ella era la dueña de este lugar. Venía aquí cuando quería escapar del mundo y eso lo hacía muy a menudo—, dijo cautelosamente y luego suspiró.

—Debe ser difícil para ti estar aquí de nuevo con todos los recuerdos de ella aún vivos—.

Asintió y bajó la cabeza. Se veía tan vulnerable cuando exhaló. —No puedo seguir huyendo, ¿verdad? Lo hice una vez y me costó una vida—.

Una luz solitaria centelleando en sus ojos mientras miraba hacia el agua cristalina me hizo muy difícil reprimir el impulso de tocarlo. Por una fracción de segundo, quise consolarlo.

—Señor y señora Fobster—, interrumpió la voz del personal de servicio. —La cena está servida—.

Él se enderezó y el brillo en sus ojos desapareció instantáneamente; como si lo hubiera vuelto a guardar. Se giró hacia mí. —Debes de tener hambre. Vamos a cenar—.

—Oh, no creo poder comer—.

Su ceño se frunció levemente. —¿Por qué?— Su voz era baja y teñida de preocupación.

Mordí mi labio. —No tengo apetito—.

Y era verdad. No lo tenía.

Él frunció los labios y me miró como si supiera que no iba a ganar esta vez. —Bueno, al menos acompáñame en la mesa mientras yo como—.

Asentí. —Puedo hacer eso—.

—Ven—. Me llevó hacia la mesa de comedor y apartó una de las sillas de madera para que me sentara.

Van Morrison sonaba suavemente de fondo, creando una atmósfera.

Casi se me caía la baba al ver la enorme cantidad de comida ya servida en mi plato.

Killian enrolló su tenedor en los fideos Chow mein de su plato y los acercó a mi boca. —Prueba esto—.

—Killian, ya te dije que no tengo apetito—.

—Solo una, por favor—.

Entrecerré los ojos y entreabrí la boca, permitiéndole colocar los fideos suavemente dentro de mi boca.

Sabían bien.

—Están buenos, ¿verdad?— Preguntó mientras me pasaba un vaso de agua.

Lo tomé y asentí. —Sí, pero no quiero nada más—.

Miró mi plato. —Tu Bisque tiene buena pinta. Dame a probar—.

Suspiré porque no tenía fuerzas para discutir, tomé una cucharada de la cremosa sopa y se la ofrecí. Se inclinó obedientemente y lo tomó todo en su boca, poniendo cara de disgusto al momento.

—Está muy picante—.

Me encogí de hombros. —No parece picante—.

—Lo es—. Hizo una mueca de desaprobación. —No lo pruebes—.

Decirme que no lo probara solo me provocó más ganas de probarlo. —Lo probaré—.

—No digas que no te advertí—.

—¿Qué tan malo puede ser?— Me llevé otra cucharada a la boca. Era sabroso. —Mira, no está picante en absoluto—.

—Quizás los fideos afectaron tus papilas gustativas, prueba otro más—.

Entrecerrando los ojos, llené otra cucharada y la introduje en mi boca. —No está picante—.

Él se encogió de hombros. —Aún no estoy convencido—.

Irritada, me disponía a coger otra cucharada, pero mis ojos volaron hacia él al darme cuenta de que me había engañado para que comiera.

Dejé la cucharada. —Jugada maestra. Cabronazo—.

Sus labios se curvaron en una sonrisa. —Echo de menos tu manera de hablar—.

Traté de no sonrojarme. No quería sonrojarme, pero sabía que mis mejillas estaban enrojeciendo y, como no quería que lo viera, bajé la cabeza y agarré mi cuchara mientras llenaba mi boca de Bisque.

Se rió en voz baja y empezó a comer.

Seguí comiendo con avidez porque realmente sabía bien y no podía dejar de comer.

Cuando casi había terminado el plato, finalmente levanté la vista hacia él y vi que me miraba divertido, con ambas manos apoyadas bajo su barbilla.

—¿Por qué me miras así? Da escalofríos—.

Sacudió la cabeza y sonrió. —Lo siento, me distraje un momento—.

Mis ojos volaron hacia su plato y noté que él tampoco había comido mucho. —¿Distracción con qué?

—Lo hermosa que te ves—.

El bocado que acababa de tomar casi sale por mi nariz. Me aclaré la garganta yforcé a mi cerebro a funcionar a pesar del vértigo embriagador. —Deja de jugar así con las palabras—.

—Pero lo digo en serio—. Se inclinó hacia adelante, rozando con su pulgar mi labio inferior para recoger el último residuo de Bisque que quedaba. —Eres hermosa—. Se metió el dedo en la boca y chupó, haciendo que mis muslos se tensaran. —Y solo porque no lo diga a menudo no significa que no lo vea—.

El aire se tensó entre nosotros. Lo miré absorta. Atónita. No podía descifrar el brillo en sus ojos. No sabía si era sincero o no. —¿Por qué haces esto ahora?— Intenté aferrarme ferozmente al hilo de la molestia, sabiendo que si lo perdía, me lanzaría sobre él. —Deja de decir cosas para provocarme—.

Por un momento, no se movió ni habló, solo me observó intensamente. Cuando se volvió insoportable, me sonrojé y desvié la mirada hacia mis dedos.

—La mayoría de las veces...—, comenzó de repente, inclinando mi cabeza hacia arriba para encontrarse con su mirada. —Cuando te miro, quiero contarte todo. Quiero decirte que eres hermosa incluso cuando duermes y roncas—. Sus ojos se suavizaron con humor. —Me encanta cuando te pones mi camisa y andas por la casa como si fuera tuya. Quiero decirte que si vivieras en la cima del Monte Everest, estaría dispuesto a subirlo todos los días solo para verte sonreír. Quiero decirte cuánto no puedo estar ni dos segundos sin pensar en ti. Quiero decirte que quiero robar tu corazón igual que tú has robado el mío. La mayoría de las veces... quiero contarte todo...

Todo dentro de mí se estremeció y se desató. Mi voz tembló. —Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

El silencio bullía con emociones y palabras no dichas. Tomó mi mano en la suya y habló. —No se me da bien dar cumplidos. Además, no me habrías creído—. Besó mis nudillos tiernamente y el contacto de sus labios en mi piel resonó a través de mi cuerpo. —Te amo, Hope. Tanto que a veces duele y la ironía es que la única cura para el dolor es tenerte aún más cerca de mí—. Sus ojos se sumergieron en los míos y traspasaron todas las barreras que había puesto en el último mes. —Puede que no sea perfecto pero intentaré hacerlo lo mejor posible. Por ti y por

nuestro bebé y no me importaría pasar toda una vida pidiendo disculpas por haberte herido porque nunca fue mi intención—.

Permanecí en silencio por un momento, solo mirándolo con ojos vidriosos y un pensamiento atravesando mi cabeza.

Jodida. Definitivamente jodida.

• Capítulo 62

Hope

Después de la cena, Killian y yo caminamos por la playa un rato en silencio cómodo, observando a la escasa multitud.

La vida aquí parecía tan diferente, tan surrealista, despreocupada, fácil. —Todos aquí parecen felices. Es increíble—.

—Si te gusta tanto, siempre podríamos mudarnos—.

Giré la cabeza para mirarlo.

Se encogió de hombros. —Sería una buena oportunidad para alejarnos de todo. Hay muchas habitaciones libres, podríamos convertir una en una guardería—.

Solté el aire en un suave suspiro. —Killian, deja de decir cosas así—.

Se rió en voz baja. —Lo digo en serio. Eres la única mujer a la que he traído aquí, eso es porque significas mucho para mí—.

—¿Ni siquiera Megan?— Quise retirar las palabras en el mismo segundo en que se me escaparon porque me miró con una emoción que me ahogaba. —Mejor no respondas—, dije rápidamente y aparté la mirada de él.

—Ni siquiera ella—.

Sus palabras me enviaron un revuelo en el vientre. —¿De verdad?

Sonrió. —Vamos a encontrar un lugar para sentarnos, te deben doler los pies—.

Y así era. Asentí y no ofrecí resistencia mientras me guiaba hacia las rocas secas y me ayudaba a agacharme en uno de los bolos.

Se sentó a mi lado. Cuando lo miré, su expresión carecía de humor. —¿Puedo hacerte una

pregunta?

—Acabas de hacerlo claramente—.

Fruncí el ceño. —Sabes a qué me refiero—.

—Está bien. Pregunta—.

Me aclaré la garganta, pensando cuidadosamente cómo medir mis preguntas. —¿Cómo conociste a Megan?

Él alzó la mirada hacia mí.

—Por supuesto, si no quieres hablar de ello, yo...

—Está bien—. Se relajó. —Megan era la hija del socio comercial de mi abuelo. Teníamos destinos similares. Ella quería ser periodista en la compañía The New York Times y yo quería seguir mi pasión por la arquitectura, pero ambos padres tenían otros planes para nosotros. Logramos escapar, me inscribí en una escuela de ciencias y ella se mudó a Londres para estudiar, pero sorprendentemente, cuando murió mi madre, apareció en el funeral y así, nos hicimos cercanos—.

Tomó aire.

—Es curioso, sabes, después de la muerte de mi madre, juré nunca permitirme engancharme o apegarme a alguien porque nunca quise sufrir ese tipo de pérdida otra vez. Pero cuando llegó Megan, cambió—.

Mi corazón latía con fuerza. —¿Cuánto tiempo estuviste con ella?

—Tres años y medio—.

Tragué mi celos. —Debiste haberla querido mucho—.

Se encogió de hombros. —La quería tanto que había comprado un anillo de diamantes de un millón de dólares solo para proponerle matrimonio, pero nunca llegué a usarlo porque, bueno, descubrí que había estado durmiendo con mi mejor amigo durante aproximadamente un año

después de sorprenderlos juntos—.

—Eso debe haber sido horrible—.

—Lo fue—. El dolor se marcó en su rostro. —Fui lo suficientemente tonto como para confiar en la gente con demasiada facilidad—.

—¿Alguna vez intentaste averiguar por qué hizo lo que hizo?

—¿Qué motivos podría haber dado ella para acostarse con mi mejor amigo?

Mis labios se sellaron y me di cuenta de que fue una pregunta estúpida.

Suspiró. —Nunca se lo conté a nadie, pero la noche después de encontrarlos juntos, regresó arrastrándose y me rogó, me dijo que estaba embarazada de mí. Me manipuló haciéndome creer que Rodney tenía sus fotos desnuda y la estaba chantajeando con ellas. Lo creí, la acepté de vuelta, intenté amarla de nuevo. Pero—, hizo una pausa en el silencio estremecedor y sacudió la cabeza. Podía decir que no quería desmoronarse frente a mí. —Después de tres meses, la prueba de paternidad mostró que el niño no era mío, tampoco era de Rodney. Ambos fuimos engañados creyendo que éramos los padres, pero supongo que ella tenía otros tipos con los que había estado jugando—.

Mi rostro se arrugó de disgusto. —Es una persona tan podrida—.

Él encogió un hombro. —Supongo que lo es—.

Su voz tenía un dejo de tristeza desgarradora que me llegó al corazón.

Sentí como si un muro entre nosotros se derrumbara y de repente tuve una visión interna de lo que le hizo elegir este camino. No era su culpa. Tenía tanto que ofrecer, pero a nadie a quien dárselo, así que enterró todas esas emociones desordenadas y convulsas en un lugar secreto oculto y pretendió ser intocable. —Puedo decir que perderla te dolió—.

—Sí, me dolió mucho, me dejó cicatrices incluso—.

Tragué saliva. Mi estómago se revolvió mientras me preparaba para hacer la pregunta cuya respuesta necesitaba. —¿Todavía... la amas?—.

Sus ojos se encontraron con los míos y sostuvieron mi mirada. No pude mantener su mirada, bajé los ojos a mis dedos anudados en mi regazo. ¿Por qué diablos pregunté eso?

—Hope—, dijo, poniendo su mano en mi barbilla y moviendo mi rostro para encontrarse con su mirada nuevamente. —Por mucho tiempo, pensé que sentir nada más que odio y resentimiento hacia Megan significaba que finalmente la había superado, pero no se así. Estaba atrapado, no podía dejarla ir, así que la lastimaba una y otra vez en mi mente, porque es más fácil herir a quien amas que dejarla ir. Pero recientemente...— Exhaló. —Esos sentimientos ya no están ahí, el odio, la ira, ya no los siento. La dejé ir. Ya no la amo más, Hope—, sonrió. —Francamente, ahora solo tengo ojos para una mujer y actualmente está embarazada de siete meses de mi hijo—.

Mi mente se detuvo en seco. —Déjalo, Killian—.

—Hope—. Toda señal de humor en su rostro desapareció. —Megan fue mi recuperación de mi duelo. La necesitaba para cuidar mi alma rota. Pero contigo, es diferente. He tratado de evitar emociones extremas, pero no funciona. No te necesito. Te deseo—.

Mi corazón dio un salto y mi respiración se aceleró con un repentino calor que recorría todo mi cuerpo. —Killian, para...—.

—Después de Megan, nunca pensé que tendría un futuro con alguien, pero luego entraste en mi vida con este bebé y me hiciste empezar a pensar en muchas posibilidades. Despertaste sentimientos en mí que me aterrorizan completamente, Hope, pero si este último mes me ha enseñado algo, es que prefiero quedarme contigo y que me rompan el corazón de nuevo antes que perderte por completo—.

Por un breve momento, quedé paralizada, perdida mientras miraba al hombre que me miraba con tanta emoción insondable. —Killian, yo...— El nudo en mi garganta se inflamó. —No sé qué decir... yo...—.

Él rodeó mi rostro con sus manos y frotó su pulgar contra mi mejilla. —Solo di que te quedarás conmigo, di que no me dejarás—. Sus ojos buscaron los míos. —Sé que te he herido y ni siquiera debería ser perdonado por lo que hice, pero mejoraré. Envié un correo electrónico al departamento de salud mental del hospital, me recibirán como paciente. Iré a terapia—.

Lágrimas mancharon mis ojos, no podía creer lo que estaba escuchando. —¿Realmente harías eso?—.

Asintió. —Es aterrador, pero tengo más miedo de perderte, así que aprenderé a controlar mi

ira y nunca volveré a ponerte un dedo encima. Nunca más te haré daño—.

Una lágrima cayó. —¿Lo prometes? ¿Prometes que no me harás más daño?—.

—Prometo nunca más hacerte daño. Cuando amas a alguien, no tienes control, significa estar impotente, y aquí estoy, listo para renunciar a cada gramo de control por ti—. Su boca encontró la mía y el beso fue tan inesperado como el revoloteo en mi corazón.

Me besó con fiereza; como si lo anhelara todo el día. No dudé, igualé su fervor, vertiendo todo el dolor y la angustia que había sentido durante el último mes en el beso único.

—Hope...— Gruñó, y ese bajo barítono que provenía de lo más profundo de su garganta me dio la validación que necesitaba para saber que él sentía lo mismo que yo. Sentía el dolor, la necesidad, la posesividad. Mis manos anudaron su cabello y lo tiraron firmemente, perdiendo todo concepto de tiempo e incluso de separación.

—Mamá, mira, ¡están besándose!—.

Jesucristo.

Nos alejamos el uno del otro como dos adolescentes sorprendidos haciendo crack por la policía.

—Ay, lo siento mucho—. La mujer de mediana edad que tenía la mano tapando la boca de su hijo en una vergüenza absoluta se disculpó, sonriendo nerviosamente. —A veces se pone un poco tonto—.

Mi cordura volvió completamente. Sonreí. —Está bien, señora—.

—Gracias—.

Cuando agarró la mano del niño y lo alejó, respiré profundamente y me volví hacia Killian.

Sonrió y se inclinó hacia adelante para besar la lágrima que se deslizó por mi mejilla. —Bésame sin mi permiso otra vez y te patearé donde no brilla el sol—.

Se rió y agarró mi mano. —Debería llevarte a casa ahora, ya es muy tarde—.

Sonreí. —Claro—.

El viaje de vuelta a mi apartamento fue silencioso y corto. Cuando Killian se detuvo en la entrada y bajamos, miré hacia arriba a mi edificio anticuado y suspiré.

—Te acompañaré a la puerta solo para asegurarme de que estés segura—, insistió.

Acepté.

Caminamos en silencio por las escaleras llenas de basura hasta mis aposentos. Cuando llegué frente a mi puerta, me giré hacia él. —Gracias por hoy, Killian—.

Sonrió. —Debería ser yo el que te dé las gracias—.

Tragué saliva. —Supongo que entonces es buenas noches, ¿verdad?—.

—Probablemente—. Se inclinó hacia adelante y por un momento pensé que iba a besarme, pero simplemente plantó un beso en mi sien y retrocedió. —Buenas noches, Hope—.

Con una sonrisa, se giró hacia las escaleras y comenzó a bajarlas.

Verlo descender lentamente me hizo darme cuenta de que una parte de mí no quería dejarlo ir. Aprieto mi puño. Iba a perder la cabeza por este hombre. Lo sabía. Podía sentir que estaba pasando. Quizás ya había pasado.

—¿Killian?— Logré decir justo antes de que abriera la puerta del rellano.

Se dio la vuelta para enfrentarme, sus ojos oscuros ilegibles. —¿Sí?—.

Tragué saliva. Dios, espero no arrepentirme de esto. —¿Quizás quieras entrar?—.

Fue como si se hubiera congelado de repente en su lugar mientras me miraba en silencio. Me sentí estúpida.

—Lo siento. Esa fue una pregunta estúpida—. Palidecí y bajé la vista para mirar patéticamente mis zapatillas. —Quién querría quedarse en un lugar como este—.

—Hope—. Mi corazón saltó a mi garganta cuando levanté la vista y lo vi acercándose hacia mí. —¿Quieres que me quede?—.

Su pregunta era honesta. Cruda.

No seas tonta, Hope. No admitas que quieres que se quede. Solo te va a lastimar.

Maldita sea, lo que sea. —No quiero que te vayas—.

—Esa no es una respuesta definitiva—.

Tragué, por una vez decidiendo masticar mi orgullo y poner mis sentimientos en primer lugar. —Quédate—.

Sus ojos brillaron mientras rodeaba mi rostro con sus manos y bajaba su boca a la mía. —Si te besara ahora mismo, ¿me golpearías donde duele?—.

—Lo consideraría—.

Sus labios se torcieron hacia un lado. —Bien, ¿entonces tengo permiso para besarte?—. Preguntó, tan cerca que sus palabras fueron susurradas sobre mis labios.

—¿Te detendrías si digo que no?—.

—Tal vez—.

Mi estómago revoloteó otra vez. —Hazlo—.

Sin dudar, me besó, con cuidado, suavemente, pero yo quería más. Dios me ayude, quería mucho más.

Rompí nuestros labios. —Probablemente deberíamos entrar antes de que mi vecino nos vea—.

Sus ojos brillaron con lujuria salvaje. —Guía el camino, Gatita—.

• Capítulo 63

Hope

—Bésame—, imploré, una vez más esclavizada por mi cuerpo, sin vergüenza de mis palabras. —Bésame, Killian—.

Nunca entendí realmente el poder del deseo hasta ese preciso momento, hasta que ambos estuvimos dentro de mi apartamento, de pie a pocos centímetros el uno del otro, alimentándonos de las sensaciones, del abrumador sentido de necesidad y deseo.

—Me da miedo hacerlo—.

Mi respiración se aceleró. —¿Por qué?—.

—Porque—, dio un paso hacia mí, tan cerca que apenas podía respirar. Pero en lugar de besarme, apartó mi cabello sobre un hombro y pasó sus dedos por mi cuello desnudo. —Hay tanto que quiero hacerte ahora mismo, hay tanto que siento—. Admitió, deslizando su mano por mi brazo. —Pero temo poder herirte de nuevo—.

Un estallido de placer me recorrió al escuchar sus palabras. —No me harás daño, Killian, sé que no lo harás. Así que bésame ahora mismo—.

—¿Estás segura?— murmuró, sus palabras cayendo a pocos centímetros de mis labios. —Porque una vez que lo haga, es posible que no pueda parar—.

—Confío en ti—.

Eso pareció ser el truco, porque su boca se cerró suavemente sobre la mía. Me abrí para él, acogiendo su invasión, gimiendo de placer mientras su lengua se deslizaba, explorando mi calor, todo mientras recorría sus manos por mi espalda, hasta mis caderas, hasta mi trasero, lo agarró y me atrajo hacia su dureza, permitiéndome sentir la evidencia de su deseo presionando mi estómago.

—¿Ves lo que me haces?— murmuró entre sus besos ardientes, su voz ronca y rasposa de necesidad. —¿Ves cuánto efecto tienes sobre mí?—.

Llevé mi mano entre nosotros, deslizando mi mano por su pecho, sus abdominales - pude

decir que estaba desprevenido cuando acaricié sobre la bragueta de sus pantalones. Se endureció contra mi mano y un gruñido ronco salió de su garganta. —Si sigues así nunca voy a aguantar—.

—He echado de menos esta parte de ti—, susurré con otra caricia atrevida, y sus músculos abdominales se contrajeron mientras intentaba recuperar el aliento.

—Me matarás—. Dijo roncamente, moviendo sus labios de mi boca a mi cuello, saboreando mi piel. —Te lo juro por Dios, me arruinarás—.

—Killian...— Gemí, arqueando mi cuello mientras sus labios se deslizaban por la larga columna hacia mi hombro.

—¿Qué quieres, Hope?— respiró, y mis labios se separaron, pero no pude hacerlos funcionar, no pude hacer otra cosa que jadear por aire mientras él adoraba mi piel con un millón de besos húmedos.

—Dime qué quieres que te haga—. Cortejó, girando su lengua, chupando, mordisqueando.

Cerré los ojos. —Quiero que me hagas el amor—.

Él sonrió contra mi cuello antes de alejarse para mirarme. —¿Me dejarías?

Asentí. —Sí—.

Él me besó otra vez, entrelazando sus dedos en mi cabello, consumiéndome. Era celestial. —Tan suave—, gimió en mi boca. —Cada parte de ti es suave pero está cubierta de ropa. Vamos a solucionar eso.

Sus labios se apartaron de mí otra vez y sin apartar sus ojos de mí, alcanzó el borde de mi vestido. —Levanta los brazos.

Hice lo que me había dicho, jadeando. Él levantó el vestido por encima de mi cabeza y bajé los brazos, observando cómo sus ojos se posaban en mi pecho cubierto por el sujetador, bajando a mi vientre, a mis bragas rojas, a mis muslos calientes, hasta mis pies desnudos. —Eres hermosa, Hope. Jodidamente hermosa.

Mis mejillas se tiñeron de color. Llegó a mi cintura y me atrajo hacia él. —Pensar en el desastre que estoy a punto de hacer entre tus piernas me está volviendo loco.

El placer me recorrió en una oleada caliente mientras él se arrodillaba frente a mí.
—Killian...

Sus ojos acariciaron los míos mientras enganchaba su pulgar en mis bragas húmedas y las bajaba por mis piernas. —Si no te pruebo ahora mismo, moriré.— Me besó justo ahí y me arqueé, apoyando la cabeza en la pared. Esto era... diferente, tan diferente, tan

—su lengua separó mis pliegues y arrastró a través de mi clítoris. Jadeé, clavando mi mano en su pelo. No se detuvo, oh, no se detuvo. Su lengua me rodeó, volviéndome loca. No podía hacer esto. Mis piernas estaban demasiado temblorosas.

—Killian, por favor...— supliqué, no segura de poder venirme de pie.

—Coloca tu pierna derecha sobre mi hombro.— Respiró mientras su lengua me follaba con avidez.

—No puedo...— jadeé.

—Hazlo.— Me persuadió. —Por favor.

Tragándome el nudo en la garganta, hice lo que me pidió y coloqué mi pierna sobre su hombro. Él gimió satisfecho. —Mejor.— Su lengua deslizó sobre mi clítoris completamente y di un respingo.

—Killian...— jadeé con respiraciones entrecortadas. La forma en que succionó y lamió con su lengua torpe era frenética, desenfrenada y casi insana.

—Podría arrodillarme aquí adorándote para siempre, bebé.— Deslizó un dedo dentro de mí y me estremecí contra la pared, sintiendo cómo mis entrañas se contraían fuertemente.

Oh, Dios.

Él gimió. —Un mes y ya estás así de apretada. ¿Me extrañaste?

Asentí, moviendo mis caderas.

Otro dedo se unió dentro de mí. —Usa tus palabras.

—Sí.— Jadeé. —Sí, lo hice.

—Yo también lo extrañé.— Afirmó, moviendo sus dedos con lentos y metódicos embates.
—No vuelvas a alejarme nunca más.

Me retorcí, intentando calmar las sensaciones tumultuosas. —No lo haré. Jamás.

Sus labios se elevaron en una lenta sonrisa torcida. No podía verlo pero lo sentía contra mi clítoris. —Aférrate a mí si necesitas.

No entendí sus palabras, mi cerebro no trabajaba lo suficientemente rápido para comprenderlas porque en el momento en que su lengua volvió a mi clítoris perdí toda voluntad.

—Es una lástima que no puedas ver cómo te ves ahora mismo.— Murmuró, acariciando rítmicamente con los dedos mientras seguía con el implacable lamido y succión. —Mis dedos están dentro de tu coño, y lo estás empapando. ¿Se siente bien?

Me moví contra sus manos con creciente rapidez. —Sí, sí se siente bien. No pares.

—¿Vas a venirte para mí ahora?— Sabía que estaba cerca. Aumentó su ritmo, amándome con su lengua y dedos en perfecta sincronía. —¿Vas a dejarme saborearte? Estoy muriendo por hacerlo.

Mordí mi labio inferior mientras echaba la cabeza hacia atrás, inhalando agudamente. Oh, mierda, sentí mi pierna izquierda temblar bajo la fuerza del placer que se esparcía. Me incliné hacia delante y agarré sus hombros. —Killian...

—Te tengo, bebé.— Su mano libre agarró mi cadera, manteniéndome firme mientras su gruesa lengua recorría cada centímetro de mí con tal fuerza rápida. Cerré los ojos fuerte, sintiendo mi cuerpo convulsionarse contra su boca y la pared al verme fuerte, muy fuerte, dolorosamente fuerte.

Jesús, su lengua no dejó de moverse, me lamió, gimiendo, gruñendo, y luego después de un momento bajó lentamente mi pierna y se puso de pie con mi excitación brillando en sus labios.

—Te amo, Hope.— Murmuró, jadeando como yo, y mi estómago revoloteó, mi corazón se infló. —Todo de ti, me encanta jodidamente.— Me besó otra vez, sus manos se movieron detrás de mí para desabrochar mi sujetador y de un suave movimiento, se soltó.

Se alejó y vi su mirada caer a las puntas endurecidas de mis senos, vi cómo sus ojos se

oscurecían mientras lamía sus labios, y la imagen mental de su lengua sobre ellos envió una nueva oleada de calor a través de mi cuerpo.

Con un gruñido que parecía arrancado de su garganta, me tomó en sus brazos. Chillé inesperadamente, aferrándome a él mientras me llevaba a la cama. Me tumbó sobre las sábanas y dio un paso atrás para desvestirse.

Se quitó la camiseta por la cabeza y luego desabrochó sus vaqueros y los dejó caer al suelo. Ahora gloriosamente desnudo, se inclinó sobre la cama y lentamente se arrastró sobre mí, besándome a medida que avanzaba. —¿Sabes cuánto significas para mí?— Respiró contra mi piel, tentándome con besos húmedos.

—Killian...

—Nunca te dejaré ir de nuevo.— Besó mi vientre con reverencia y sentí cómo se avivaba un nuevo orgasmo en mí. —Tú eres mía, tú y nuestro bebé. Y cuidaré de lo que es mío.

Subió y besó cada uno de mis senos, amándolos, mordisqueando. —Te amaré de todas las formas posibles.— Separó mis piernas y se acomodó entre ellas. —Con mi corazón...— besó mi cuello. —Con mi alma...— Besó mis labios. —...con mi cuerpo.— Se hundió profundo en mí y aspiré agudamente, saboreando la exquisita plenitud de su miembro dentro de mí.

No se movió, mantuvo sus ojos en mí, observándome; como si esperara que lo detuviera, que retrocediera. Estaba aterrorizado.

Envolví mi brazo alrededor de su cuello y atraje sus labios a los míos y las palabras que juré nunca más usar salieron de mis labios en un susurro apagado. —Te amo, Killian.

No sabía cómo era posible pero se endureció aún más dentro de mí.

—Dilo otra vez.— Imploró, retrocediendo y llenándome muy despacio de nuevo.

Mis dedos encontraron su desordenado cabello. —Te amo, Killian.

Sus ojos se cerraron; como si saboreara mis palabras, deleitándose con ellas. —Otra vez por favor, dilo otra vez.— Suplicó, embistiéndome con un ritmo que me dejaba sin aliento.

—Te amo, Killian.

—Sí,— sostuvo mis caderas en su lugar y se empujó dentro de mí más fuerte, castigándome con cada embestida, mostrándome cuánto me había extrañado, cuánto había extrañado esto.

—Te amo.— Respiré.

—Oh, mierda, otra vez.— Jadeó, su respiración se hizo más y más dura, igualando la mía.

—Te amo. Te amo.— Jadeé, una y otra vez, sintiendo cómo mi orgasmo me poseía. —Te amo, Killian—, rasgué las sábanas, incapaz de moverme debido a los espasmos desgarradores.

Él flexionó las caderas para encontrarme, llenándome, estirándome, y un embate más de su parte me llevó a deshacerme, respirando pesadamente.

—Hope.— Pronunció mi nombre como una súplica silenciosa, cerrando los ojos de nuevo, inclinando su cabeza hacia atrás. Con un último gemido, encontró su liberación, sosteniéndome quieta mientras se derramaba dentro de mí. Caliente, tan caliente.

—Yo también te amo.— Respiró, apartando mi cabello de mi cara mientras se retiraba de mí. —Mi Hope. Mi Rosabella. Te amo.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, cuando el sol golpeó mi cara y me levanté de la cama, Killian no estaba. Mi corazón se hundió inmediatamente mientras miraba alrededor de la habitación, intentando buscarlo pero no estaba por ninguna parte.

¿Realmente se había ido sin decirme?

Me sentí náuseas. Me levanté de la cama y me puse una bata con un millón de posibles explicaciones pasando por mi cabeza. Caminé hacia la mesa de centro para recuperar mi teléfono pero justo cuando estaba a punto de marcar su número de celular, mi puerta se abrió, revelando al hombre vestido casualmente que entró en mi apartamento con dos bolsas de la compra.

—Ya estás despierta.— Dijo, dejando las bolsas en la mesa de centro y caminando hacia mí. —Buenos días, Gatita.— Me atrajo hacia un abrazo poderoso y llovieron besos por todo mi rostro. —¿Dormiste bien?

Me quedé allí, perdida en sus besos, demasiado agobiada de corazón para hacer otra cosa que preguntar, —¿por qué te fuiste así?

—¿Te preocupaste por mí?

Me aparté y fruncí el ceño. —Claro que sí. Casi me da un ataque al corazón.

—Está bien, está bien, lo siento.— Me sostuvo las caderas y me atrajo hacia él. —Me levanté temprano, vi tu lista de la compra en el refrigerador y pensé en hacer algo útil. No quería despertarte, por eso me fui así.— Besó mi nariz. —Lo siento, cariño.

Sentí mi cara enrojecer. —Está bien. Ya no estoy enfadada.

—Bueno, porque me muero de hambre.

—Puedo preparar algo para el desayuno.

Él se frotó la nuca con torpeza. —Estaba pensando que podríamos simplemente salir a comer en su lugar. Encontré un lugar cerca.

—¿Estás tratando de decir que no te gusta mi comida?

—Estoy tratando de decir que no sabrías cocinar para salvar tu vida.

Bufé. —Me parece bastante insultante.

Sus labios se extendieron en una lenta y fiera sonrisa. —Te amo independientemente, cariño. Pero salgamos a comer hoy.

—No.— Protesté. —Vas a comer lo que yo cocine.

—Realmente no tengo ganas de morir de una intoxicación alimentaria.— Bromeó y yo le di una palmada en el brazo. —Solo ayúdame a llevar las bolsas de la compra a la encimera de la cocina.

Él rió. —Claro.

Recogió la compra y yo le seguí mientras él entraba en la diminuta cocina y la dejaba en la isla de la cocina.

—Quita.— Le empujé con la cadera y descargué los artículos con cuidado. Recordaba haber escrito cinco cosas en mi lista pero seguía sacando más de cinco. —Killian, esto es más de lo que puse en la lista.

Él se apoyó en la encimera. —En realidad decidí que tu lista de la compra era lamentablemente pobre y necesitaba remodelación.

Le lancé una mirada seca. —¿Y crees que comprar una bolsa llena de kiwis no es lamentable?

Se encogió de hombros, comprimiendo todas las bolsas en una. —Cuando pregunté qué fruta comprar a mi esposa embarazada, la nutricionista lo sugirió.

—Simplemente estás loco, Killian,— dije, ahora mirando todos los artículos esparcidos en mi encimera. —Todo esto debe haber costado una fortuna.

—Por suerte para ti, tengo una fortuna.

Reí, sacudiendo la cabeza. —Eres un idiota.

—Si te hace sonreír como lo estás haciendo ahora, entonces con gusto seré un idiota por el resto de mi vida.

Toqué mis dedos a mis mejillas. Tenía razón. Estaba sonriendo, y ni siquiera lo sabía. —Eres todo un caso psicótico, Killian. Ya he tenido suficiente de ti. Ve a ducharte. Necesito concentrarme aquí.

Él sonrió y dejó un beso en la punta de mi nariz, antes de dejarme ir. —Nos vemos en unos minutos.

En el momento que él se alejó trotando, caminé hacia el fregadero con una sonrisa en la cara. Esto era lo que siempre había deseado; ser feliz con el hombre que amaba. Me lavé las manos y busqué la tabla de cortar, algunas semillas de tomate, cebolla y pimienta roja.

Oí la ducha mientras comenzaba a picar la cebolla en trocitos. Probablemente debería sacar la masa de pizza que escondí debajo del sofá mientras él seguía duchándose.

Dejé el cuchillo y me dirigí al salón, pero antes de que tuviera la libertad de agacharme para

alcanzarla, mi puerta se abrió y Scott entró. —Espero que no— Se detuvo en seco cuando su mirada cayó sobre mí.

Me quedé helada, dándome cuenta torpemente de que estaba desnuda debajo de mi bata.

—Scott—, dije, levantando la mano para mantener mi bata cerrada. —Estás aquí.

—Bueno, te dije que vendría hoy por mi respuesta.— Dio un paso curioso hacia mí, sus cejas fruncidas y su boca una línea fina. —¿Hay algún problema?

—No. Por supuesto que no. ¿Por qué habría de haberlo?— Dios, sonaba como una idiota. —Justo iba a preparar café. ¿Quieres?— No esperé su respuesta, me apresuré a la cocina y encendí rápidamente el molinillo de café, esperando que desviara el ruido procedente de la ducha.

—De verdad se me antoja un café ahora.— Dijo, y me sentí agradecida cuando empezó a caminar hacia la cocina.

—Estaba pensando en la propuesta y-

Se abrió la puerta del baño.

Me quedé congelada.

Los ojos de Scott se ensancharon.

—Hope.— Escuché la llamada de Killian, sus pasos indicando que se dirigía hacia la cocina. Mierda. —¿Puedo tomar prestado tu secador de...pelo...— Sus palabras se desvanecieron lentamente en sus labios cuando entró en la cocina y vio a Scott.

Se puso la camiseta por la cabeza húmeda. —Hola. Hope no me dijo que vendrías a-

No terminó sus palabras. ¿Por qué? Porque mi hermano se abalanzó sobre él con un puñetazo.

• Capítulo 64

Hope

Mi corazón palpitaba. Latía fuerte, tan fuerte que juraría que iba a salir de mi pecho.

—¿Qué demonios haces aquí?!— Scott ladró, lanzándose sobre él otra vez, pero yo rápidamente me entrometí entre ellos.

—Por favor, Scott, detente.

—No.— Siseó, con los ojos llenos de tanta rabia mientras me empujaba a un lado y apretaba a Killian contra la pared. —¡Creí que te dije que no quería verte cerca de mi hermana! ¿Qué parte de —déjala en paz— no entendiste!

Killian gimió. Dios no. Estaba sangrando. Esto era todo mi culpa. No debería haberlo dejado entrar. No debería haberle pedido que se quedara.

—Scott, te lo explicaré—, sostuve su brazo desesperadamente. —Por favor, déjalo ir.

—¡Mantente al margen de esto!— gruñó, apartando su brazo de mí con tanta fuerza que tropecé hacia atrás, pero me sostuve con el apoyo de la encimera.

—¡Déjame en paz!— Killian ladró, arrancando la mano de Scott de su garganta y tambaleándose hacia atrás, luchando por respirar. Por un momento, pareció que se desmayaría, pero logró mantenerse erguido con pura rabia cruzando su rostro. —¿Cuál es tu problema?!— Empujó su pecho tan fuerte que Scott golpeó su espalda contra el refrigerador.

Debió doler, pero enterró el dolor y se lanzó de nuevo hacia Killian.

Los dos hombres que más apreciaba se desmoronaban frente a mí. La náusea subió por mi garganta pero luché por reprimirla.

—¡Por favor, deténganse!— grité, pero ninguno de ellos escuchaba, ambos se miraban con una velocidad letal, jadeando, su postura todavía combativa.

—No sé cuál es tu problema, pero tienes que superarlo—, gruñó Killian, cerrando su puño.

—Por favor, Killian—, supliqué, pero él me ignoró y limpió la sangre que brotaba de su boca, mirando mortalmente a mi hermano.

—Hope, mantente al margen.— Scott ordenó, jalándome hacia él.

—No la toques,— gruñó Killian, empujándome a un lado mientras colocaba su mano en el pecho de Scott y lo empujaba de nuevo hacia atrás.

Scott se detuvo antes de tropezar y avanzó de nuevo. —¿Crees que quiero lastimarla? ¡Es mi hermana, imbécil! Solo estoy intentando protegerla.

—¿De qué?

—¡De ti! Quiero que te alejes de ella. ¿Es mucho pedir?

—¡Es mi esposa, por el amor de Dios!— Killian estalló. —Vamos a tener un maldito bebé, idiota.

—Ella fue mi hermana primero, imbécil, y no voy a permitir que la engañes con tus malditas mentiras.

—¡No son mentiras, amo a Hope y ella lo sabe!

Scott soltó una carcajada, negando con la cabeza. —¿Cómo podrías amarla? No eres más que un hijo de puta despiadado y egocéntrico, incapaz de amar a nadie más que a ti mismo.

—No sabes nada de los sentimientos que tengo por Hope.— Lo empujó. —Admítelo, esto no es por tu hermana. Deja de usarla como un maldito medio para vengarte, cobarde.

—¡A la mierda!— Lanzó un puñetazo pero Killian lo bloqueó, agarrando su brazo y aprisionándolo a su lado mientras lo golpeaba contra la pared con su mano presionada contra su garganta tan fuerte que los pies de Scott se levantaron del suelo.

—Intenta eso otra vez.— Gruñó. —Te desafío.

Dios, no.

—Killian, por favor, déjalo ir—, rogué, sin darme cuenta de cuándo cayó una lágrima de mi cara. Finalmente me miró. Sus ojos se suavizaron de inmediato y también su agarre, porque el rostro de Scott ya no se estaba poniendo pálido. —Hope. Cometí errores en mi vida. Grandes. Pero estoy intentando hacer las cosas bien de nuevo. Pero él

— se volvió hacia Scott y lo miró oscuramente. —

—solo está usando la situación para vengarse.

—¡Aléjate!— Scott escupió, empujándolo con todas sus fuerzas. —¡Me la arrebataste y ahora quieres llevarte a mi hermana!— Lo golpeó de nuevo y el ácido subió por mi garganta.

—¡Scott!— Chillé. —¡Detente!

Killian se sostuvo antes de caer, pero el rincón de sus ojos sangraba. Escupió y se limpió la boca con el dorso de la mano. —Parece que tu novia se saltó la parte donde ella constantemente se me tiraba encima. ¿Crees que no sabía que venías a la oficina esa noche? ¡Quería que lo vieras por ti mismo que estabas saliendo con una puta ambiciosa y sinvergüenza!

—¡Te voy a matar!— Lo empujó contra la pared otra vez, preparado para clavar su puño en su garganta.

Había tenido suficiente.

—¡Scott, ya basta! Si lo tocas una vez más juro que llamaré a la policía.

Se volvió hacia mí, sus puños todavía cerrados. —¿Realmente harías eso conmigo?

—Si no detienes esto, lo haré. ¿Qué diablos te ha pasado, por qué me estás lastimando de esta manera?

Dejó ir a Killian y se volvió hacia mí con ojos que sangraban dolor, pero yo estaba demasiado furiosa para importarme. —Hope, no estoy intentando lastimarte.

—Entonces explícame cómo puedes golpear con confianza a mi esposo delante de mí.

—Hope—. Su mano se extendió hacia mí, pero me aparté de su alcance.

—¿Realmente vas a pintarlo como si él fuera la víctima?

—¡Él es mi esposo! Este es mi apartamento. ¡No tienes ningún derecho!

Sus ojos se suavizaron, y soltó una rápida exhalación. —Tienes razón. No lo tengo. Está bien. Si quieres que te ruegue, lo haré.— Se volvió hacia Killian y sus rodillas comenzaron a doblarse, lentamente.

¿Qué demonios estaba haciendo?

—Killian—. Mis ojos se agrandaron y me quedé sin aliento cuando él se hundió en el suelo junto a él.

—Scott, ¿qué demonios estás haciendo?

Aprieta su puño y baja la cabeza. —Por favor, no tienes que mantener a mi hermana encerrada porque está embarazada de ti. Déjala ir.

Los ojos de Killian se oscurecieron. Mi corazón se congeló.

—¡Basta!— La palabra se desgarró en mi garganta mientras corría hacia él y lo atrapaba por el brazo, intentando arrastrarlo a sus pies. —¡Scott, por favor levántate! ¡No hagas esto!

La humillación ardía hasta que mi piel realmente hormigueaba. No apartó los ojos de Killian. Ardían. —Sacrificaré mi orgullo si tengo que hacerlo pero tienes que irte. Tienes que dejarla ir, ella no podrá irse si tú sigues cerca, finalmente tiene una oportunidad de reiniciar su vida.

—¡Scott detén esto ahora mismo!— supliqué, con lágrimas no solicitadas derramándose de ambos lados de mis ojos.

¿Por qué demonios me estaba haciendo esto?

¿Por qué demonios mi vida estaba tan jodida?

—¿Qué quieres decir con que se está yendo?— Killian finalmente habló, imperturbable por el hecho de que mi hermano se arrodillaba frente a él.

Lo miré, todavía intentando levantar a Scott. —No es nada, no es importante

—
—Se está yendo de esta ciudad—, interrumpió Scott. —Consiguió un nuevo trabajo, una nueva oportunidad de empezar su vida, no la retengas Killian. Te lo ruego. Por favor, déjala ir.

Sus ojos encontraron los míos y mi corazón quedó completamente destrozado al ver el dolor en sus ojos. —¿Te estás yendo?

Negué rápidamente con la cabeza. —No es lo que piensas.— Extendí la mano hacia él. —Killian yo puedo

—
—No.— Frunció el ceño, retrocediendo como si lo hubiera abofeteado.

—Killian por favor no me malinterpretes. Yo

—
—¿Ese era tu plan?— Hizo una pausa y luego habló con una frialdad que me dio escalofríos. —

—¿Hacerme creer que me habías perdonado y luego huir con mi hijo?

Sus palabras dolían como el infierno, pero las acepté. Porque tenía razón. Habría huido si no hubiera comprendido que lo que teníamos valía la pena luchar. —Killian, no yo no iba a

—
—Si no fuera por ti ya se habría ido. Eres demasiado tóxico. Si te quedas en su vida, ella nunca va a ser feliz.

Mi hermana merece algo mejor. No un hombre como tú. Uno con una historia de mierda y una incapacidad para amar.— Escupió Scott.

Killian apretó su puño. Sus ojos ardían rojos, estaba herido, realmente herido. Mi corazón se hizo añicos en mi pecho. —Creo que ya terminé aquí.— Se dio la vuelta y agarró sus llaves de la mesa con un fuerte clic antes de salir andando.

La habitación parecía demasiado pequeña. No había suficiente aire, y mi estómago se apretó dolorosamente mientras mis pulmones ardían.

—¡Killian, espera!— Quería correr tras él, pero Scott agarró mi mano.

—No. Déjalo ir.

—No lo voy a dejar ir.— Le di una bofetada a su mano y caminé rápidamente fuera de la

habitación, apenas conteniéndome de correr escaleras abajo.

—¡Killian!— Grité cuando salí de mi apartamento y lo vi caminando hacia su coche.

—No te vayas. ¡Lo siento! Dios, lo siento mucho, Killian. Iba a hablarte de ello.

Él se giró hacia mí. —¿Cuándo? ¿Cuándo pensabas decirme?

—Yo... yo

— Tartamudeé, con la boca seca por el miedo.

—¿No significaron nada mis palabras para ti?— Sus ojos vidriosos estaban inyectados de sangre. —Te dije que te amaba. Te conté mis entrañas. Quería que vieras cuánto me importaba. Quería demostrarte desesperadamente mi valía para ti, pero parece que no importa cuánto lo intente, nunca seré suficiente.

Un espasmo de angustia me desgarró. —No, Killian. No hables así.

—Tu hermano se puso de rodillas solo para suplicar por tu libertad.— Se golpeó el pecho. —¿Soy acaso tan monstruoso?— Por primera vez desde que conocía a Killian, una lágrima se deslizó por su rostro.

—Killian...— Mis brazos se morían por abrazarlo, pero él había erigido una barrera invisible a su alrededor.

Se la secó inmediatamente y soltó una risa amarga. —Tiene razón sabes, soy un tonto. Creí que podía ser bueno para ti. He intentado evitar la realidad, pero fui un tonto porque no puedes huir de la realidad. Ve con tu hermano. No seré la razón por la cual ustedes dos se alejen el uno del otro.

Se giró, alejándose de mí para alcanzar la puerta del coche.

No podía dejar que se fuera.

—¿Y qué hay de nuestro bebé?

Se detuvo, parado allí con su mano suspendida sobre la puerta.

—¿También vas a abandonarlo?

Finalmente se volvió hacia mí. —Por favor entra, Hope.

Mi labio inferior tembló. —¿Por qué me haces esto?

—Te quiero tanto que tu felicidad es importante para mí. Ya he sufrido suficiente, y si eres feliz en otro lugar, entonces yo también soy feliz.— Se giró de nuevo hacia su coche y abrió la puerta. —Lo siento por todos los problemas que te causé a ti y a tu hermano.— Entró y cerró la puerta con llave.

Mi garganta se apretó. —Killian, por favor...

Él no me miró. Encendió el motor y apretó su mano alrededor del volante antes de arrancar a toda velocidad.

Se había ido.

Y yo me quedé allí, mirándolo partir con lágrimas cayendo por mi rostro.

• Capítulo 65

Hope

Estaba completamente aturdida cuando volví a entrar en mi apartamento.

Mi corazón se rompió y sentí como si alguien me hubiera golpeado en el estómago. No quería creer que Killian se había ido. No quería creer que me había dejado de nuevo. Tal vez todo era un sueño, tal vez si cerraba los ojos o si me pellizcaba lo suficiente él...

—Genial, has vuelto,— la voz de Scott me sacó de mi espiral. Salió de mi cocina con una taza de café en su mano y me miró como si nada hubiera pasado; como si él no acabara de vender su orgullo y echar al amor de mi vida por la puerta. —Ahora que estás aquí, podemos hablar de tu horario de vuelo.

Mi puño se cerró a mi lado. Cuando no dije nada y solo lo miré con todo el odio, la rabia y la furia que pude reunir, soltó un largo suspiro.

—Vamos, ¿por qué me miras así?— Caminó hacia mí y extendió su taza. —Bebe esto, te sentirás mejor.

Golpeé su mano junto con la taza fuera de mi cara y vi cómo se hacía añicos en el suelo. Igual que mi corazón.

Él miró hacia abajo al desorden que había hecho y frunció el ceño. —¿Por qué diablos harías eso?

—Porque no quiero tu estúpido café.— Escupí. —Porque solo verte me da asco y quiero que te vayas.

Frunció el ceño con desagrado. —Deja de ser tonta, tenemos asuntos importantes de los que hablar.

Llevé mi mano a mi estómago y lo agarré. El dolor que sentía era tan intenso que me quitó todas mis fuerzas para contenerlo. —¿Mis sentimientos alguna vez han importado para ti?

Resopló. —Ahora no es el momento para esto, necesitamos concentrarnos en

—No te importa. No te importa nada sobre mí, ¿verdad?— Lo interrumpí, buscando en sus ojos.

Suspiró y se apartó el pelo de la cara. —Nunca dije que no.

—Tus acciones lo demuestran. Todo lo que has hecho hoy demuestra que no te importo, no te importa mi felicidad. Estoy harta de cómo me tratas y no permitiré que controles mi vida más. Vete. No quiero verte.

Suspiró con exageración y apartó el aire de su cara. —Mira, sé que estás enfadada conmigo, pero quiero que veas que solo estoy haciendo lo que es mejor para ti.

—¿Lo mejor para mí? ¿Cómo es que nada de esto es lo mejor para mí?!— Dije enfadada, mientras mi pecho se agitaba respirando con dificultad. —Actualmente estoy embarazada y pasando por mucho estrés pero a ti no te importó eso cuando entraste en mi casa y golpeaste a Killian.

—¡Nada de esto hubiera pasado si no hubieras permitido que entrara aquí!— Respondió enfadado, mirándome fijamente.

—¡Estábamos arreglando las cosas!— Las lágrimas nublaron mis ojos, lágrimas de ira, viscosas. —Pero tú tuviste que estropearlo todo porque eso es lo que haces, eso es lo que siempre has hecho.

Sus ojos se oscurecieron. —¡Todo lo que he hecho es sacarte del peligro!

—¡Pues mira dónde me ha llevado eso!— Gesticulé hacia mi vientre. —¡Mira dónde nos ha llevado! Sabes qué, solo vete. ¡Nunca más quiero verte!

—¿Me vas a rechazar por ese imbécil?!— Parecía ofendido. Oh, cómo quería borrar esa estúpida expresión de su cara. —¡No puedo creer que me faltes al respeto así! ¡Él no te merece! ¿Cómo no ves que esto es un error? ¡Te embarazó, pero eso no significa que te merezca o te quiera!

—¿Y qué posiblemente sabes tú sobre el amor?— Reí sin humor. —Sabes, tú sí que puedes hablar. Es repugnante.

Él dio un paso hacia adelante y habló con los dientes apretados. —¿Qué diablos se supone

que significa eso?

—Cuando te casaste con María, no la amabas. Ella me lo contó todo. Me contó cómo eras un imprudente, cómo te emborrachaste, tuviste relaciones sexuales con ella en la parte trasera de tu coche y la embarazaste. Me contó cómo tenías miedo de decepcionar a mamá y de dar un mal ejemplo para mí. No la amabas. Así que, no me vengas con el sermón de quién merece a quién.

La herida estaba visible en su rostro mientras apretaba el puño. —Sí, María se quedó embarazada y quizás me casé con ella por eso, pero he aprendido a amarla, y al menos no tengo un historial de andar con mujeres que no son mías.— Suspiró. —¡Todo lo que he querido para ti era verte que esta relación delirante con Killian te va a arruinar! No hay nada bueno en él.

—Si piensas eso entonces no has mirado lo suficientemente cerca. Amo a Killian y él me quiere a mí.

—Estás delirando.— Respondió él.

—Y tú estás ciego.— Repliqué.

—¡Hope!— Me gritó con furia. —¿Cómo puedes decirme esto después de todo lo que he hecho por ti!

—¡¿Cuándo diablos piensas dejar de tratarme como si tuviera diez años?! ¿Por qué no me dejas cometer mis propios errores y aprender de ellos? ¿Por qué! ¿por qué! ¿por qué!— Las emociones en mi pecho gritaban para salir. Cerré los ojos fuertemente por un momento, intentando componerme. —Estoy harta de que te niegues a respetar las decisiones y elecciones que tomo y pretender que realmente te importo. ¡No eres mi padre, deja de intentar serlo, deja de intentar controlar mi vida!

El silencio prevaleció entre nosotros. Su mandíbula se apretó y relajó. —No, no soy tu padre. No puedo serlo. Él te dejó a ti y a mamá, no le importó. A nadie le importó. Pero yo estuve allí, ¡yo cuidé de ambos!— Se golpeó el pecho. —¡Yo, Hope! ¡Me rompí la espalda trabajando y hice todo lo humanamente posible para que terminaras el instituto y la universidad sin estrés! ¡Sacrifiqué mi tiempo para asistir a todas tus funciones solo para demostrarte que iba a estar ahí cuando me necesitaras! ¡Me arrestaron por golpear a un menor solo porque te hacía bullying. Incluso di a esos reporteros información sobre tu falso matrimonio pensando que pararían todo este mierdero! ¡Hice todo eso por ti! ¡Todo lo que he hecho ha sido por ti y para protegerte!

Mi corazón se congeló. —¿Fuiste tú?— Retrocedí un paso, sintiendo cómo toda la energía

se escurría de mí. —¿El escándalo? ¿Me hiciste eso a mí?

Sus ojos destellaron como si de repente se diera cuenta de lo que había dicho. —Hope, tú

—¿Por qué harías algo así, Scott?— Mis ojos ardían con lágrimas que no caían. No podía creerlo. —¿Eres tan cruel?

—¡Maldita sea, no, pero alguien tenía que parar esta mierda de una vez! Cuando encontré los papeles del acuerdo prenupcial y otros documentos en tu casa, estaba furioso que te hicieras eso a ti misma, así que lo filtré pensando que podría salvarte, estaba cuidando de ti Hope, siempre he cuidado de ti porque tú

—Vete.— Lo interrumpí.

—Hope.— Se acercó a mí, con un dolor crudo en su rostro. —Tú no

—¡Dije que te vayas, Scott!— Lo interrumpí de nuevo, apartando la mirada de sus ojos porque dolía demasiado mirarle. —Sé que hiciste todo eso por mí y te lo agradezco, pero ya no soy la niña rota que lloraba porque la llamaban bastarda. No te necesito, Scott. Eres despiadado, tan despiadado, así que por favor solo vete.

—Todo lo que quería era protegerte de que te lastimaran otra vez. Si eso me convierte en el malo, entonces me importa un carajo porque soy tu hermano mayor y sería un maldito si permitiera que alguien destruya tu felicidad.

—¡No sabes lo que me hace feliz!— Exclamé, ya sin poder contener las lágrimas. —¡No sabes lo que me gusta!

—¡Sí lo sé!

—¡No! ¡Killian me hace sentir cosas que nadie más me ha hecho sentir! Sí, conozco sus defectos y no empezamos con el pie derecho, pero él realmente me ama, puedo sentirlo. ¡Me ama! ¡Ama a este bebé! ¡Y yo también lo amo! Lo amo tanto que un día sin él me duele el corazón. Pero tú no lo entenderías porque no sabes nada sobre mí, solo quieres enjaularme como si fuera tan frágil que podría romperme. ¡Pero no lo soy! ¡No soy frágil!

—Hope.— Se suavizó. —Yo

—¡Dije que te vayas!— Lo corté. —No intentes hacerme pasar por la mala aquí al echarme de este apartamento. Conseguiste lo que querías. Mi esposo me dejó y estoy sola de nuevo, así

que ¡vete! Por favor solo vá

—
Mis palabras se hundieron en mi garganta, ya que una ola que parecía un muro de dolor golpeó mi abdomen con tanta fuerza que retrocedí unos pasos.

¿Qué diablos...?

Me agarré del brazo del sofá en busca de apoyo mientras tomaba respiraciones profundas.

Scott frunció el ceño. —Hope, ¿estás bien?

—Estoy bien.— Respiré hondo, sujetando mi estómago adolorido. —Solo vete.

Se acercaba a mí. —No te ves bien. Déjame ayudarte

—
—¡Dije que te vayas!— Grité. —¿Qué parte de que no quiero verte no entiendes
—ahh!— El dolor agudo y apretado en mi estómago regresó.

¿Qué demonios está pasando?

—Déjame ayudarte.— Sostuvo mi brazo y por alguna razón, sentí como si mi piel estuviera en llamas.

—¡No me toques! ¡Aléjate de mí!— Maldije, apartando su mano. —¡Estoy bien! ¡Deja de actuar como si te importara!

Me importa por el amor de Dios, y también sé que no te ves bien en este momento.

Tenía razón. No me veía bien. Tampoco me sentía bien.

—Scott.— Jadeé, aferrándome a su brazo y tomando profundos respiros mientras el dolor constrictivo seguía devorándome. —Creo que algo va mal con mi bebé. Duele.

—¿Qué?— Estaba entrando en pánico. —¿Dónde te duele?

—No lo sé. No lo

—¡ahh!— Agarré su camisa tan fuerte que mis uñas se hundieron y le perforaron la piel.

—¡Duele! ¡Duele mucho!— Aullé a través del dolor intenso, aferrando su mano hasta que mis nudillos se pusieron blancos.

—Está bien, está bien. Lo siento, aguanta. Te llevaré al hospital ahora.— Colocó mi brazo sobre su hombro e intentó moverme pero no podía, por alguna razón, mis piernas se sentían paralizadas y húmedas y cuando miré hacia abajo a mi vestido empapado y el líquido claro fluyendo por mis piernas, inhalé bruscamente.

¡No, no, no!

¡Es demasiado pronto!

—Creo que mi bolsa acaba de romperse.— Lloré mientras otra contracción me golpeaba.

Sus ojos se abrieron como platos. —Pero
—pero todavía no es tu fecha de parto.
Cerré los ojos, las contracciones llegaban en ráfagas, convirtiendo mi vientre en una bola de dolor.

Killian.

Lo necesitaba ahora mismo. No podía hacer esto sin él. Necesitaba que él
— ¡mierda! —Mi bebé viene, puedo sentirlo.
¡Oh no, no, no!

• Capítulo 66

Killian

Mi corazón no estaba hecho de piedra. Era como el de todos los demás, y en este momento, martilleaba contra mis costillas tan dolorosamente que estaba seguro de que moriría.

Pero no me detuve.

Apresuré el volante mientras iba a toda velocidad por la autopista, intentando agotarme, intentando no pensar. Estaba huyendo: de mi vida, de mis pensamientos, de Hope.

La expresión de su rostro cuando me había marchado a toda velocidad me atormentaba. Oír el dolor en su voz cuando me suplicaba que me quedara hería mi corazón. Se sentía como si alguien hubiera abierto mis costillas y agarrado mi corazón latiente en sus manos solo para casi exprimirle la vida.

La culpa me consumía vivo. No debería haberla dejado de esa manera, pero a pesar del dolor, lo hice porque estaba dolido, porque tenía miedo de que si me quedaba, solo estaría encerrándola. No podía hacer eso. No podía hacerla más de lo que ya había hecho. Así que quería irme. Quería volver a mi vida donde ella no significaba nada para mí.

¿Pero cómo podía hacerlo cuando ella había ocupado todo el espacio que quedaba en mi corazón?

La pena sacudía mi cuerpo. Mis manos temblaban en el volante mientras conducía más rápido, sintiendo el calor sofocante elevarse sobre mí, tanto que respirar se convirtió en una tarea ardua.

Una parte de mí se preguntaba si era un cobarde por irme, si era un tonto por dejar que Scott se metiera en mi cabeza.

Eres demasiado tóxico. Si te quedas en su vida, ella nunca será feliz.

Sus palabras se quemaban en mi mente.

Mi hermana se merece algo mejor. No un hombre como tú. Uno con un pasado de mierda y una incapacidad para amar.

Mi garganta se sentía como si se hubiera estado hinchando más con cada palabra que había dicho, y mi pecho estaba tan tenso que estaba siendo sofocado por mis propias emociones.

¿Qué demonios sabía él sobre mi vida?

Conduje más rápido, agarrando el volante tan fuerte que mis nudillos se pusieron blancos.

¿Qué diablos sabía él sobre mí?

El sudor goteaba por mi cara, picando mi ojo morado. Joder. Destellos de mis recuerdos con Hope parpadearon en mi mente. Las veces que pasábamos acurrucados en el sofá viendo su telenovela favorita. Las veces que ella me besaba antes de acostarse y pensaba que yo no estaba consciente. Las veces que la sorprendía bailando en la cocina.

Mis pulmones estaban obstruidos. Me estaba ahogando con el aire. Llevé el coche a un parón chirriante en medio de la carretera y dejé caer mi cabeza sobre el volante, bloqueando los fuertes lamentos y bocinazos de los coches de afuera.

Cerré los ojos con fuerza, inhalando bocanadas pesadas, perdido en la guerra entre mi mente y mi corazón.

Estaba asustado, joder, estaba asustado pero debajo de todo ese miedo, había algo de lo que tenía aún más miedo. Tenía más miedo de despertar y saber que ella y mi bebé ya no estaban en mi vida. Estaba aterrorizado de que, algún día, mirara de nuevo en sus ojos y viera todo lo que podríamos haber sido.

Levanté la cabeza y arranqué el motor. No importaba lo que Scott pensara de mí, no importaba si ella se estaba alejando kilómetros de mí. La amaba y ella me amaba y eso valía la pena luchar.

Contuve mis emociones turbulentas y di la vuelta con el coche.

No iba a dejarla ir nunca más. Ella, el bebé, eran míos. Eran mi familia. Eran todo lo que tenía.

El trayecto de regreso a su apartamento fue un borrón de velocidad. No me di cuenta cuándo salí del coche y subí las escaleras hacia la puerta de su apartamento.

Estaba cerrada.

—¡Cariño, soy yo, abre!— Grité, golpeando la puerta. —¡Hope!— Mi miedo y ansiedad me carcomían con cada segundo que pasaba. Si ella me rechazaba de nuevo, no estaba seguro de poder manejarlo.

—¡Hope, cariño!— Grité desesperadamente. —¡Lo siento por irme, por favor abre!

Cuando no obtuve respuesta, inmediatamente saqué mi teléfono y marqué su número. Seguía sonando pero fue al buzón de voz. Marqué de nuevo, paseando alrededor de su puerta. Cuando fue al buzón de voz por cuarta vez, escribí un mensaje de texto.

Hope, ¿dónde estás?

No hubo respuesta. Envié otro mensaje.

Necesito verte. Por favor, si estás aquí déjame entrar.

Durante los siguientes dos minutos, no hubo respuesta. Miré mi reloj, apenas registrando el tiempo. Me estaba volviendo loco. Me recosté contra la puerta. Dios, ¿dónde diablos podría estar ella?

—No está.

Giré inmediatamente al ver a un hombre vestido con un atuendo de monje mirándome. —La dama que busca. No está.— Repitió.

Miré la puerta y luego lo miré con el corazón apretado. ¿Llegaba demasiado tarde? —¿Tiene alguna idea adónde fue?

Frunció los labios, me miró y luego habló. —No sé a dónde fue pero sí la vi salir con otro hombre. Parecía que estaba sufriendo.

¿Dolor?

—¿Qué-qué quiere decir con que estaba sufriendo?

—Eso es todo lo que sé.— Dijo y se dio la vuelta para irse.

¡Mierda, mierda, mierda!

Bajé corriendo las escaleras y salí de la casa.

Marqué el número de Brad. Sonó.

—Oye, qué

—Necesito que rastrees el móvil de Hope.— Le interrumpí, corriendo hacia mi coche.

—¿Por qué de repente necesitas rastrearla?

—No hagas preguntas.— Mi corazón latía con anticipación. Si tenía que esperar mucho más para verla, podría explotar. —¡Hazlo!

Colgué y arranqué el coche, esperando su señal y cuando llegó, conduje lo que parecieron los minutos más largos de mi vida.

Brad estaba conversando con alguien en el aparcamiento cuando llegué. Ellos dejaron de hablar en cuanto me acerqué. Brad me miró. —¿Qué te pasó en la cara?— Hizo una mueca pero yo no estaba de humor.

—¿Dónde está ella?— Dije casi con aspereza, saltándome las formalidades. —¿Dónde está Hope?

Me tomó de la mano y me arrastró hacia un rincón. —Necesitas tranquilizar tus nervios.

—Estoy tranquilo.— Dije con severidad. —¿Dónde está? Dímelo ahora.

—Necesitas rela

—¡He dicho que estoy jodidamente tranquilo! Solo dime dónde está.— Exclamé, casi al borde de perder la razón.

Brad soltó un largo respiro y pasó su mano por su cabello. —Está en el noveno piso.

Me giré para irme pero él agarró mi mano para detenerme. —Killian, está teniendo el bebé ahora mismo.

La sangre golpeó mis oídos con sus palabras. Me giré. —¿Cómo que está teniendo el bebé ahora mismo, si aún no es su momento?

—El personal dijo que cuando la trajeron con urgencias, ya había roto aguas y estaba sangrando.— Se pasó la mano por la cara. —Esto es tan jodidamente complicado.

Mi corazón latía aceleradamente. Lo dejé y empecé a correr hacia la puerta de entrada. No miré para ver si me seguía, simplemente corrí, subiendo las escaleras y trepando tan rápido como podía aunque mis piernas se negaran a funcionar.

Mis pulmones ardían. Tropecé en el noveno piso, mi visión se redujo mientras me inclinaba con las manos en las rodillas y respiraba pesadamente.

—¿Killian?

Cuando levanté la mirada y vi a Scott mirándome sorprendido, mi miedo fue instantáneamente reemplazado por hostilidad y no me di cuenta de lo que estaba haciendo hasta que él estaba en el suelo y yo estaba sobre él, golpeando y puñetazos con rabia asesina. —¿Qué demonios le hiciste a mi esposa, imbécil?!

—¡Killian, detente!— Exclamó Brad detrás de mí pero yo había perdido toda racionalidad.

—¡Te juro por Dios que si algo le pasa a mi mujer y a mi hijo, estás muerto!

Sentí manos fuertes tirándome de su cuerpo casi inerte. Pateé y ladré, obligándole a dejarme ir. —¡Te acabaré, Scott!— Juré. —¡Te juro que tu sangre estará en mis jodidas manos!

Se tambaleó para ponerse de pie, intentando recuperar la compostura mientras se limpiaba la boca severamente magullada y tomaba profundos respiros. —No quería que nada de esto pasara.

—Killian, necesitas calmarte.— Brad me regañó, sujetándome fuerte pero yo me solté y lo empujé a un lado.

—¿No querías que nada de esto pasara?— Lo empujé contra la pared con dos juegos de

manos alrededor de su cuello.

—Éramos felices, Scott.— Jadeaba por aire, tosiendo fuerte pero no me importaba. No me quedaba ni un ápice de simpatía. —Éramos felices antes de que aparecieras, idiota.

—¡Killian!— Brad me regañó. —¡Para!

—¡No!— Repliqué, apretando su cuello con más fuerza mientras el odio ardiente y blanco burbujeaba en mi estómago.

—Killian...— Luchaba, casi sin aliento. Mierda, la rabia que no había sentido en años me dominaba. Nunca había querido matar a alguien con tanto celo como quería matarlo a él.

—Lo siento.— Se ahogó, justo cuando la puerta se abrió y en el momento en que escuché los gritos de Hope resonar a través de la puerta, mi sangre se heló. Lo solté, toda lucha en mí desaparecida mientras me giraba hacia la enfermera que nos miraba asustada.

—¿Có-cómo está?— Tartamudeé. —¿Está bien?

El silencio que se prolongó fue como una mano helada recorriéndome la columna. No podía soportarlo y esa mirada en su cara como que estaba tratando de retenerme información solo me empujaba al límite.

—Por favor, necesito saber que está bien.

—Las contracciones siguen viniendo pero no puede pujar. Tememos que algo malo pueda pasar si no lo hace.

Esas palabras fueron como la hoja de un cuchillo cortando entre mi corazón. —¿Puedo entrar? Necesito estar allí con ella. Ella necesita saber que estoy aquí—.

—¿Usted es el esposo?

Asentí rápidamente. —Sí, ese soy yo—.

—Sígueme entonces—.

Caminé sonámbulo a través de todo el proceso de limpiarme la sangre de las manos y ponerme un mono azul. Mi cerebro no registraba ninguna información, excepto en la que me llevaban a una sala con doctores rondando alrededor de la cama elevada como animales salvajes.

Avancé cuidadosamente, el corazón me dolía penosamente en el pecho mientras mis ojos se posaban en Hope.

Estaba acostada con una gruesa manta rosa sobre sus piernas separadas. Su rostro pálido estaba tenso por las lágrimas, su cabello se esparcía salvajemente por su cara. Sudaba, con los ojos fuertemente cerrados por el dolor.

—Hope, tienes que empujar—, exigió el doctor, pero ella negó con la cabeza, gimiendo de dolor.

—No puedo—, susurró, manteniendo los ojos cerrados mientras sus piernas temblaban. —No puedo. Duele—.

—Hope...— Mi voz se quebró mientras me acercaba a ella, llamándola desesperadamente y no estaba seguro de si me había oído pero entonces abrió sus ojos inyectados en sangre y en el momento en que se encontraron con los míos, sentí un apretón en el pecho; como si me estuvieran sofocando.

—Killian...— Sollozó y yo di un paso adelante, tomando su mano. —Killian, eres tú...

Asentí rápidamente. —Sí, soy yo y nunca te dejaré de nuevo—.

—Pensé — cerró los ojos de nuevo y siseó. —Duele. ¡Por favor, saca esta cosa de mí!— Gritó, apretando mi mano con fuerza.

—Debes empujar—. Uno de los doctores exigió, mirando entre mis piernas torcidas.

—¡No puedo!— Sus uñas se clavaron en mi carne. Joder. Pensé que los libros decían que esto iba a ser memorable. ¿Cómo hacían las mujeres esto lo suficientemente a menudo como para poblar toda la tierra?

—Cariño, tú puedes. Solo tienes que empujar—. Eso sonó mal. Todo esto se sentía mal; estar aquí, sosteniéndola, sudando balas mientras miraba a varios doctores jugar entre sus muslos. Mis muslos.

Uno de los doctores me miró con temor en sus ojos. —Esto no es bueno. El cordón umbilical está enrollado alrededor de su cuello—.

Mi corazón se detuvo. —¿Qué demonios significa eso?

—Si no sacamos al bebé ahora, podría no sobrevivir—.

—Deberíamos hacer una cesárea—. Una de las enfermeras sugirió.

El doctor negó con la cabeza. —Es arriesgado, ella podría no sobrevivir. Sus probabilidades son mayores si empuja—.

—Cariño, mírame—, supliqué, pero ella cerró los ojos y los mantuvo cerrados. —¡Por favor, Hope, mírame!

Ella los abrió lentamente, respirando con dificultad. —No puedo, Killian...

—Tú puedes—. Apreté más su mano mientras intentaba forzar una sonrisa. —Solo un pequeño empujón y todo habrá terminado—.

Ella inhaló profundamente. —¿Estás seguro?

Asentí, mirando al doctor.

—Muy bien, ya puedo ver su cabecita, es hora de empujar. Tienes que darme todo lo que tienes—.

Me incliné y le aparté el cabello de la frente. —Lo estás haciendo genial, amor, solo una vez más—.

—Nunca dejaré que me toques de nuevo—. Gruñó, apretando mi mano más fuerte.

Asentí, bastante seguro de que esa conversación se aplazaría para más tarde. —Lo que tú quieras, amor—.

—Y tú harás todo el trabajo del bebé. Harás todas las tomas nocturnas y los cambios de

pañales—.

—Sí, lo haré—.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo—. Le besé la frente sudorosa. —Vamos, empuja—.

Respirando con fuerza, mordió su labio inferior y empujó y empujó
— largo y fuerte y sentí como si la piel también me fuera a sangrar por su agarre.

No se detuvo.

Continuó, gritó cada cinco segundos

— más y más

— hasta que el llanto de un bebé se soltó y el quirófano se quedó en silencio absoluto.

Las piernas de Hope colapsaron inmediatamente y su agarre en mi mano se aflojó. La miré. Respiraba con dificultad, con los ojos medio cerrados. No entendía la emoción que revoloteaba en mi pecho pero le limpié el sudor de la cara y le besé la cabeza. —Lo hiciste, cariño—. Mi barbilla temblaba. —Lo hiciste jodidamente bien—.

—Es un niño—. Anunció el doctor y mi pecho se agitó mientras miraba al recién nacido cubierto de una sustancia viscosa que sostenía.

Un niño.

Nuestro niño. Esta pequeñita cosa era nuestro hijo.

Era difícil respirar. Inhalé un respiro tembloroso mientras mi corazón retumbaba en el pecho. No estaba seguro de qué sentir. No estaba seguro de cómo sentir pero Hope tenía la idea correcta porque inmediatamente estalló en lo que asumí eran lágrimas de alegría.

—¿Quisieras cortar el cordón de tu hijo?— El doctor me preguntó y mis músculos se tensaron. Tragué saliva y miré a Hope. Ella asintió y me acerqué al bebé extendí la mano para tomar las tijeras. La presión que pesaba en mi pecho era intensa, tanto que casi me desmayo. Inhalé y corté el cordón umbilical.

—Perfecto—. Sonrió. —Vamos a hacer algunos exámenes y conectarlo a un monitor fetal

mientras su esposa se recupera—.

—¿Puedo sostenerlo?— Hope croó, con lágrimas todavía brotando de ambos lados de sus ojos.

—Un momento—. Le entregó el bebé a la enfermera, quien lo limpió y tomó medidas antes de envolverlo y llevarlo junto a ella.

Lo colocó suavemente en su mano. —Mira Killian, hicimos un bebé—.

Lágrimas humedecieron mis ojos pero las reprimí ferozmente. —Sí, lo hicimos—.

—Bien, mamá y papá, ¿cómo les gustaría nombrar al bebé Fobster?— preguntó la enfermera mientras tocaba su bloc de notas.

Hope miró al bebé y me miró a mí con alegría. —¿Qué tal Ryan?

—Ryan Fobster—. Sonaba bien. —Me encanta—.

—Ryan Fobster será—. Garabateó algo en su tab y nos miró. —¿Algún segundo nombre?

Miré a Hope; ella me miró. Sabía exactamente lo que quería y en el momento en que lo dijo, mi corazón se agitó.

—Eduardo—.

—Vale, Ryan Eduardo Fobster.— Cerró su bloc y miró a sus compañeras enfermeras. —Les daremos cinco minutos y después de eso, nos llevaremos al bebé—.

Cuando asentí, todas se fueron.

—Es tan hermoso—. Hope acunaba, mirándolo con tanta emoción en sus ojos. —No puedo creer que lo haya expulsado de mí—.

—Y yo no puedo creer que lo haya presenciado y no me haya desmayado—.

A pesar de todo lo que sucedía, ella se rió y me miró. —Sosténlo—.

Negué con la cabeza. —Es mejor que no—.

—¿Por qué?

—Porque nunca he sostenido un bebé recién nacido antes—.

—Vamos, no es tan difícil—. Ella levantó los brazos hacia mí y me acerqué.

—¿Cómo lo sostengo?

—Extiende los brazos—.

Hice lo que dijo y ella transferió con cuidado al bebé a mis manos. Temblaron mientras miraba hacia abajo. Dios mío, era hermoso. Piel clara, cabello brillante. No podía decir el color de sus ojos porque estaban cerrados, pero tenía la sensación de que tenía mis ojos.

Mi corazón sentía como si fuera a explotar de euforia.

Ahora era padre y esta pequeña criatura iba a crecer para admirarme.

Lo balanceé, encontrando extremadamente difícil apartar mis ojos de él, pero cuando Hope gruñó, me giré.

—¿Estás bien?

Me dio —esa— mirada. Mierda. Pregunta estúpida. Por supuesto que no estaba bien. Acababa de expulsar a un bebé por un agujero diminuto.

—Lo siento—.

—Está bien—. Se empujó a sí misma a una posición sentada. —Sólo estoy... feliz de que hayas vuelto por mí—.

—Lo siento por haberme ido. Fue una estupidez. Te amo, Hope. Y juro ante Dios que nunca te dejaré ir de nuevo—.

Ella sonrió. —Más te vale cumplir esa promesa—.

—Lo haré—, dije, absolutamente seguro de que por primera vez en mucho tiempo, había encontrado mi lugar en el mundo.

Con mi familia.

• Epílogo

Hope

Un mes más tarde.

Dar a luz fue la parte fácil

— las contracciones que paralizan el corazón. Sudar como un asno y tratar de empujar mientras estaba expuesta como en una exhibición de granja con extraños mirando entre mis piernas. Los gritos, la hemorragia. Que me cosieran la vagina

— no parecía nada aterrador.

¿Saben qué lo era?

Tener que lidiar con todo este peso de bebé que vino después.

Maldije mi mala suerte volteando a mirarme de lado en el espejo. Después de mi embarazo con Ryan, mi cuerpo todavía no había recuperado su forma original y para mí, eso era bastante devastador.

—¿Qué está tardando tanto?— preguntó Killian, como siempre, entrando en mi habitación sin anunciarse pero estaba demasiado molesta para preocuparme si me veía parada en ropa interior o no.

—¿Qué sucede?— Caminó con gracia felina hacia mí, y me pareció irónico cómo él conseguía verse perfecto mientras yo llevaba todas las cicatrices y peso que venían con el parto.

—El vestido que elegí no me queda. Me siento enorme—.

—Hope—. Él suspiró y me miró a través del espejo mientras me abrazaba por detrás. —¿Cuántas veces más tengo que decirte que te amo así?— Presionó sus labios contra mi cuello. —Eres hermosa—. Dejó caer besos tiernos por mi hombro descubierto. —Muy impresionante—.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral. Me sonrojé profundamente. —¿De verdad lo piensas?

—Sí, lo pienso—. Sus labios se extendieron en una lenta y feral sonrisa mientras pasaba sus manos por mis brazos de manera reconfortante. —No me importa si el peso del bebé nunca se

va. Eres hermosa y te amo—. Me giró y presionó mi cuerpo contra el suyo con un agarre sorprendente que gritaba necesidad y hambre. —Todo acerca de ti ahora es perfecto—.

El hecho de que él se esforzara tanto en hacerme sentir bien hizo que mi estómago revoloteara. Con una sonrisa cada vez más amplia en mi rostro, rodeé su cuello con mis brazos y me puse de puntillas para presionar mi boca contra la suya. —Eso es lo más dulce que me has dicho—.

—Diré más si me besas otra vez así—. Murmuró, mordisqueando mi labio inferior. Y luego, con una velocidad asombrosa, me levantó y me colocó encima de la mesa de mi tocador.

Di un grito cuando mi espalda tocó el cristal frío. —Killian, mi madre está abajo—. Le recordé rápidamente mientras me quedaba sin aliento.

—No importa—. Inclino su cabeza hacia la mía, su aliento caliente bailando sobre mis labios entreabiertos. —Seré rápido—.

—Siempre vuelve al sexo contigo, ¿verdad?— le bromeé, tratando de no pensar en el calor burbujeante en mi estómago.

—Qué puedo decir—. La cabeza me daba vueltas cuando abrió mis piernas y ajustó su erección palpitante contra el espacio entre mis muslos. —Es mi lenguaje de amor—.

Me retorcí mientras el placer se calentaba en el fondo de mi estómago. —¿Cómo demonios me enamoré de un idiota como tú?—.

—Me hago esa pregunta todos los días—. Sus labios encontraron los míos al instante y me besó con hambre, cada giro de su lengua implacable, cada uno más necesitado que el anterior.

Rodeé la parte de atrás de su cuello con mi mano y profundicé el beso. Un mes de abstinencia y ya estábamos actuando como

—¿Están haciendo otra vez cosas asquerosas ahí dentro?— La voz de mamá interrumpió abruptamente mi cerebro.

Killian se retiró de mí en el momento en que la puerta se abrió ligeramente.

Mierda.

—Madre.— Me aclaré la garganta, luchando por recuperar la normalidad de mi aliento. Un ligero rubor rosado se esparció por mis mejillas cuando me di cuenta de que todavía estaba vestida solo con mi ropa interior. —No te escuché entrar.

—¿Cómo ibas a hacerlo?— Ella hizo un ruido de desaprobación con la lengua y cruzó los brazos. —Quiero decir, no me importa que estéis cariñosos, pero, ¿podemos ir a recoger a mi nieto primero? Me muero por tenerlo en brazos antes de irme.

Killian soltó una risita. —Lo siento, que hayas tenido que ver esto otra vez, señora Sterling.

Ella lo despidió con un gesto de la mano y sonrió. —Si no os veo abajo en los próximos cinco minutos, me voy.— Dicho esto, salió.

Killian se volvió hacia mí y acarició mi mejilla. —Te daré un momento para que te vistas, aunque me duela hacerlo.

Cuando asentí, él caminó hacia la puerta y me guiñó un ojo antes de cerrarla detrás de él.

Con una enorme sonrisa en mi rostro, comencé a prepararme. Una vez que me peiné y me coloqué el vestido marrón sin tirantes, bajé las escaleras.

El viaje al hospital fue tranquilo.

Cuando llegamos, dejé que Killian se encargara del papeleo y tomé el ascensor hasta la sección de niños.

Unas protuberancias antiestéticas se levantaron en mis brazos y no pude evitar el retumbar en mi pecho al acercarme a la habitación privada. Sentía como si fuera ayer cuando había traído un humano a este mundo. Recordaba al obstetra intentando calmar mis peores miedos al decirme que los bebés nacidos prematuramente tenían una alta tasa de supervivencia y menos posibilidades de sufrir complicaciones a largo plazo. Pero no quería creerlo.

Estaba asustada por mi hijo, temía que algo pudiera salir mal, pero Killian hizo un esfuerzo enorme por mantenerme tranquila. Su fuerza y seguridad me ayudaron mucho, y no estaba segura de haber podido superar estas semanas terribles sin él.

Dejé de respirar cuando el sonido de un bebé llorando atravesó las puertas.

Ryan.

Abrí la puerta y vi a la enfermera acunándolo suavemente en sus brazos. Me sonrió, cansada. —Me alegro de que estés aquí. Necesita alimentarse.

—¿Puedo sostenerlo ahora?— pregunté con la poca respiración que me quedaba.

Su rostro se suavizó. —Claro.— Me lo pasó con cuidado y lo abracé cerca con delicadeza.

—Hey Ryan—, susurré, meciéndolo suavemente. —Es mamá.

No tardó mucho en abrir su versión bebé de los inusuales ojos índigo de Killian.

Hermoso.

Nunca me había imaginado que un recién nacido pudiera ser tan... hermoso.

Amamantarlo fue un poco difícil al principio porque esta era la primera vez que comía directamente del pecho.

—Sucedé.— La enfermera trató de asegurarme cuando no paraba de llorar. —Se acostumbrará pronto.

Le sonreí y decidí confiar en su palabra.

Se llevaron a cabo un par de pruebas más.

Tomó unos minutos para que Ryan se durmiera en mis brazos después de alimentarse. Tras firmar los papeles de alta, estábamos saliendo del hospital y yo subía al asiento trasero mientras mi madre y Killian compartían un breve abrazo.

—Por favor, cuídalos por mí.

—Lo haré.

—Adiós mamá—, dije.

—Adiós, mi amor. Conduce con cuidado y llámame si necesitas algo.

Asentí y sonreí, saludando con la mano mientras el coche salía del estacionamiento y se dirigía hacia el camino de entrada.

El viaje fue relajante. Música suave llenaba la parte trasera del coche. Era difícil apartar mis ojos de Ryan mientras dormía. Había tenido que verlo crecer dentro de una incubadora durante el último mes. Pero tenerlo así en mis brazos era surrealista.

—Duerme tan hermoso—, susurré, volviéndome hacia Killian, pero me desconcertó la mirada que me estaba dando.

Era esa mirada rara. La misma que había tenido cuando sostuvo a Ryan por primera vez, la mirada que decía que nada más existía en ese momento, como si el universo le hubiera concedido todos sus deseos y yo fuera el resultado.

Mis mejillas enrojecieron. Cuanto más seguía mirando en esos orbes índigo, más mariposas sentía. —¿P-por qué me miras así?— balbuceé, apartando la mirada con timidez.

—Lo siento. Es solo que

— dejó escapar un suspiro y se rió. —No importa.

—Ya llegamos, señor.— Anunció el conductor al detenerse y por primera vez desde que comenzó este viaje, miré por la ventana y vi que estábamos en un entorno desconocido.

—¿Dónde estamos exactamente?— pregunté, bajándome del coche con Ryan aún dormido en mi brazo.

Él sonrió, mirando hacia el elegante edificio con emoción en sus ojos. —Es nuestro nuevo hogar.

Mis cejas se levantaron. —¿Nos conseguiste una nueva casa?

Asintió. —Quería que Ryan creciera en un nuevo entorno. Investigué este barrio y cumplía con todos los requisitos para un niño en crecimiento.

Miré el edificio, sin saber qué decir. Todo se sentía tan extraordinario.

—Pasa.

Él me llevó dentro de la casa y me cautivó inmediatamente la tranquilidad y exotismo que desprendía.

En la planta baja, había un garaje hecho a medida, lo suficientemente grande como para albergar una numerosa flota de coches. En el primer piso, había una espaciosa sala de estar moderna con muebles de lujo y un comedor bellamente esculpido justo al lado. Las grandes ventanas de aluminio anodizado con doble acristalamiento y rotura de puente térmico estaban abiertas, reflejando la vista de un hermoso patio con muchas flores y una mesa ideal para desayunar.

En el mismo piso, había una cocina bien equipada de la que me enamoré de inmediato y un espacioso balcón acristalado con una clara vista de la piscina poco profunda y el área de juegos.

Nos condujo por las ornamentadas escaleras de caoba con barandas talladas y pulidas hasta brillar. El segundo piso tenía tres espaciosos dormitorios, uno de los cuales era el mío y quedé inmediatamente impresionada por la increíble estantería llena de novelas, sin duda puestas allí para mí.

—Killian—, mi barbilla tembló y no pude luchar contra la enorme sonrisa en mi rostro. —Esto es hermoso.— Pensar que íbamos a hacer nuestro hogar aquí. Me encantaba. —No puedo creer que hayas hecho todo esto.

Con una sonrisa triunfante en su rostro, tomó mi mano en la suya. —Quiero mostrarte algo.

Me llevó a través del reluciente pasillo con suelo de madera de parquet. Tras algunas vueltas, se detuvo frente a la puerta maciza de roble biselada justo enfrente del baño principal.

—¿Qué quieres mostrarme?

—La habitación del bebé.

Abrió la puerta y encendió las luces para revelar una mezcla eléctrica de colores que me dejó con la boca abierta.

Oh Dios mío...

Killian tomó a Ryan de mí y lo colocó cuidadosamente en la cuna.

—Siento si es un poco colorido.— Dijo, con voz ronca. —Es mi primera vez haciendo algo así.

Mi corazón estaba desbordado. Inhalé para contener un sollozo. Llorar hubiera sido inapropiado ahora, pero no pude evitar las lágrimas que cayeron. —Esto es demasiado, no puedo...— Sollocé, rompiendo a llorar más.

—No llores, cariño.— Él me atrajo hacia sus brazos y suavemente secó mis lágrimas con el pulgar.

—Lo siento. Es solo que es tan increíble.— Sollocé, bajando mi cabeza.

—Oye, mira hacia mí,— él levantó mi barbilla, obligándome a mirar en esos ojos vidriosos llenos de emoción. —Te amo, Hope, ¿lo sabes, verdad? Antes de conocerte, mi mundo era gris, vacío, mediocre. No era nada y pasaba tanto tiempo pensando que nunca me volvería a enamorar. Pero luego llegaste tú, con tu inocencia, tu luz y esa boca inteligente y te colaste en mi corazón y no puedo sacarte, no quiero sacarte.— Inhalaron profundamente y se arrodilló frente a mí.

Mi corazón se saltó un latido. —Killian, ¿qué estás —?

Alcanzó su bolsillo y sacó una caja de joyería morada, y cuando la abrió, sentí que mi pecho se apretaba.

—Cásate conmigo, Hope. Como debe ser esta vez.— Sacó la banda de diamantes. —Sé que no es el gran gesto que siempre has querido y probablemente no sé hacer esto bien, pero no puedo esperar más. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, Hope. Quiero acostarme por la noche sabiendo que cuando despierte tú estarás allí conmigo. Quiero tener más hijos contigo, quiero envejecer contigo. Así que cástate conmigo porque sinceramente no puedo imaginarme una vida sin ti.

Inhalé bruscamente, mis emociones desbordadas y mis ojos se llenaron de lágrimas. —Killian...— Mis ojos se nublaron de lágrimas mientras asentía con la cabeza. —Sí, sí me casaré contigo. De verdad esta vez.

Su sonrisa más amplia se extendió sobre su rostro mientras se levantaba y deslizaba la banda de diamantes en mis dedos.

—Te amo, Hope.— Dijo, ahogado por las palabras. —Qué jodidamente mucho te amo, te lo juro por Dios.

Intenté decir que también lo amaba, pero no pude, no cuando sus labios encontraron los míos, no cuando me besó tan ferozmente que me quedé sin aliento.

Cuánto tiempo estuvimos allí, no lo supe, pero sus labios nunca dejaron los míos. Y si había algo más importante en el mundo, simplemente no importaba. No aquí, no ahora, no en este momento en que finalmente había encontrado mi final feliz.

FIN